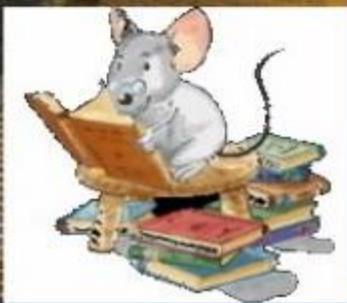
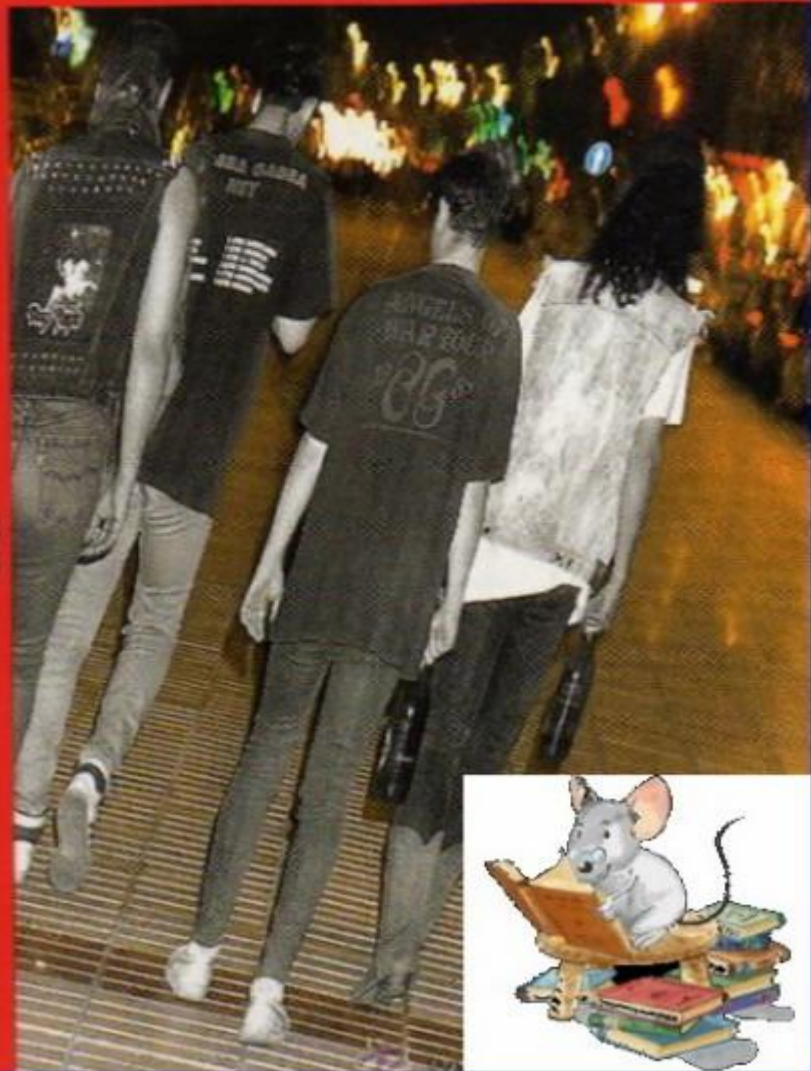


Noche de viernes

Jordi Sierra i Fabra

ALFACIARA



NOCHE DE VIERNES

Jordi Sierra i Fabra

La razón de la violencia es la violencia de la razón.

Primera parte

VIERNES TARDE/VIERNES NOCHE

La voz de su padre, al otro lado del hilo telefónico, estaba revestida de tonos ocres.

—Mariano, lo siento, de veras. Créeme que me ha sido imposible eludir el compromiso.

Yo...

El muchacho apartó los ojos de la pared y los centró en un lugar indeterminado del pasillo, sin poder discernir si sentía más frustración que rabia, más resignación que indiferencia.

Intentó estar a la altura de las circunstancias sin conseguirlo.

—No importa —dijo asépticamente.

—La próxima semana lo haremos todo, te lo prometo.

—Vale, vale.

—Oye, que lo siento yo más que tú, ¿eh?

Se sintió furioso, incómodo, igual que un crío al que se escamotea un premio. Deseó colgar cuanto antes, y empezar a revisar la situación. Nuevos planes, nuevas alternativas. Se encogió de hombros, convenciéndose a sí mismo de que no pasaba nada, y quizás incluso fuese mejor.

Saldría con los amigos.

Sí, mucho mejor que con un padre cuando uno tiene casi dieciocho años.

La figura de su madre cruzó el pasillo. El viejo teléfono negro, suspendido de la pared, semejava una araña muy especial, con una presa asida de uno de sus filamentos. ¿Por qué tendrían que instalar antes los teléfonos en los peores lugares, sin intimidación, sin posibilidad de sentarse para hablar cómodamente? La mujer le dirigió una fugaz mirada de soslayo. La expresión de su rostro fue sin embargo reveladora.

—Tendré que hacer unas llamadas si quiero hacer algo el fin de semana, papá —

interrumpió a su padre, que seguía hablando sin apartarse de sus culpables circunloquios.

—Oh, por supuesto. Espero que...

Los dos se alegraron de cortar. Ya no había mucho más que decirse. Fue Mariano el primero en despedirse.

—Adiós, papá.

—Diviértete, hijo. Te llamaré el lunes.

Colgaron, y como si ésta fuera la señal convenida, su madre volvió a aparecer ante sus ojos. La breve distancia se hizo mucho mayor por el amargo rictus de su mirada. Una progresiva irritación inundó el ánimo del muchacho. En esta ocasión la mujer no desapareció por la inercia de sus pasos. Se detuvo.

No quería escucharla, pero no tuvo más remedio. Estaba atrapado en aquel pasillo lleno de puertas que no conducían a ninguna parte.

—Me lo esperaba —dijo ella.

—Vamos, mamá —protestó Mariano.

—Y será peor cuando esa lagartita dé a luz, ya lo verás. Siempre es igual.

Le dio la espalda para dirigirse a su habitación. Fue una huida. La voz de su madre le persiguió, acorralándole, hasta empujarle dentro de las únicas cuatro paredes que le protegían en cierto modo del exterior, aunque cada vez le pareciesen más las de una cárcel de cristal en la que también solía ahogarse. Había demasiada amargura al otro lado.

—¿Qué vas a hacer ahora, salir con tus amigotes?

—Supongo que sí, no lo sé.

—Mariano...

Cerró la puerta, deteniendo al otro lado las emociones. No lo consiguió del todo. Algunas pasaron a través de la madera como si ésta fuese impermeable, o ellas muy fuertes. Primero apoyó la espalda en su superficie, pero casi inmediatamente cubrió la distancia que le separaba de su aparato de alta fidelidad y colocó en el compact el disco de Cáster *The Unstoppable Sex Machine*. Las paradigmáticas notas de *The only living hoy in new cross* empezaron a sacudir el denso aire de la habitación.

Su madre no apareció por la puerta.

No se sintió mejor, ni a salvo, pero sí momentáneamente seguro.

Ismael quiso abrazarla, retenerla por última vez, pero Loli se apartó con energía y dio un paso atrás. Los ojos de la muchacha sin embargo no destilaron ira. Solo un sentimiento de cansancio, una soterrada descarga en la que se vio envuelta la tristeza final.

—No, Ismael, basta ya, por favor.

—Es que no lo entiendo —protestó él—. Ni tampoco te entiendo a ti.

Loli movió la cabeza de un lado a otro. Pareció punto de echarse a llorar, pero logró superar ese punto de inflexión con una mayor fuerza y convicción en sus gestos, sus palabras.

Apretó las mandíbulas y los ángulos de su expresivo rostro se acentuaron aún más, dándole un aire de firme rotundidad.

—Las cosas son así, y no podemos hacer nada —insistió. Resistirse es estúpido. Tú te vas a la mili y yo no quiero ejercer un año de novia, «portándome bien». ¿Qué quieres, que te mienta? No es mi estilo y lo sabes. Hemos tenido siempre las cosas claras, ¿o no?

—Pero ahora, cuando peor me siento...

—¡Sé que te sientes mal! ¿Y cómo crees que me siento yo? Hubiera podido ser distinto, que más habría deseado, pero tú te vas y yo me quedo. Por lo tanto no hay nada de qué hablar.

—Te quiero —reveló él.

—Por favor, no te pongas melodramático —suspiró con fastidio Loli—. A mí también me gustas, pero nos equivocamos liándonos. Lo lamento. No quiero cometer un segundo error para cubrir el primero. ¿Por qué no lo ves de esta forma: quedas libre, y puedes hacer lo que te dé la gana?

—¡Yo no quiero hacer lo que me dé la gana! ¡Lo único que deseo es tener algo en lo que creer, saber que cuando acabe esta pesadilla...!

—Saber que cuando acabe esta pesadilla, como dices, me tendrás aquí, sumisita y dispuesta a continuar donde lo dejamos, ¿no es así? —le interrumpió ella—. ¡Por Dios!, ¿pero en qué mundo vives? Miles de tíos se van a la mili cada año sin montar tantos números. ¡Sí, ya sé que tú eres diferente, y que odias todo ese rollo, pero yo no puedo hacer nada más! ¡Tengo diecinueve años y quiero divertirme!

—Tú lo haces todo peor de como lo esperaba —lamentó Ismael— No creo que lo resista.

—¿Qué vas a hacer, pegarte un tiro mientras haces guardia? ¡Vamos, hombre! ¡Como se te ocurra cometer una de esas gilipolleces te juro que...! —Loli le apuntó con un dedo

iracundo— ¿Por qué no lo pensaste antes y te hiciste objetor? ¿Sabes cuál es tu problema? Pues que siempre esperas, esperas, y las frustraciones acaban ahogándote. A lo mejor es que te gusta estar así.

—No digas tonterías.

—Eras diferente cuando nos conocimos manifestó ella.

—La gente no cambia tanto en siete meses.

—Tú sí. Todo eso de la mili te tiene como desquiciado. Parece como si se fuera a acabar el mundo

—No puedes entenderlo.

—Muy bien, no lo entiendo, ¿qué más quieres que te diga? Lo más seguro es que dentro de nueve meses, cuando vuelvas, esté aquí, tal cual, y volvamos a liarnos si regresas de mejor humor.

Parecía una esperanza, una puerta abierta, pero no lo era. Ismael sabía que ella necesitaba compañía masculina, y aunque no la hubiera necesitado, era demasiado hermosa como para esperar que nadie se le acercara en tanto tiempo. Quería divertirse, salir, bailar. Tal vez estuviese en su derecho.

—Te quiero tanto que... —empezó a decir.

—Nadie quiere tanto como para hacer nada —suspiró Loli—. Se ama y punto. Lo demás son pasiones de película. O será que yo no soy ningún volcán, mira, no sé. Prefiero pensar que lo hemos pasado bien y punto. ¿Cuándo me has oído hablar del futuro, o hacer planes a largo plazo? Para mí lo más lejos que llega todo es hasta el próximo verano. Soy así y me va bien. Creo en el amor, pero no pienso que sea lo más importante, al menos ahora.

—¿Me escribirás? —preguntó Ismael.

La muchacha cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos miró a lo lejos, más allá del parque que les envolvía. Se oían risas de niños y niñas, jugando en la vecina zona infantil, pero ellos estaban solos. El banco que ocupaban era el centro de su universo. Las casas que rodeaban el lugar no existían más que como decorado de sus propios sentimientos. Acabó girando la cabeza para enfrentarse a su compañero. El cabello, muy largo aunque correctamente definido, llenaba de sombras el perfil del atractivo rostro, hundido en su amargura. Ella lamentaba más que nadie, salvo él mismo, que se viera obligado a marcharse.

—¿Quieres que te diga que sí, y que no lo haga? —susurró ella—. ¿De qué servirá que te escriba contándote cosas? Si te digo que salgo con uno te haré daño, y si te lo oculto te estaré mintiendo y encima te llenarás de falsas esperanzas. Vamos, Ismael, no es el fin, sólo un aplazamiento.

—Si sólo es un aplazamiento —trató de insistir él.

Loli se puso en pie.

—Mira, ya no quiero seguir hablando más del tema. No lo soporto —dijo terminante colocando sus dos manos abiertas a modo de pantalla— Ha sido estupendo, me gustas, tú te vas, yo me quedo. Eso es todo lo que hay de momento. Ahora depende de ti, que te portes como un imbécil o que lo afrontes como un hombre. Espero que todo te salga bien, y que vuelvas como te conocí, ¿vale?

Se inclinó sobre él, inesperadamente, y le dio un beso fugaz, muy rápido, en la comisura de los labios. Se enderezó antes de que Ismael pudiera retenerla. Des—pués dio media vuelta y echó a andar, primero despacio, finalmente con viveza.

Ismael no se movió. La vio alejarse sintiendo un nudo enorme en la boca del estómago, y otro aún más gigantesco en la garganta.

La moto, una imponente Kawasaki 500, carenada y reluciente, de matrícula reciente, entró en el taller atronando el ambiente con la potencia de su motor. El hombre que la conducía, vestido con un elegante traje gris, impecable, zapatos de marca y corbata pintada a mano, paró el motor y se quitó el casco de la cabeza. La agitó para aligerar una invisible presión y descabalgó.

Lázaro le vio aproximarse. No hizo falta que consultara el reloj. Lo había hecho nada más apercebirse de la irrupción del recién llegado. Le recibió con una estática sonrisa. No por conocerle dejó de estudiar su imagen de ejecutivo agresivo, de admirar el bronceado primaveral de su rostro, de valorar la agilidad trenzada en el tenis o la gimnasia diaria.

Treinta años, no más. Un prototipo

Y como todos los prototipos, digno de su especie.

—Lázaro, chico —fue lo primero que le dijo el visitante—, que no sé lo que le pasa a este trasto, mira.

—¿De qué se trata, don Ramón? —se interesó el mecánico acentuando un poco más la curva de su sonrisa.

—Es que no lo sé —dijo el aludido encogiéndose de hombros—. Ya ves tú, le da por arrancar, parar, volver a arrancar. ¡Parece un caballo salvaje!

—En todo caso una yegua —bromeó Lázaro.

—¿Puedes echarle un vistazo? No me digas que es algo grave porque...

—¡Hombre, don Ramón, que ya es la hora de cerrar! —protestó el mecánico vehemente—, Y además hoy es viernes. Si hasta me parece mentira que no esté ya de uiquen. Que tengamos que currar nosotros, los parias, vale, pero usted, ¿qué hace todavía en la jaula?

—¡Para fin de semana estoy yo, que lo tengo que pasar trabajando!

—Venga, que hay trabajos y trabajos —Lázaro giró la cabeza para mirar a su compañero, que trabajaba a unos cinco metros de él en otra moto. Le guiñó un ojo cómplice—. Vamos a ver de qué se trata, aunque ya le digo que ahora no voy a poder hacer nada. El lunes a primera hora...

—¡Coño, no jodas, tú!

—¿Y qué quiere que le haga, don Ramón? Seguro que tampoco es nada que no pueda esperar.

No le hacía falta mirar la moto. Sabía perfectamente de qué iba el tema. Pero se aplicó a ello con absoluto sentido de la profesionalidad, al menos el sentido que un cliente como aquél esperaba de un mecánico responsable ante una máquina tan maravillosa como la suya. Tardó un minuto en levantarse y enfrentarse a la ansiedad del ejecutivo.

—¿Es grave?

—No, hombre, que va. Grave no, aunque sí trabajoso. Le falta explosión. Las bujías están engrasadas.

—No fastidies —se extrañó el hombre.

—Si es que sólo la usa para la ciudad, ¿a que sí? Cuando sale a carretera, el coche, ¡faltaría más! Y pasa lo que pasa. En ciudad una máquina como ésta se fastidia. Demasiada potencia para tan pocas posibilidades. Semáforos, arrancar, parar... Lo dicho: hay que limpiar las bujías.

—Y no podrías...

—Que no, don Ramón, que no puedo, que es viernes y...

—Es que me fastidia ir así, y como este fin de semana he de quedarme... Oye, cóbrame lo que quieras pero échame una mano, hombre.

—¿Cómo voy a cobrarle de más? Uno tiene su corazoncito. Si lo hago es por la moto.

—Entonces...

—¡Cachienlá! —rezongó Lázaro—. ¿Puede volver en media hora? Pero no más, ¿eh? Mire que cierro y no la recoge hasta el lunes.

—Eres grande, un tío de verdad, oye. Gracias. ¿Media hora? Voy a hacer un recado y vuelvo. Te debo una. Te voy a dar una propina que... Me voy, me voy.

Salió por la puerta con aire distinguido. Todavía se veía su sombra cuando el compañero de Lázaro ya le estaba diciendo:

—Anda que no te lo montas tú con cara.

—Si es que te lo ponen a huevo —masculló el mecánico ya sin sonrisa—. Panda pijeras de mierda. Se compran unas burras que no saben ni para qué sirven. Tuviera yo una moto así, ¡joder! Por lo menos que afloje la mosca, hombre.

—Creí que ibas a salir a escape, como cada viernes.

—Es sólo media hora, y necesito pasta. Total...

—¿Qué plan tienes hoy?

—Lo que salga, tío. Necesito algo nuevo.

—¿No salías con una tal Sonia?

—¿Sonia? —se estremeció mirando a su compañero como si éste fuera un marciano—. Pero si eso fue hace dos semanas. Oye, ¿tú en que mundo vives, chaval? A ver si espabilas, que me vas a resultar de los que cae con la primera que le trinca.

—Ya me gustaría a mi trincar una —suspiró el otro.

Lázaro le dio la espalda. Volvió a sonreír con suficiencia. Dichoso don Ramón. ¡Y lo que les gustaba que les llamasen así, con tratamiento incluido! Limpiaría las bujías en menos de lo que costaba decirlo, y dejaría una fuera para montarle el número cuando llegara. Le vendería un buen cuento. Cuanto más lo alimentara, más jugosa sería la propina, que era lo suyo, porque la cuenta, de todas formas, iba para el dueño del taller.

—El día que yo tenga una burra así... —dijo poniéndose manos a la obra.

Le pareció un sueño, un hermoso sueño. Una idea eternamente fugaz que solía pasar a menudo por su mente hasta convertirse en obsesión. Esta vez, sin embargo, le hizo daño. Daño por asociación. El ejecutivo y él. Dos mundos separados por una larga distancia. Y supo que la propina que iba a recibir era un pobre pago por su dignidad, aunque lo enmascarase con la habilidad de su ingenio.

4

Serafin se colgó la guitarra eléctrica del hombro, y se situó frente al espejo de su habitación estudiando la mejor de las posiciones. Una cosa era la técnica, la calidad, y otra muy distinta la imagen. Pero en la música actual, estaba seguro de que ambas iban ya tan unidas, tan estrechamente ligadas, que una no podía subsistir sin la otra. Antes había discos, en un tiempo que se le antojaba cada vez más remoto y lejano porque ni siquiera lo recordaba. Ahora había vídeos. Los conceptos, las formas, cambiaban.

Estudió aquella imagen, sus facciones, y se sintió tan perdido como una ballena en un acuario

Era, simplemente, feo.

Su cuerpo no difería del de muchos otros miles, puesto que parecían fabricados en serie,

clónicos. Alto chupado, enteco, vistiendo eternas camisetas negras con nombres de grupos de rock duro y pantalones ajustados, con el cabello extremadamente largo cayéndole lacio a ambos lados del rostro, devorándose, y poco más. Bueno, sí, las facciones. Una nariz enorme, demasiado grande en mitad de aquella isla rodeada por pelo por todas partes, unos labios gruesos y unos ojos tristes caídos, que daban una impresión de constante abatimiento. Ese era él.

¿Importaba mucho que un día fuese un gran guitarra, un buen cantante, un excelso autor? Ni siquiera sabía si lo lograría. Algo le decía que también se necesitaba valor para eso, mucho valor. ¿Había algún guitarra de primera, tipo Clapton o Hendrix, que fuera tímido o inseguro?

Adoptó una repentina pose de músico en plena batalla. Incluso tocó algunos acordes. Luego se sintió ridículo. Si no se tomaba en serio a sí mismo, aun ensayando a solas frente al espejo, ¿cómo pretendía que le tomaran en serio los demás?

Si por lo menos tuviera el encanto de Mariano, ese ángel que le permitía caer siempre bien; no la jeta de Lázaro, que era un ligón y tenía las cosas claras en su cabeza; o la seguridad y agresividad de José Luis, que le facilitaba ir por delante siempre de los acontecimientos. Incluso Ismael, pese a sus traumas. Pero él...

No se trataba de que se sintiese acomplejado. No tenía que ir a ningún psiquiatra para que le convenciese de lo contrario. Sólo se sentía libre con los demás, pero aún así, se arropaba en su seno, sin atreverse a salir. Daría lo que fuera por tener una chica.

Dejó la guitarra en la cama y se tumbó a su lado, furioso. Tuvo deseos de golpear el colchón con el puño cerrado. Deseos de gritar. Deseos de hacer algo, más allá de su quieta represión, pero no hizo nada, absolutamente nada. Sólo mirar la guitarra, muda a su lado. Era como una puerta cerrada. La conexión con el Más Allá dorado de la vida no se hallaba a su alcance.

Y no le servía de nada odiar la derrota, u odiarse a sí mismo.

Cogió un cómic, intentando no pensar en todo aquello, que no por conocido le dolía siempre igual, y se encontró frente a los dibujos de su adorado Moebius. Le costó concentrarse, pero lo intentó, como medio de evasión. De todas formas no leyó más que un par de viñetas, porque inesperadamente, y sin previo aviso, la puerta de su habitación se abrió y por ella apareció su madre.

—Serafin, hijo, al teléfono —le dijo la mujer.

—Mamá, ¿por qué no llamas nunca antes de entrar? —le recriminó él.

No era la primera vez que se lo decía, ni sería la última. Su madre tampoco fue nada original cuando respondió, enfadada:

—Mira, no me vengas con tonterías. Abro y ya está. Qué manía te ha dado con eso —y pasó al contraataque protestando por el orden de la habitación y su actitud—: ¡Fíjate como está todo otra vez! ¡Deberías vivir en una pocilga! ¿Es que no sabes hacer otra cosa que estar tumbado en la cama leyendo sin hacer nada? ¡Jesús, María y José!

Serafin resopló cansado. Era inútil. Su madre vivía en otro mundo, su mundo. No tenía sentido discutir.

—¿Quién es? —quiso saber levantándose de la cama.

—Mariano —respondió la mujer haciendo ademán de entrar al salir él.

—Mamá, no —la detuvo su hijo—: No toques nada, ¿vale? Es mi habitación. No toques nada.

—Es que...

—¿Vale, mamá?

Ella se refugió en su herida dignidad.

—¡Pues que te coma la mierda, y ya está! —gritó retrocediendo—, ¡No pienso entrar más ahí, ya te apañarás, vamos, hombre, faltaría más!

Tampoco era la primera vez que decía eso, y al día siguiente volvería a las andadas. Serafin ya no quiso responderla. Sin mucha prisa caminó hasta el teléfono, donde esperaba su camarada.

¿Mariano? Le hacía con su padre, o tal vez no.

Era viernes, el comienzo de la libertad.

5

José Luis detuvo la motocicleta a la puerta de su casa y apagó el contacto. No entró directamente. Antes quitó las fijaciones del maletín adosado a la parte trasera. Se lo habían robado una vez, y no estaba dispuesto a repetir la experiencia, porque la empresa se lo hizo pagar a él. Cualquier mensajero se hacía cargo de algo más que de la gasolina.

Cargó con el bulto mientras rezongaba:

—Otra huelga salvaje, eso es lo que deberíamos hacer todos, ¡pero de verdad!

El ascensor no funcionaba, como de costumbre. Subió a pie sin dejar de lamentarse y se cruzó con uno de los vecinos de la segunda planta. No iba como era habitual, de rockero, con ropas negras, de cuero, zapatos puntiagudos y un par de muñequeras en ambos brazos, pero aún así, el hombre le dirigió una atravesada mirada. José Luis agitó la cabeza haciendo ondear su leonina cabellera a modo de bandera. Ni uno ni otro dijo nada, y sus pasos se perdieron en direcciones contrarias.

Al entrar en su piso se encontró con su madre.

—Ah, ya estás aquí —dijo la mujer a modo de salutación— Bien, estupendo, porque yo ya me iba. ¿Cómo vienes tan pronto?

—Es viernes.

—Sí, claro.

Ella cogió el bolso, examinó su interior. Parecía aturdida, pero esa no era más que una de sus características constantes. Aturdida por los embites de lo cotidiano. José Luis reanudó su marcha en dirección a su habitación.

—Si llega tu padre antes de que te vayas, dile que la cena está en...

—Vamos, mamá —se detuvo en mitad del pasillo—, para él también es viernes, o quizás sea mejor decir que vive en un viernes constante. A esta hora ya debe estar bebiendo.

—¡José Luis! —le recriminó la mujer—. Tu padre está buscando trabajo, no lo olvides. Si después entra en un bar y se toma un vaso de vino...

Era inútil discutir con ella, así que no lo hizo. Se metió en su habitación y dejó el maletín de la empresa de mensajeros sobre la cama. Necesitaba un baño. Después de un día entero tragando porquería y llevando paquetes y cartas de un lado para otro, necesitaba un buen baño, y prepararse para salir. En un viernes no había nada más.

El mundo entero sonreía los viernes por la noche.

Su madre apareció por detrás de él.

—Mercedes tampoco ha llegado —le informó—. Déjale algo para cenar por si regresa tarde.

Esta vez se calló. Podía decirle que su padre era un borracho, y salvo un reproche, no pasaba nada más. Pero la última vez que le dijo que su hermana era un pendón que se iba

con cualquiera, ella le cruzó la cara. ¡A su edad! No quería repetir la experiencia. No valía la pena, y menos por Mercedes.

—Vas a llegar tarde al restaurante —dijo él.

—Sí, será mejor que me vaya —suspiró ella.

Pero no se movió de la puerta de la habitación, al contrario, se quedó mirándole, sin aparentar ver nada pero abarcándolo todo con unos ojos llenos de aturcido extravío. José Luis se quitó la cazadora, y también la camiseta, con un puño cerrado que sujetaba un rayo en el centro. Era musculoso, proporcionado, atlético. No continuó desvistiéndose por la presencia de su madre frente a él.

—¿Qué pasa? —preguntó receloso.

La mujer dio un paso hacia él.

—No, nada —dijo.

Pero levantó su mano libre, la llevó hasta la altura del rostro de su hijo, y la depositó, tierna y dulce, en su mejilla.

Fue un contacto fugaz, apenas duradero, pero intenso.

—Hasta mañana, José Luis —se despidió—. Cuidate.

La mano volvió a caer, y luego ella dio media vuelta y se fue. Ya no se detuvo hasta llegar a la puerta del piso. El muchacho oyó como se abría y cerraba.

Casi diez segundos después seguía igual, quieto, en mitad de su habitación, con el calor del contacto de aquella mano suspendido de todo su ser.

6

Ismael Mi nombre es Ismael Posadas. Mi padre se llama José María y mi madre Agustina. Él trabaja en una sucursal bancaria, y ella es ATS. Tengo una hermana mayor, Ágata, ya casada y con hijos, y un hermano también mayor y que se llama Isidro. Mi hermano... bueno, da igual, no creo que sea importante. Yo soy el único que vive en casa.

He estado trabajando eventualmente como montador en una revista, aunque lo mío es el dibujo. Siempre he querido ser ilustrador, hacer portadas de libros y cómics, crear un par de buenos personajes fijos, tipo John Difool o algo así. Lo malo ahora mismo es que el servicio militar me ha partido por la mitad. He de incorporarme dentro de una semana, y es un mal rollo. Estoy bastante deprimido por este motivo.

En realidad estoy muy deprimido por este motivo.

No sé cómo explicarlo, pero tengo miedo. Es como si hubiera un antes y un ahora, pero no un después. Yo no creo que lo soporte, y no me sirve nada no ser el único. Odio los uniformes, las órdenes, la violencia, las armas. Debí haberme hecho objetor de conciencia, pero...

Esto no deja de ser una sucia trampa, lo mires como lo mires y hagas lo que hagas.

Mi penúltimo fin de semana.

He estudiado con Mariano y Serafín, aunque mi amigo, mi colega de verdad es este último. Nos complementamos bien, porque él es un fan de los cómics y anda loco por ser músico, famoso, convertirse en una estrella del rock. Mariano siempre ha sido el tercero, porque es buen tío, aunque siendo el más joven en ocasiones me he sentido alejado de él y de su onda. No tengo nada contra el hecho de que tenga más pasta que nosotros, ni que lleve esa mariconada de pendiente en la oreja, pero es de los que sigue al resto, se apunta a lo que haga falta aun sin tomar iniciativas. De hecho ha sido siempre Mariano el que nos ha unido con Lázaro y José Luis. Ni siquiera formamos una pandilla en el estricto sentido de la palabra. Coincidimos, nada más.

Después de lo de Loli lo único que yo quería era salir y pasarlo bien, sin saber exactamente cómo. Nunca hacemos planes, salvo que haya algo concreto, y no era el caso de este fin de semana. Reunimos y salir. Punto. Mariano tenía que pasarlo con su padre. Quiero decir que no había la menor predisposición para hacer algo diferente aunque yo deseara reventar, porque me sentía muerto por dentro.

Un viernes más, sólo eso.

Era absurdo imaginar otra cosa.

7

Mariano Si mi padre no hubiera cambiado los planes a última hora...

No, no quiero decir que la culpa sea suya. Ni siquiera pienso que fuera culpa de nadie. El único profe que he tenido en la vida que me ha caído simpático, el señor Velasco, un tío sano que se notaba que había vivido la vida, me dijo una vez: «Lo que pasa, pasa, y no sirve de nada echarse a los leones». Pero ahora no dejo de pensar en mí mismo, lo sucedido, la forma en que me metí en ello. De un fin de semana con papá a esto, va mucho.

Me llamo Mariano Román. Mi padre es Ernesto Román, director de una empresa de exportaciones. Yo vivo con mi madre, Sagrario, porque ellos están divorciados. No es nada diferente a lo que les pasa a otros y a otras, pero a mí me hicieron polvo cuando pasó todo. De noche aún me despierto creyéndoles oír, peleándose, lanzándose sapos y culebras el uno al otro. El psiquiatra que trató a mamá me dijo que lo superaría, aunque matizó que ese era un mal trago para un adolescente. ¡Jesús!, el que no lo ha pasado ni se lo imagina. Cuesta tanto creer que un día estuvieran colados el uno por el otro...

Mi padre tiene una nueva tía, se llama Cruz y ya esperan un hijo. Dicen que será varón, así que me caerá un hermanastro. Soy hijo único por lo tanto no es que me importe mucho o poco tener ahora un hermano, pero mi madre dice que el día de mañana, todo será para el otro. Claro que mi madre está amargada. Todo lo más, lo está superando ahora, porque por lo menos sale con un tipo y creo que ya se acuesta con él. Espero que funcione, y no sólo por ella, sino por mí, para que me deje en paz de una vez. Casi se volvió loca cuando supo que papá se había enrollado con una chica joven. Creo que fue eso lo que la afectó realmente, que ella fuese una veinteañera. Reconozco que Cruz está muy bien. Ya querría yo un yogur así.

El problema es que mamá ha querido que yo odiara a papá, y a mí, mi padre, me cae bien, tiene estilo. Es un triunfador. Sabe lo que quiere y va a por ello. Y no lo digo porque me dé más libertad que mi madre y me suelte la pasta que le pido. De haber podido elegir, cuando se divorciaron me habría ido con él. Mamá es una buena mujer, pero un poco rollo, fuera de órbita. Le da demasiado al tarro, y eso es porque no tiene nada más que hacer. Piensa, y piensa, y piensa y luego todo se le viene encima.

Sigo estudiando, y este año he empezado económicas. No me parece una carrera mejor ni peor que otras, pero no me seduce meterme a currar como Ismael. Mientras pueda mantener la onda, la mantendré. Quiero decir que se está mucho mejor así, que te lo montas como quieres, y encima te lo pasas de puta madre en verano, y también en Navidad o en las vacaciones de Pascua.

Siempre he ido con Serafín e Ismael, pero a mí los que me han flipado al límite han sido Lázaro y José Luis. Ellos sí se lo saben montar como Dios. Le echan cara a la vida, ligan, son independientes, y si uno quiere alucinar de verdad un fin de semana ha de buscarse el rollo a su lado. Por eso cuando estamos los cinco, hay un equilibrio, y pensaba que eso era lo bueno. Lo único que no me gusta de Lázaro y José Luis es que a veces se pasan. Por

ejemplo está esa chica, Sara. Yo le gusto, está enamorada de mí, se le nota, pero como sólo tiene dieciséis años, y encima recién cumplidos, si me ven con ella me llaman infanticida, y a ella la llaman destetada. No es que yo haya perdido el culo por Sara, pero está bien, y puesto que va detrás de mí... bueno, quiero decir que a caballo regalado no le mires el diente. No hay problema. Prefiero eso que no el frustrar de Ismael con su Loli. Menuda pájara. Todo muy bien hasta que ha llegado lo de la mili, y entonces, puerta. Sí, Ismael estaba muy jodido, lo sé. Por eso yo prefiero enrollarme con los colegas. Aunque a veces sientas... en fin, una chica es una chica, y sobre todo si es como Sara, un dulce.

Total que cuando mi padre me dejó tirado, llamé a Serafín, para arreglar la noche. Y eso fue el principio.

Una noche más en un viernes más.

8

Serafín Mariano me llamó por teléfono, y como no lo esperaba, le dije que aún no habíamos hecho planes, porque Ismael andaba liado con Loli. De todas formas lo de hacer planes es una tontería, porque sales, vas a los lugares habituales, y allí te vas encontrando a toda la basca. Eso fue lo que le dije, que estaríamos donde siempre. No le noté nada raro en la voz. En cambio cuando me llamó Ismael... ese sí estaba mal, hecho caldo. La muy borde de Loli le había dado puerta, y justo una semana antes de irse a marcar el paso. Una putada. Y la verdad es que no sé si realmente está colado por ella o más bien se trata de una necesidad. Hombre, a cualquiera le va una tía, y marcarse un rollo con ella, pero en el caso de Ismael, y con lo de su hermano Isidro... Tener un hermano homosexual, y que todo el mundo lo sepa, ha de resultar demencial. Primero eres «el hermano del marica», y luego acabas siendo objeto de sospecha, porque la gente piensa que si has dormido con él toda la vida, compartiendo la habitación, algo habrá pasado. Isidro se ha largado a vivir con uno hace ya un año, pero en la escalera y en el barrio sigue lo mismo. Ismael es mi mejor amigo, pero nunca he sabido si esa necesidad de ir con chicas era por sí mismo o para demostrar algo a los demás. Por eso la jugada de Loli ha sido muy fuerte.

¿Yo? Sí, mi nombre es Serafín Moreno. Mi padre se llama Carlos y mi madre Matilde. Son como todos los viejos, aunque yo les veo peor, sin duda por lo que pasó hace años. Se les murió un hijo, mi hermano Jaime. Tenía tres años de edad y no lo resistieron. Papá se apagó como un flan, y mamá... bueno, sigue enferma de los nervios. Es una sufridora. Vive para sufrir y lamentarlo todo, lo suyo y lo de los demás. A veces es insoportable, porque ni vive ni deja vivir. No tiene suficiente conmigo, que soy el mayor, ni con mis hermanas, Pepa y Cari, que tienen quince y doce años respectivamente. Siempre está pensando en Jaime. Todavía estudio, estoy repitiendo tercero de BUP, pero en cuanto pueda me pondré a trabajar. Seguramente después del próximo verano. A Ismael le va bien, Reconozco que Mariano vive de coña, pero a él le suelta toda la mosca que quiere y más su padre, y así cualquiera. Yo necesito abrirme y para eso hace falta toda la tela que se pueda conseguir. Claro que lo que me gustaría es formar mi propio grupo de rock.

La música es lo mejor del mundo.

Ni siquiera sé si soy bueno. He tocado en un par de conjuntos pero... nada. Componer se me da mejor. Supongo que las letras me salen tan fluidas porque soy introvertido. Ismael dice que soy como un volcán siempre a punto de explotar. Será eso. Él me conoce bien. Si pudiera salirme de todos los malos rollos cantando y tocando... pero encima tengo todavía el mal viaje de la mili, el próximo año. Sería capaz de seguir estudiando sólo para poder

pedir una prórroga. ¡La suerte que tiene el maldito Lázaro librándose! Incluso José Luis, que dice que no irá y no irá. Los tiene cuadrados, porque tal y como están las cosas, declararse insumiso puede salir fatal.

Siempre he tenido miedo.

Por ello mi razón de ser son los amigos, los colegas, y ese hálito de libertad que comienza cada semana, el viernes, y que se mantiene hasta el domingo, hasta la antesala del nuevo aburrimiento, la esclavitud, la rutina.

Nunca creí que pudiera suceder nada malo.

No éramos más que cinco tíos viviendo la noche.

9

Lázaro Me gustan las motos. Amo las motos. Desde que era niño supe más de ellas que de cualquier otra cosa. Soñaba con ser Sito Pons, pero cuando naces y creces en una ratonera, te quedas en nada. Hubiera podido dar caña a cualquiera, pero tuve mala suerte. Me caí en el peor momento y en el día menos oportuno, y ahí se terminó todo. Quizás una primitiva me dé la pasta necesaria para la moto de mis sueños.

Quizás.

También puedo reventar pasado mañana y entonces...

Me llamo Lázaro Costa, y soy el mayor de todos. Para lo único que me ha servido crecer sin padre ha sido para saltarme la dichosa mili. Algo es algo. Mi padre murió cuando yo tenía doce años. Se llamaba Francisco y trabajaba en una empresa de construcción. Un buen oficial, decían. Dejé de serlo el día que se cayó por el hueco de un ascensor. Puedo jurar que aquella obra se construía con el culo, y que el encargado era un inútil. Lo sé porque yo iba a verle a veces. Pero dijeron que había sido una negligencia por su parte, que el ascensor estaba debidamente señalizado y protegido. ¡Y una mierda! Nos dieron cuatro duros y en paz.

De acuerdo, de acuerdo, no voy a hablar de eso. Mi madre se llama Teresa y trabaja en un taller, esos que se dedican a lo de la economía sumergida. Tengo una hermana de diez años, Lucía. Es estupenda. Naturalmente a los quince dejé de estudiar y me busqué la vida. Hace ya cuatro años que trabajo en el taller del señor Pascual, y me va bien. Allí conocí, al principio, a José Luis, que es mi mejor amigo. Desde luego está loco de remate, pero es sensacional. Juntos nos hemos corrido todas las juergas que puedan imaginarse, y en el momento en que uno ha de corrérselas. Es un fanfarrón sano, aunque a veces se pasa. Por ejemplo con los pobres de Ismael y Serafín. Ismael ha pasado una temporada hundido con eso de irse a la mili, y Serafín es un acojonado que ya no vive pensando en la suya, el año que viene. José Luis dice que él pasa de milis, que les dirá que no va, que se hace insumiso y punto. Y se lo creen. La verdad la sé yo: le van a declarar inútil porque tiene un no—se—qué en un pulmón. Pero lo que le gusta es marcarse el rollo y punto. Es capaz de matarme si se lo cuento a los otros.

¿La policía? Mi único problema con la ley fue hace un par de años. Sí, me detuvieron colgado, ¿y qué? Si metieran en la cárcel a todos los que se han colgado una vez no se cabría. Tuve un pequeño follón y luego... a la calle. Eso no quiere decir que sea un delincuente.

En cuanto a lo que pasó...

Fue un accidente, nada más. Esas cosas pasan, nadie puede evitarlas. Si hubiéramos estado José Luis y yo solos...

10

José Luis Suele suceder, cuando van cinco tíos juntos. La noche es como una amiga, una amante que te va seduciendo y liando. No sirve de nada decir que Lázaro lo complicó todo, o que los demás andaban metidos en rollos personales. La pelea con los skins heads tampoco fue especial quiero decir que te puedes tropezar con ellos en cualquier momento. Serafín es un chaval lleno de complejos, Ismael iba traumatado con lo de su mili y la patada de su chica, Mariano es el típico malcriado, producto de una pareja divorciada, y Lázaro... Bueno, Lázaro es mi colega, ¿vale? Yo le entiendo. Mi padre es una mierda y está vivo, mientras que el suyo, que era un tío legal, se mató. El que diga que esas cosas no te marcan, no te ponen el coco del revés, miente. Claro que le gustan las anfetis, fumar hierba, y por supuesto que lo ha probado todo, ¿por qué no? Siempre ha tenido mala suerte. Caerse el día de aquella carrera, con todo Dios observándole... Eso fue muy fuerte. Nadie debería jugarse el futuro a cara o cruz. Por eso funcionamos bien, porque sabemos de qué va toda esa porquería. Sabemos de qué lado estamos. Un día, en el colegio, en la clase de gimnasia, le dije a la profesora que no quería quitarme el chándal. Ya era primavera, y hacía mucho calor, así que la tía insistió. Estaba bastante buena, cachas macizas, y se me puso borde. Acabamos en el despacho del director, y allí el pavo me ordenó quitarme el chándal. ¡Dios, yo tenía las mandíbulas apretadas y una cara de mala leche que me la pisaba! Le dije una sola vez que no, y él me amenazó con expulsarme. No quería un mal rollo así o sea que decidí tragar. Por lo menos ya no estábamos en mitad del patio, con los demás mirándome, me quité el chándal y al verme la espalda se quedaron más blancos que la cera. Mi padre solía darme con el cinturón, pero la noche anterior se había pasado, y utilizó el lado de la hebilla. Yo no podía verme, pero creo que en dos o tres lugares la cosa estaba en carne viva. Se organizó un buen follón. Dijeron que me ayudarían. Y vaya si lo hicieron. Visitas, amenazas, reuniones, denuncias... Cuando acabó aquel circo mi padre volvió a atizarme, y al terminar me dijo que como volviera a meterle en problemas lo lamentaría. Yo ya lo estaba lamentando.

Pasé de ir al colé durante quince días, repetí curso y al año siguiente me expulsaron. La maciza ya no estaba. Se lió con un tío muy fino que tenía un deportivo. Supongo que cuando la gente cree tener la conciencia tranquila, es feliz, o al menos ejercen de felices. Otros aprenden.

No, mi padre ya no me pega con el cinturón. Ni puede ni se atreve. Tampoco tiene fuerzas. Se llama Dimas y lleva en el paro no sé cuanto tiempo. En los últimos dos años sólo le he visto sobrio media docena de veces. Mi madre se llama Eulalia y es la que lleva el peso de la casa, porque lo que es mi hermana Mercedes... Bah, tanto me da hablar de ella. Ismael se avergüenza de tener un hermano gay, pero a mí me la trae al fresco que mi hermana sea una zorra. Es su vida. Mi madre trabaja en un restaurante, en las cocinas, lavando platos. Llega cada día a las tantas de la madrugada. Yo le doy lo que puedo, aunque trabajando de mensajero...

No sé si se le puede llamar novia a Noelia. Ella dice que sí lo es. En cualquier caso la tengo muy en su sitio, y no se me pasa un pelo. Me gusta, es decir, es una tía legal, pero uno no puede atarse a los diecinueve años. Petra es diferente, porque sabe de qué va este rollo, se lo monta lo mejor que puede y sabe, y no pide nada. Bueno, todas acaban pidiendo algo. Precisamente ayer por la noche Petra me montó el número. Bien mirado, debí haberme quedado con ella.

Pero no iba a dejar sólo a Lázaro.

Los viernes por la noche son para los amigos. Te lo puedes montar con una tía en cualquier

otro rato.

¿Mi nombre? Sí, José Luis García. Genial, ¿no?

11

Mariano no podía evitarlo: se sentía deprimido.

Quizás por ello, al ver a su madre acicalándose con esmero, como no recordaba haberla visto arreglarse desde hacía mucho, se acercó a ella, impelido por un resorte que abrió su curiosidad. Difícilmente la ubicaba en su memoria sonriendo, o cantando. Las imágenes que iban y venían eran en todo momento dramáticas, una suerte de puzzle lacrimógeno que salpicaba la historia de los recientes tres años, especialmente los dos primeros y, ya en un tono decreciente, los meses iniciales del tercero. Su madre pálida, ojerosa, con quince kilos de menos; su madre histérica, con un pie en el alféizar de la ventana, anunciando que se tiraba a la calle; su madre hundida, atiborrada de píldoras, incapaz de levantarse por sí sola para ir de la cama a una butaca o de la butaca a la cama; su madre gritándole por cualquier motivo; su madre peleándose con su padre por teléfono; su madre esperándole con los nervios destrozados cualquier domingo que pasara con su padre y regresara cinco minutos tarde; su madre...

Ahora le pareció guapa, dentro de su edad, porque era la primera vez que la veía maquillada, con sombra de ojos, los labios de un tenue color rojizo, el cabello recogido hacia atrás, zapatos de tacón alto, ropa ceñida, escote generoso. Y hasta las viejas joyas que no se ponía nunca, por miedo a que se las robaran.

No esperó a que ella le preguntara. Se lo dijo abiertamente.

—Estás muy bien.

—Muy amable, viniendo de tu parte.

Sus siguientes palabras fueron más inesperadas.

—¿Vas en serio con ese tal Joaquín?

La mujer dejó de observarse en el espejo. Acusó una suerte de golpe invisible, un golpe sordo, profundo, que la inmovilizó por espacio de cinco segundos. Miró a su hijo sin girar la cabeza, a través del espejo. En otras circunstancias le habría dado una respuesta evasiva, imprecisa. Esta vez comprendió que era el momento de decir la verdad. De pronto ya no hablaba a un niño, sino a un hombre, o alguien en proyecto de serlo. Compartían un hogar, y estaban solos.

Ella sí sabía que estaban solos.

—No lo sé —dijo por fin—, pero es la primera persona con la que me siento a gusto y no quiero echar a correr a los cinco minutos. Cuando estamos juntos experimento una sensación de... ¿paz? Supongo que puede llamarse así: paz. Hablamos, y hay un vínculo, una comunicación. De todas formas no sé si puede llamarse amor.

—¿Está enamorado él de ti?

Otros cinco segundos, y una mayor opresión en el pecho.

—Sí —confesó—. Me lo ha dicho, y aunque no lo hubiera hecho, lo habría notado igual. Es transparente.

—Papá dice que ya es hora de que vuelvas a vivir.

—Es muy propio de él ser generoso, sobre todo en determinadas circunstancias.

—Dice que deberías tener otro hijo.

Esta vez giró el cuerpo, y le miró directamente. Mariano estaba apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Por un momento ella pareció enfadarse, no

por sus palabras, sino por quién las había formulado inicialmente. Al encontrarse con los ojos de su hijo cambió de actitud.

—Joaquín no tiene hijos —manifestó—, y me consta que llegado el momento querría ser padre.

—Ah —fue su lacónica respuesta.

Iba a preguntarle que opinaba él, si le importaba o no. No pudo hacerlo. El timbre de la calle sonó, rompiendo la apacible concentración de su charla. Por la razón que fuera, aunque Mariano la imaginaba, Joaquín todavía no subía arriba. Aparcaba en doble fila, llamaba y esperaba. Una prudente actitud.

Y él se sentía como el juez inapelable de una causa vista para sentencia en la cual no quería tomar parte.

—He de irme —suspiró la mujer— ¿Saldrás tú?

—Claro —dijo Mariano.

—Claro, es viernes —reflexionó ella, y al hablar, sin ocultar la soterrada carga de desesperación que sus palabras encerraban, levantó los ojos al cielo, pero no la cabeza. Su gesto fue harto significativo.

—¿Qué quieres que haga, quedarme en casa?

—El pasado sábado llegaste cuando estaba amaneciendo.

—Mamá...

—Ni mamá ni porras —elevó el tono de voz—. No entiendo qué diablos hacéis toda la noche por ahí, de bar en bar, ¡por Dios!

—Hablamos —dijo él—. Odio las discotecas.

—¡Y bebéis, como esponjas!

—Vamos, mamá. Controlamos bien.

—¿Controlar? ¿Qué controlas tú? Cuando uno bebe, bebe. Se le llame «colocarse», como decís vosotros, o se le llame sed. Te juro que...

El timbre volvió a sonar. No era una señal de apremio, sino más bien el reclamo de una respuesta. Pero a ella le sirvió para incomodarse del todo. Pronunció algo en voz baja, lo coronó con un «¡impaciente!» y salió pisando fuerte en dirección a la cocina, donde estaba el interfono que comunicaba con el portal.

Mariano no le dio una segunda oportunidad.

Se metió en su habitación, sabiendo que eso bastaba para cerrar la puerta a una reapertura del diálogo.

Era la misma conversación que sostenían, una y otra vez, todos los fines de semana que no se iba con su padre.

12

Ismael fue el último en sentarse a la mesa. Su padre y su madre ya le estaban esperando. Tenía mucha hambre pero no tocó el plato.

—Agustina, da tú las gracias —indicó el hombre.

Bajaron la cabeza los tres. Su padre y su madre unieron las manos sobre la mesa. Ismael las mantuvo fuera de su vista, sobre las piernas. Las palabras de ella sonaron preñadas de emoción

—Te damos gracias, Señor, por los alimentos que vamos a tomar, por las bendiciones que nos prodigas, y te pedimos que, allá dónde estén, cuides a nuestros hijos, Ágata e Isidro, para que se sientan acompañados en esta hora como lo estamos nosotros.

Ismael levantó la cabeza. Su madre miraba las dos sillas vacías, siempre presentes en la mesa, como símbolo de una ausencia rota únicamente en determinadas fechas señaladas, Navidad, algún cumpleaños... Cuando Ágata, su marido y las niñas estaban en la casa, la alegría solía ser imparable. Aún así, la quinta silla, la de Isidro, continuaba siendo un testigo mudo de su dolor, el mismo dolor que, cada día, a la hora de comer y a la de cenar, inundaba los ojos de su madre.

Ismael apenas si la recordaba joven.

Comenzaron a cenar, y su padre conectó de forma automática el televisor con el mando a distancia. En la pequeña pantalla apareció un hombre hablando de los índices de desempleo, la tendencia para los próximos meses, y las expectativas económicas más inmediatas.

—¿Te han dicho ya si te guardarán el trabajo mientras estés en la mili, hijo? —preguntó su padre.

Solía hacerlo. Encadenaba temas con preguntas propias. Era como si la televisión actuase de memoria, alertando la campanilla de sus problemas por asociación. Ismael le miró con fastidio.

—Papá, no hace falta preguntar nada. Es un trabajo eventual. Se habría terminado igualmente el mes próximo, antes de que tuvieran que hacerme fijo. Esto es así.

—No estoy de acuerdo. El que vale, vale, y se queda. Las empresas no son tan inconscientes como para dejar escapar a un buen elemento.

—Está bien, entonces es que no sirvo y me dan la patada, ¿conforme?

—Yo sólo digo que...

—¡Oh, papá, por favor, no empieces!

—Ismael, no levantes la voz en la mesa, ¿quieres? —le recriminó su madre. Y dirigiéndose a su marido agregó—: Y tú no digas más tonterías, que esto ya no es como antes.

—La gente que vale no sobra —insistió el hombre.

—En todas partes los que mandan van a lo suyo y a ganar dinero. Precisamente lo que sobra son chicos de dieciocho años. En cualquier caso —ella miró a su hijo con amor—, sabes muy bien que lo de maquetar no le gusta, y desde el primer día quedamos en que era algo provisional.

—Si no fuera por la mili —suspiró Ismael.

—A lo mejor allí te quitan los pájaros de la cabeza —indicó su padre.

—Yo sólo digo que deberías estudiar Bellas Artes cuando volvieras —manifestó su madre

—. Si de verdad quieres dibujar, es lo mejor. Hoy en día para todo se necesitan estudios.

La conversación, por repetitiva, se le antojó obsoleta. Pero era viernes, y optó por callar para no provocar una pelea. De todas formas dentro de una semana tal vez incluso echase en falta algo como aquello. Trató de imaginarse a sí mismo, vestido de uniforme, comiendo el rancho junto a miles de tipos más. La escena se le hizo muy cuesta arriba. Sencillamente no podía.

La voz del televisor se apoderó de ellos. Ya no hablaba de economía, sino de una estadística. Ismael y su padre se dieron cuenta demasiado tarde del tema. Ya era inútil cambiar de canal. Hubiera sido peor. Los dos se esforzaron por mantener una calma que ya no sentían.

—... por lo que se calcula que, siguiendo esta progresión, los casos de sida en España se habrán multiplicado por veinte en un plazo no superior a cinco años. Una vez más, las causas primordiales de este singular avance, se centran en dos de los grupos de más alto riesgo de nuestra sociedad, los homosexuales y los drogadictos, aunque hallándose en

franco retroceso el uso de drogas inyectables, la homosexualidad ha pasado a ser...
La silla vacía se hizo más y más omnipresente. Los ojos de su madre estaban fijos en ella.
Parecían no ver nada, pero en su interior la batalla se desarrollaba tan violenta como sorda.
—Te has olvidado el pan —dijo su marido con calculada discreción.
Y ella se levantó, en silencio, para ir a la cocina obedeciendo el soterrado mensaje de su esposo.

* * *

Cuando Lázaro abrió la puerta de su piso, escuchó con claridad el ruido de una silla rechinando en el suelo al ser desplazada con brusquedad, y la voz de su madre protestando por el susto. A continuación, un vendaval en forma de niña salió por la puerta de la sala, sonriendo, y se echó en sus brazos.

—¡Cuánto has tardado!

—Un trabajito de última hora —dijo él—. Pero me he acordado de ti, ¿ves?

—¿Me has traído el Super Pop?

Lo extrajo de la bolsa que llevaba colgada del hombro. Lucía volvió a darle un beso, mientras brincaba y cogía la revista con las dos manos para ver la portada y el habitual regalo de cada número. Sus ojos se dilataron de emoción al ver a su cantante favorito.

—¿A que es demasiado? —suspiró enamorada.

—Si tú lo dices —sonrió Lázaro.

Personalmente odiaba a aquel pavo, su voz de trompeta, su pose, sus ropas, su imagen de adolescente limpio, blanqueado con polvos de talco. Pero su hermana, y cien mil chicas más, le adoraban. Fans.

Entraron en el comedor. La mesa, el sofá, las butacas y todas las sillas excepto las que ocupaban su madre y su hermana, estaban llenas de cajas con sobres y felicitaciones. Ya habían pegado y doblado estas últimas, pero aún les quedaba unir las a los sobres y meterlo todo dentro de los plásticos, para hacer más fácil su exhibición en los puntos de venta. Lázaro vio Snoopys, Simpsons y Tintines con frases como «Todo lo haces con estilo» en la portada y, al abrir la cartulina, el colofón habitual: «¡Hasta cumplir años!». Su madre parecía una máquina, perfectamente medida y calculada en su trabajo. Ni siquiera dejó de realizarlo al mismo ritmo al aparecer él.

—Te ha telefonado José Luis, hará cosa de diez minutos —le informó.

—¡Mira mamá, el Super Pop! —cantó Lucía.

—Ya lo mirarás luego, hija, que hemos de terminar esta noche —le recordó la mujer.

—No pensaba leerlo ahora —protestó la niña ocupando de nuevo su silla aunque sin dejar de lanzar encendidas miradas a su ídolo, feliz y sonriente a todo color en la portada de la revista.

Lázaro se dirigió a su habitación.

—¿Cenarás? —le interrumpió la voz de su madre.

—No, ya tomaré algo por ahí.

—Por ahí, como tú dices, sólo se come porquería.

—Pues la cobran a precio de marisco.

—Encima —rezongó ella.

—Voy a ponerme guapo —bromeó él—. Se me ha hecho un poco tarde.

—¿Guapo? —su sarcasmo, lleno de contenida amargura, inundó la sala—. Si tu padre te

viera con esa facha.

—Mamá, no empieces.

—Te has quedado anticuada en modas, mamá —le defendió Lucía.

Lázaro le guiñó un ojo a su hermana.

—Vestido de negro, con esas cosas de metal, y esas camisetas con calaveras y nombres raros, sin olvidar los malditos pelos... ¿Eso es una moda? No me extraña que la policía te pare cada dos por tres para pedirte el documento nacional de identidad.

—Eso lo hacen con todos, mamá. Están zumbados. Pronto habrá que ir con la papela en la boca.

—No te entiendo, hijo, lo siento —musitó la mujer, perdiendo por primera vez el ritmo de su privada cadena de producción.

—¡Pero si papá fue hippy en los años 60, y llevaba el pelo más largo que yo, no te fastidia!

—Aquello era un ideal.

—¡Anda ya, mamá! ¡Estabais pirados, como nosotros ahora! ¿Ideales? Lo único bueno que hicisteis fue aquello de «Haz el amor y no la guerra».

—Tú no fuiste hippy, ¿verdad, mamá? —pregunto Lucía.

—A mí me metieron a trabajar a los catorce años. No tuve tiempo de hacer tonterías.

—¿Y qué has conseguido? Sigues trabajando. Y no lo digo por nada. También curro yo desde los quince, ¿no? Pues entonces, a ver, ¿qué tiene de malo ir como uno quiera, y pasarlo bien el fin de semana?

—Cualquier día te meterás en un lío, como la otra vez.

—¡Mamá, no seas gafe! ¡Y deja ya de recordar eso! ¡Es que vas a tenerlo metido aquí toda la vida!—Lázaro se llevó las puntas de los cinco dedos de su mano derecha, unidos, a la frente—. Mira, si estás de mal humor porque vas retrasada, es tu problema. No la pagues conmigo. Yo también he estado metido en el taller hasta hace media hora, aguantando como el que más. Voy a cambiarme.

—No te olvides de telefonar a José Luis —insistió Lucía.

Abandonó la sala, furioso, pero dispuesto a olvidarlo inmediatamente, para no empezar con mal pie el fin de semana. Lo último que escuchó a su espalda fue un prolongado suspiro, envolviendo dos únicas palabras de desahogo:

—Señor, Señor.

14

José Luis llevaba unos quince minutos en su habitación, con la música puesta, esperando la llamada de Lázaro. Creía estar solo, así que se sorprendió cuando fue a la cocina por una cerveza y se encontró de bruces con Mercedes, su hermana. Iba envuelta en una toalla, y llevaba otra en la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti que te parece? —le respondió ella ásperamente, en un tono seco y duro.

Era atractiva, lo reconocía. Comprendía que los tíos perdieran lo que perdían por tenerla. Alta, cabello negro, ojos rasgados, labios muy sensuales, mucho pecho y un tipo de primera. Al ser mayor que él, toda la vida, desde que tenía uso de razón, la recordaba perseguida por unos y otros, con visitantes inesperados, pelmas haciendo guardia en la puerta de la casa o llamadas telefónicas incesantes.

—Mamá ha dicho...

—No te molestes —le cortó Mercedes—. Ceno fuera.

Se sintió herido por la cortante distancia de sus palabras, la intención agresiva y provocadora. Antes de que ella acabara de pasar por su lado la sujetó reteniéndola por una muñeca. Mercedes se vio obligada a mantener la toalla en su sitio con la otra, para que ésta no cayera al suelo dejándola desnuda.

—Oye, a mí no me hables así, ¿vale?

—Te hablaré como me dé la gana, y haz el favor de soltarme. Me haces daño.

—¿Qué te pasa? —dijo él, sin hacerle caso—, ¿Tu maromo no se divorcia de su mujer o es que ya te ha dado puerta y llevas el mono encima?

—Eres un asqueroso —rezongó Mercedes con aversión.

—Está casado, no me vengas ahora con leches, aunque eso tú ya lo sabes por experiencia, porque no es diferente a los otros. Si por lo menos cobraras.

—¡Un día te juro que...! —hizo ademán de pegar— le una bofetada, pero lo abortó, para no dejar la toalla sin sujeción. Empleó su renovada energía para soltarse de su mano, dando un violento tirón que la liberó. Al quedar separada de él no lo aprovechó para retirarse, al contrario. Sus ojos despidieron fuego—. ¡Y no te hagas el santo conmigo, desgraciado! ¡Aquí el único que juega con la gente eres tú, porque lo que es con tu novia...! ¡Lo que aguanta esa pobre!

—No metas a Noelia en esto.

—¿Y esa Petra que te llama a todas horas?

—Tengo amigos y amigas.

—¡Oh, claro! Esta noche irás con Noelia al cine, ¿verdad?

—Sabes que no la dejan salir de noche, y mucho menos regresar a casa después de las once.

—Pero hasta las once estarás con ella, ¿a que sí? —insistió Mercedes con reticencia.

—¿A qué viene todo ese rollo? —gritó José Luis— Los viernes por la noche son para los amigos. Yo no tengo nada de qué esconderme. Oye —dio un paso en dirección a su hermana, y ésta retrocedió otro manteniendo la distancia—, ¿no habrá ido Noelia a contarte algún cuento?

—Si lo hubiera hecho le habría dicho un par de cosas, porque esa niña necesita que alguien le abra los ojos.

—¡Deja en paz a Noelia o...!

—¿O qué? ¡Déjame tú en paz a mí, chulo de mierda!

Esta vez la agarró, ella no pudo evitarlo. Fue un arrebato, y tras él, con su hermana dominada y a su merced, la cabeza baja y el miedo en el rostro por la inminencia del golpe, se quedó con la mano derecha levantada, sin llegar a descargarlo. Bastó una fracción de aquel largo segundo para verse a sí mismo en idénticas circunstancias, siendo un niño, con su padre dispuesto a golpearle con el cinturón, siempre el maldito cinturón.

En aquellos tiempos, su hermana le abrazaba y le consolaba.

Parecía haber llovido mucho desde entonces.

Se encontró con su mirada, que perdía ya el miedo para reencontrarse con la ira y algo más fuerte: el odio.

Entonces la soltó.

Mercedes recuperó su compostura y su dignidad. Recogió del suelo la toalla de la cabeza, caída en el breve altercado, y alcanzó su habitación dando tres pasos que marcaron la esperanza de su salvación. Desde allí volvió a hundir en su hermano aquella mirada cargada de turbulencias.

—Más te vale —masculló con los dientes apretados.

Y cerró la puerta en el momento en que el timbre del teléfono empezó a sonar y José Luis

fue a cogerlo.
Sabía que era Lázaro.

15

Serafín esperó a que sus dos hermanas, Pepa y Cari, acabaran de pasar por delante de él antes de seguir hablando por teléfono. Cuando se sintió solo, y seguro, le hizo la pregunta a Ismael.

—¿Has visto a Loli?

—Sí —dijo su amigo con voz átona.

—¿Y qué tal?

—Oye, ahora no...

—¿Están tus padres?

—Sí.

—Al menos dime como te ha ido.

—Fatal.

—Lo siento.

—Vale, ¿qué hacemos? —le apremió Ismael.

—Tal y como se presenta la noche... —Serafín soltó un bufido de desánimo—. Me ha llamado Mariano para ver donde estaríamos y si había algún plan. A él le ha dejado colgado su padre.

—Genial.

—¿Dónde quedamos, en el *Loca's*? Podemos tomar la primera para ir entonándonos y luego vamos a reunimos con la basca, ¿te mola?

—De acuerdo. Media hora.

—Marchando —se despidió Serafín.

Era un bar próximo a sus casas, a diez minutos de camino, así que le sobraba tiempo. Sin embargo prefirió dar una vuelta, esperar a su amigo, en lugar de matar veinte minutos en casa. Con su padre en ella, ya no podía tocar la guitarra. Le molestaba la música, y más aún sus prácticas. No valía la pena arriesgar un átomo de paz en viernes.

Se metió en su habitación para recoger su cazadora. Cuando fue a dar media vuelta para salir, su madre ya estaba allí.

—¿No me digas que ya te vas? —le preguntó la mujer.

—He quedado con Ismael.

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—¿Cuánto llevas?

—El suficiente, mamá.

—¿Te ha dado tu abuela algo? Porque mira que le tengo dicho que no lo haga, que no quiero que lleves demasiado dinero encima. Ir justo es malo, pero ir con más de la cuenta...

—Mamá, llevo la paga de la semana.

—¿Entera?

—Por si luego tengo que tomar un taxi. ¿No querrás que vuelva a pie?

—Por favor, Serafín, no bebas.

Lo esperaba. Era el colofón, la eterna puntilla. Trató de abrirse paso, dejarla atrás, pero ella le persiguió por el pasillo, insistiendo en sus reproches, hablándole de que no había nada peor que perder el control.

—¡Mamá, ya vale!, ¿no? —acabó chillando sin poder evitarlo.

La voz de su padre le llegó envuelta en su habitual monotonía desde la sala.

—Serafín, no grites a tu madre.

Pepa y Cari reían en alguna parte. Quería a todos, pero se sentía solo. Nadie era capaz de entenderle. La única libertad estaba en la calle, con los amigos. Únicamente allí era él.

Se pertenecía a sí mismo.

La andanada final le llegó en el instante de abrir la puerta del piso, a un paso de olvidarse por unas horas de cuanto le atenazaba y le perseguía. No podía olvidarlo, era imposible, y más con ella recordándose a cada momento.

—Por favor, hijo... Ya perdí a tu hermano y no quiero...

Le dio un beso en la frente, evitando que continuara hablando. No quería verla llorar. No lo soportaba. Después, más que salir de casa, huyó de ella, como un solitario búfalo en una tensa estampida.

—Adiós, mamá —se despidió.

16

Serafín Creo que odio a mi hermano Jaime.

No recuerdo nada de él, porque yo era un crío cuando sucedió, pero ha estado siempre tan presente en nuestra vida, en casa, que ha terminado siendo una pesadilla, tan real como uno de nosotros, o más, ya que los fantasmas acaban apoderándose de ti hasta obligarte a ser como ellos quieren, no como tú los viste. La memoria les idealiza, les erige en estatuas, una imagen quieta y perfecta en lo alto de un pedestal.

Fue un accidente, un lamentable accidente, pero mamá aún no se ha recuperado de él, ni creo ya que lo haga jamás. Supongo que ha de ser muy duro. Trato de imaginármelo pero no puedo. Dicen que Jaime era muy travieso, así que fue algo muy suyo que se soltara de la mano del abuelo y echara a correr hasta la calzada. Visto y no visto. Aquel taxi se lo llevó por delante. Y el pobre abuelo se murió siete meses después, de tristeza. Desde entonces...

A veces no sé que es peor, si el constante silencio de papá, eternamente callado, gris, triste, sabiendo que el destino le destrozó la vida, o la contenida locura de mamá, pensando cosas como «Jaime habría cumplido diez años hoy» o «Jaime habría sido un estupendo futbolista con lo que le gustaba darle patadas a todo». Pepa, Cari y yo no hemos podido siquiera competir, compensar esa dichosa pérdida.

Ahora, el recuerdo de mi hermano es como un ritual constante—te en nuestras vidas, un ritual en el que mi madre ejerce de sacerdotisa.

¿En qué me he convertido yo, en una garantía? Dios mío, en cuanto me vaya a la dichosa mili, mamá es capaz de venir tras de mí para decirle al sargento que no me trate mal. Falta un año y ya se está lamentando, que si cada vez hay más soldados que se suicidan, que si cada vez hay más accidentes en maniobras o simplemente porque un camión vuelca en la carretera... Cuando pienso que jamás voy a poder liberarme de esto, me entran sudores. Estaré viviendo solo o con algún colega, y mi madre me telefonará para ver si duermo con una manta. Tendré una chica, o me casaré, y querrá que si tengo un hijo le ponga Jaime. Bueno, no me fui de casa mejor ni peor que otras veces, pero tengo la vaga sensación de que, mientras bajaba la escalera, me sentí cobarde.

Cobarde por no atreverme a decir «basta», por no largarme de una vez para vivir mi vida, no la que ellos quieren que viva por sí mismos y por mi hermano. De haber tenido el valor de Lázaro, o de José Luis... ¿Qué puedo decir? La culpa es de ellos, de mis padres. No puedo ir y decirles esto a la cara, acusarles, pero es la verdad. Uno no es tímido, o se siente

inseguro, sólo por el hecho de nacer tímido e inseguro. ¿Dónde leí que los cinco primeros años de la vida de una persona son los más cruciales, los que te marcan para siempre? Si en esos años nadie te acaricia, vas a crecer anhelando caricias. Si en estos cinco años te asustan diciendo que en la oscuridad hay un «hombre malo», crecerás teniendo miedo de cualquier sombra. Si en estos cinco años te obligan a comer fruta, odiarás la fruta. Debe de ser cierto. Siento que me protegieron demasiado, y me llenaron el cuerpo y lamente de tabúes. Por eso ahora me dan miedo las chicas. Las deseo, me enamoro de todas, pero me dan miedo. Cuando estoy con una, la que sea, me siento inferior, lleno de complejos. Por esa razón quiero ser músico, para ser amado, admirado. En lo alto de un escenario eres un rey, y todas te aman.

Algún día...

Me olvidé de todo al llegar a la calle, sí. Sabía que Ismael estaría muy depre por lo de Loli, y posiblemente también Mariano por lo de su padre, porque el tío estaba bastante colgado con los rescoldos del trauma del divorcio y todo ese rollo. Ni siquiera pensé en José Luis ni en Lázaro, aunque siempre acabábamos encontrándonos.

Lo bueno del viernes, cuando sales de casa, es que sabes que por delante tienes diez horas de libertad, y al regresar a casa, te dejas caer en la cama rendido, y la sensación se prolonga hasta la hora de volver a salir el sábado por la noche. Pero el viernes es mucho mejor, es... total.

Y la calle, mientras anochece, es tu amiga.

La aliada de todas tus emociones secretas.

17

No supo exactamente la razón por la que hizo aquello, ni siquiera fue consciente de sus actos. Lo cierto es que de pronto se vio a sí mismo, sentado en la silla de su habitación, frente a la mesa en la que leía, estudiaba o hacía sus trabajos, contemplando las fotografías del pasado.

Ágata, Isidro y él.

Ismael no supo cómo expresar lo que sentía.

Ágata era agradable, no hermosa, pero sí vibrante y llena de fuerza, colmada de ideales. Casarse con el memo de Esteban sin duda la había estropeado. Ahora era una madre perfecta, igualmente animosa y feliz, pero ni de lejos se parecía a la chica que él recordaba. Lázaro solía decir que cada cual se encuentra con quien se merece. A lo peor llevaba su parte de razón. Pudo haberse casado con otros, pero escogió al estirado de Esteban, con su aplomo, su seguridad, sus «ideas claras». Menudo esperpento. Una vida cómoda.

¿Valía la pena?

En cuanto a Isidro... ¿cuándo había sabido que era gay? De niño siempre le veía con niñas, y pensaba que era porque ya le gustaban. Luego, a los catorce o quince años, las cambió por amigos, y pensó que era lo lógico, el tiempo de las pandillas. ¿Fue a los dieciséis años, aquella noche de los gritos y la pelea? Sí, su padre le llamó «invertido», y le cruzó la cara cuando entraba él, asustado. Su madre y Ágata lloraban abrazadas.

Después les separaron, les hicieron dormir en habitaciones alejadas la una de la otra.

Dejó las fotografías de Ágata e Isidro, y se encontró con la de Loli.

Allí estaba guapísima, mejor que nunca. Se la había tomado en la playa, el verano pasado, el día en que estrenó aquel bikini tan ajustado y provocativo. Era tan perfecta, tan real, que le hizo daño. Casi podía tocarla. Casi podía sentirla con sólo cerrar los ojos.

Sintió algo más: una irrefrenable excitación en su cuerpo, unida a un fuerte acceso de rabia y desesperación.

Todo el mundo hablaba del primer amor, de lo fabuloso que era y de lo doloroso que acababa resultando. Pues bien, ahí estaba. Hermoso mientras duró, y ahora se le antojaba como un sueño, un espejismo. El dolor en cambio se presentaba como algo eterno. Su padre aún hablaba de su primera novia. Algo debía vivir todavía en su conciencia cuando su madre arrugaba el ceño y se mosqueaba, retándole a que la buscara. La sola idea de imaginarse a Loli con otro le mareaba, le producía vértigos, le dejaba el cuerpo vacío y la mente convertida en una pasta blanda y espesa.

Se volvía loco, y no había hecho más que empezar.

Estuvo a punto de romper la fotografía, pero no se sintió con fuerzas para ello, así que acabó arrojándolas al fondo del cajón del que las había sacado antes decerrarlo violentamente.

Era temprano. Aun así se levantó dispuesto a irse.

Necesitaba caminar, pensar. Después, en cuanto se reuniera con Serafín primero y con los otros más tarde, una docena de cervezas le ayudarían a olvidar.

Las últimas cervezas libres antes de que en la mili le cortaran el pelo y le pusieran un fusil en las manos.

18

Ismael Para mí, ese rollo del servicio militar es... ni siquiera tengo palabras para describirlo. Simplemente me parece aberrante, un mal viaje, un rollo inútil, la peor de las jodiendas, porque te meten mano en lo mejor de la vida, cuando has perdido ya de vista toda esa historia de la adolescencia, y te encuentras con la vida de cara, ¿me explico? Tienes un curro, una novia, y sin venir a cuento te agarran, te pegan cuatro leches y te dicen que eres un número, nada más. Coño, antes mandaba Franco, y los militares detrás, pero ahora... ¿qué democracia es ésta que obliga a un tío a hacer lo que no quiere, y le parte la vida por la mitad? Además, ¿no estamos en la OTAN? ¿Para qué queremos un ejército, por si nos invaden los moros? Si hay una guerra se lían a pepinos, o te sueltan una nuclear de ésas y adiós. ¿Quiénes son para decirme a MÍ que me joda por ELLOS?

Hubiera matado a alguien al salir de casa, sí, vale. Estaba... quemado. Si en ese momento alguien me tose le doy.

Lo cual era absurdo, porque nunca me he peleado con nadie, ni soy un tipo violento. José Luis sí lo es, por ejemplo. Dos semanas antes había tenido un roce de nada con un coche. Lo típico. Al lila se le caló el buga y José Luis, que estaba detrás y había arrancado, se topó con él. Lo dicho, un roce. Pero el conductor se bajó, dando voces, gritando que si le había hecho algo a su maravilloso cacharro... y José Luis le puso a dormir de un golpe. Lo cuento como me lo contó él, y le creo.

Lázaro es igual. Pero yo...

Nunca me había sentido igual. A medida que se había acercado mi incorporación «a la guerra», mi depre aumentó, pero si Loli me hubiera esperado, si aquella tarde me hubiese dicho que no pasaba nada, al menos me habría ido de otra forma. De pronto todo se hundía a mis pies. No sé, Serafín y Mariano dicen que tiendo a magnificarlo todo, que le doy mucha transcendencia a las cosas, que lo convierto en una tragedia griega, pero me gustaría verles a ellos pasando por lo mismo que yo.

Loli era mi absoluto ideal.

Quería odiarla, mucho, hasta el límite, por el daño que me hacía, pero lo cierto es que la

deseaba aún más.

Tanto como deseaba pasar de todo esa noche, emborracharme con los amigos, desmadrarme. Un colega nunca te traiciona. Ellos no son como las tías.

Un colega es legal.

19

Lázaro se echó un último vistazo en el espejo del recibidor, la camiseta de *Metallica*, las muñequeras, la cazadora en la mano, negra y reluciente, con una docena de pegatinas de tela de grupos heavy cosidos por detrás, y por supuesto el cabello, recién lavado, largo hasta los hombros y aún más por la espalda. Se sintió complacido y concluyó su examen guiñándose un ojo a sí mismo.

Su madre y su hermana continuaban trabajando en la sala. Terminarían tarde. Cuando abrió la puerta del piso un ramalazo de incomodidad le invadió, pero acabó venciéndolo recordándose a sí mismo que cada cual tenía lo suyo. Otro día, un lunes, un martes, un miércoles o un jueves, tal vez las habría ayudado. Pero era viernes, y existía un orden natural para todas las cosas. Cinco días en el taller, reparando las motos de los demás, confluían inevitablemente en la descarga de adrenalina del viernes por la noche. Algo inviolable.

Y más aquel viernes por la noche.

Necesitaba toda la marcha que el mundo pudiera darle, y que él pudiera darse a sí mismo. Lázaro cerró la puerta del piso sin hacer mucho ruido. Ya les había dado un beso a las dos, especialmente a Lucía. Dios, cómo le adoraba aquella cría. Sin duda la falta de un padre a quien amar le confería a él ese privilegiado papel, sin los inconvenientes de un padre, porque jamás la regañaba ni la echaba la bronca por las tonterías habituales por las que los padres suelen echarlas.

Lucía sería una gran chica. Era vital, abierta, intensa.

Ya cuidaría de que fuera así.

Al llegar a la calle, se quedó mirando su vieja moto, un puro cascajo comprado de quinta mano al que por lo menos había podido hacer unos apaños adecuados en el taller, quedándose fuera de horas, por supuesto, y pagando el material, porque bueno era el dueño. Vaciló. Por lo general acababa dejándola tirada en cualquier parte, ya que no todos los que se encontraba tenían moto, y luego debía recordar incluso dónde la había dejado e ir a buscarla. Pero si no cogía la moto, si se iba en taxi o a pie, luego tal vez la echase de menos.

Además, un tío en moto siempre era más que un tío a pie, o en taxi. Un tío en moto era alguien, aunque fuese una porquería como aquella. Seguro que José Luis iba con la suya, que era peor, y si decidían algo diferente...

Se subió a la moto, y se sintió mucho mejor allá arriba, mirando el mundo desde otra perspectiva, aunque ni siquiera la hubiese puesto en marcha, atronando el aire con su petardeo insultante. Música ambiental. No comprendía por qué la gente odiaba ese sonido. Comprobó la hora. Era temprano. Podía buscarse la vida antes de encontrarse con José Luis.

Se puso el casco, arrancó la máquina y dando una brusca acelerada, se alejó calle abajo sorteando los primeros coches de su ruta. El rugido inesperado provocó que no menos de una docena de transeúntes dirigiera hacia él sus miradas de reproche.

Algún día le mirarían con algo más: envidia.

El día que cabalgando en su Harley Davidson plateada lo mismo que un gigante urbano, se mereciera el único respeto que la mayoría de la gente conocía, el de la fuerza.

20

Lázaro Necesitaba algo para empezar adecuadamente el fin de semana. No sé muy bien la razón, pero quería colocarme cuanto antes. Creo que lo del yuppie de mierda del taller me alteró las hormonas. Me dio la propina, sí, y estuvo bien, pero en cuanto él se marchó con su 500 y yo me quedé con el billete en la mano... Rayos, truenos y centellas, ¿vale? Me sentí completamente frustrado. ¿Cuánto tiempo de la vida de uno puede comprarse con un billete? Él se iba, impecable, con su virguería de moto, y yo me quedaba atrás, sucio, lo mismo que un sirviente complacido tanto por la propina como por haber satisfecho al santo patrón. Entonces me dieron ganas de salir tras él, cogerle y hacerle tragar la pasta. Ni siquiera me sentí feliz por haberle tomado el pelo, por largarle el rollo de que había tenido que hacer esto y lo otro y lo de más allá por su moto, para ayudarle.

Así que me fui al bar de Goyo, para buscar al «Lagarto». Ese siempre lleva encima lo que haga falta, incluso anfetanas por si no has pillado una farmacia abierta, aunque lo que yo quería era un poco de costo, para fumar. Pero en el bar me dijeron que no le habían visto en un par de días, y ésa fue la primera mala señal.

Si un viernes por la noche, así, de buenas a primeras, te falla tu proveedor, ¿en quién puedes confiar?

Sabía por donde solía andar el «Lagarto», y me fui allí. Pregunté a un par de tipos que tenía localizados y los dos me dijeron lo mismo, que al «Lagarto» se lo había tragado la tierra.

Eso me escamó. Un viernes el «Lagarto» está donde ha de estar, que para algo es su negocio. Por eso empecé a sospechar que lo habían trincado, mucho antes de que me lo confirmara uno que andaba en lo mismo, pero más limpio que una baldosa después de la prueba del algodón. El tipo me dijo que el miércoles la pasma había hecho una redada, y adiós. Al «Lagarto» se lo llevaron con toda la mercancía, y él no tenía nada.

Me dijo que el fin de semana se presentaba chungo.

Uno puede tener un poco de sed, y un poco de hambre, y no pasar nada, hasta que sabe que todo está cerrado, y entonces se te dispara la ansiedad, te da la sed y el hambre de golpe. No sé como lo llamarán los psiquiatras, ni me importa. Los malos presagios, sobre todo cuando se confirman, me sacan de quicio. No hay nada que me fastidie más que un mal rollo inadecuado. Es como esperar una cita que te vuelve loco y al llegar el día y el momento la titi te suelta que está roja.

Creo que ese fue el principio.

Empecé a dar vueltas con la moto, como un animal enjaulado en la ciudad, y cuanto más cerrado estaba el horizonte, más subía mi adrenalina. Todo parecía estar seco, asquerosamente seco.

Mariano cogió el pendiente, un pequeño aro de oro, sin ningún adorno, y se lo llevó a la oreja derecha. Vaciló antes de ponérselo, y detuvo su gesto por espacio de unos segundos, cavilando los pros y los contras. Le gustaba llevarlo, pero Lázaro y José Luis se burlaban de él. Le decían que ya llevaba el pelo demasiado corto como para encima ponerse mariconadas, por más que les decía que no lo era, y que los anticuados eran ellos, los dos se reían más de él.

A pesar de lo cual él les seguía ciegamente, siempre.

Si no se ponía el pendiente, parecería que le tenían dominado, que hacía lo que ellos querían. Ismael y Serafín, entonces, serían los que le dirían de todo, por dejarse influenciar, por renunciar a su propia personalidad. Todos sabían que le gustaba llevar un pendiente, y más aquél, regalo de su padre en el día de su cumpleaños, para disgusto de su madre.

Mariano se sintió atrapado entre dos aguas, como casi siempre.

Ismael y Serafín eran sus colegas, pero admiraba la fuerza, el desparpajo y el carácter de Lázaro y José Luis. Inevitablemente acababan todos juntos a lo largo de la noche.

Se colocó el pendiente.

Se sintió mejor nada más hacerlo, como si hubiera recobrado parte de sí mismo con aquel gesto. ¿Se metía él acaso con las muñequeras de Lázaro, o con la melena de José Luis? A fin de cuentas, si no era por el pendiente sería por otra cosa. Tenían una jeta que se la pisaban, e imaginaba que esa era parte de su fascinación. Ellos sí los tenían bien puestos. Y desde luego, cuando estaban los cinco, formaban un extraño grupo.

Abrió el cajón central de su mesa y examinó el dinero que tenía en él. Doce mil pesetas.

Ismael y Serafín no solían llevar más de tres o cuatro mil. Lázaro y José Luis dependía del día, si era a comienzos de mes o a finales, si andaban flojos o a flote. Él era siempre el que más dinero aportaba. Y no le importaba invitar, o que Lázaro y José Luis le sablearan y le soplaran lo que podían. Los amigos son los amigos, aunque a veces...

Serafín le dijo un día que Lázaro y José Luis le soportaban por el dinero, ya que pensaban que no era más que un pijeras con suerte, por lo de los padres divorciados y todo ese rollo. No quería creerlo.

Serafín era un raro, siempre acomplejado, inseguro, e Ismael otro tanto con el rollo de su servicio militar. Lázaro y José Luis en cambio representaban la realidad.

Cogió diez mil pesetas y dejó dos mil, como remanente para lo que pudiera pasar. No las guardó todas juntas, sino que se puso cinco mil en la cartera, con el documento nacional de identidad, y escondió las otras cinco mil en un bolsillo interior del pantalón, en la parte delantera, supuestamente adecuado para guardar cerillas o algo así. Completada la operación se puso en pie y se preparó para salir.

Quizás aquélla fuese una buena noche.

Mariano Al salir de casa, pensaba en mi padre, y un poco también en mi madre.

¿Y si era cierto que con eso de tener un nuevo hijo, y consolidar de esta forma otra familia, acababa pasando de mí? En parte es normal una distancia, porque yo ya no soy un crío, pero hay cosas inexplicables, los lazos no se tensan y destensan a capricho. Papá y yo, al menos así lo creo, estábamos unidos antes de lo del divorcio, y más aún después, porque con la guerra que se montaron los dos, el que salió beneficiado a nivel meramente egoísta

fui yo. Todos los padres que pierden un hijo por una separación buscan la proximidad con detalles, regalos, una mayor libertad y comprensión, algo que no harían estando todavía en casa. Frente a eso, la que pasa atener el papel de «dura» es la madre. Por un lado está su situación; por otro la necesidad de tener las riendas sujetas, y cuanto más cortas mejor; y finalmente la tensión del miedo.

Durante tres años había oído, casi cada día, lo malo que era mi padre, lo cruel que había sido, lo injusto de su proceder, lo sádico de su comportamiento, la vileza de su engaño durante el tiempo en que se entendió con la otra mientras fingía que todo seguía igual. A mamá le dolía tanto haberle perdido por otra más joven como la vergüenza de su situación. Se había casado «para siempre», es decir, que para ella lo de «toda la vida» tenía sentido. Saber que papá, durante casi un par de años, se acostó con ella cuando venía de hacerlo con la otra, fue la clave de su locura.

Ahora me costaba imaginarla con otro hombre, con Joaquín. Creo que los hijos no nos imaginamos a los padres haciendo el amor. Es superior a todo. Pero encima tratar de ubicar a tu propia madre con un extraño en la cama...

Y si pensaba en casarse, lo lógico es que estuviese enrollada hasta ese punto.

Esa noche me vi por primera vez con un padrastro en casa.

Y no es que viera en Cruz a mi madrastra. Era guapa, y tan joven que a veces envidiaba a mi propio padre. Pero en el caso de Joaquín seguro que iba a ser distinto. Joaquín sí era un tío mayor, y quizás se le ocurriese ejercer de padre, seguir el dictado de mamá para que «me metiera en cintura» o algo así.

No quería comerme el tarro, así que pensé que cuanto antes encontrara a los demás, mejor.

23

José Luis se encontró con Petra nada más salir del portal de su casa, y evidentemente, no fue una casualidad.

Se había arreglado, y de primera. Era alta, proporcionada, de tez oscura y aires morunos, cabello muy negro, ojos penetrantes, nariz pequeña y labios alargados, aunque sin duda lo mejor y más exótico de su rostro era la hendidura de la barbilla, un ligero sesgo que equilibraba la firmeza del óvalo de su cara. Llevaba puestos unos pantalones muy ceñidos, probablemente sin nada más debajo, y una blusa liviana que resaltaba su busto medido. No tenía punto de comparación con Noelia.

Pero nadie, ni siquiera Petra, llegaba a rozar de lejos la suave magia de Noelia, el encanto que la hacía diferente, la ternura de su ser.

—Vaya, que sorpresa —dijo José Luis deteniéndose ante ella.

—Hola —le saludó Petra.

—¿Hace mucho que me esperas?

No respondió a su clara indirecta. Se limitó a sonreír y a darle un beso en los labios. Se había puesto perfume con generosidad, aun cuando no le hicieran falta otros reclamos artificiales para afianzar sus propios recursos naturales. No hubo más contacto entre los dos.

—¿Qué haces? —quiso saber la aparecida.

José Luis se encogió de hombros.

—Nada en especial.

—¿Has quedado?

—Es viernes, ¿no?

—¿Tan pronto?

—Ni siquiera sé la hora que es.

—¿Te acompaño?

Le gustaba tenerla cerca, aunque exhibirse con ella era demasiado peligroso. Noelia no aguantaría otro desplante. Calculó también la alternativa de decirle que no, y coger su motocicleta, o decirle que sí y verse obligado a dejarla. No podía llevar «paquetes» en su cacharro.

Optó por lo último. La moto no le servía de nada cuando se reunía con los demás. Lázaro seguramente tampoco la llevaría. Y Petra era toda una tentación, algo irresistible cuando se la tenía delante, como una abierta promesa o, mejor aún, un reto imposible de evadir.

—Vamos —dijo—. Te invito a una cerveza.

Le pasó un brazo por encima de los hombros, marcando su propiedad, y ella le pasó el suyo por la cintura, por debajo de la cazadora. Sus manos también eran muy bonitas, dedos largos y uñas cuidadas.

Noelia se las mordía.

Él sólo se apoyó, en cambio Petra le atrajo hacia sí con cálida fuerza.

24

José Luis Por un lado, bien, pero por el otro... me sentí algo irritado. A cualquier tío le gusta que una chica le persiga, y tratándose de una mujer como Petra, mejor que mejor. Pero después de pelearme con mi hermana, y llamarla lo que la llamé, por ir siempre con tíos casados y tentar a la suerte, Petra me recordó a mi hermana.

Claro que era distinto.

Lo de Petra no era más que un rollo. Mi hermana en cambio estaba en casa, y si se metía en un lío o le pasaba algo, la que acabaría pringando sería mi madre, como siempre.

Si por algo quiero ganar dinero, conseguir lo que sea, y pronto, es por mi madre. Con la mala vida que le ha dado siempre mi padre, las broncas de antes y ahora lo del paro y las borracheras... se merece lo mejor. Aún no es una mujer mayor, pero trabajar todas las noches en un restaurante de los que no cierran a una hora decente, es un palo. Si aún durmiera de día, hasta tarde, pero que yo recuerde la veo en pie por la mañana, por la tarde. Debe dormir tres o cuatro horas, si llega. Ella dice que es fuerte, y probablemente sea verdad, pero pienso que todo acaba pasando factura.

Me gustaría tener un restaurante, para que lo llevara ella, pero no desde la cocina, limpiando cacharros o haciendo de todo, sino desde la recepción, vestida con una ropa elegante. Mi madre era muy guapa de joven, y aún lo es, o lo sería, si se arreglara decentemente. No es extraño que Mercedes también lo sea.

Petra y yo nos besamos en la esquina. Lo que yo llamo un beso húmedo, así, de buenas a primeras. La muy... sabía cómo ponerme a tono, cómo hacerse un hueco en mi espacio, cómo mantener la onda. Pensé que Lázaro ya daría conmigo si no me encontraba donde habíamos quedado inicialmente. Prefería dejar a Petra apartada de mis puntos habituales, por simple precaución. Uno siempre ha de reservarse un último refugio donde estar a salvo. La verdad es que ella estaba segura de poderme retener a su lado toda la noche.

Sabía cómo hacerlo.

25

Lázaro sólo había estado en aquel tugurio una vez, y de casualidad. Le llevó un colega, un

pirado del que no sabía hacía por lo menos seis meses, y que imaginaba en la trena. Pero se le quedó grabado en la memoria uno de sus comentarios, al señalar a un tipo bajito, achaparrado, con un solo ojo. Le dijo:

—¿Ves a ese? Pues si algún día quieres algo, y a buen precio, puede proporcionártelo. Siempre está aquí.

Lo intentó. Entró en el bar y paseó una mirada por los parroquianos, abundantes ya a primera hora de la noche o última de la tarde, según se mirara. No vio al del ojo solitario, así que se acercó a la barra, donde se hizo un hueco a base de dar un par de codazos sin muchos problemas. El camarero tardó casi un minuto en acercarse hasta él.

—¿Está por aquí el tuerto?

—¿Quién?

—Uno que sólo tiene un ojo. Estuve aquí con el Loren y me lo presentó, pero no recuerdo el nombre. Dijo que se movía poco de este lugar.

El camarero le estudió. Llegó a la conclusión de que su historia era cierta.

—¿Qué vas a tomar?

—Cerveza.

—Le aviso. Está en la parte de atrás. Vete al fondo.

Le dio la cerveza, y esperó a que Lázaro se la pagara. Luego los dos se apartaron de su punto de encuentro a ambos lados de la barra. El camarero desapareció por una puerta, a su izquierda, y Lázaro le obedeció, reculando hasta una de las esquinas, donde quedaba una mesa libre. Se sentó en ella y esperó.

No por mucho tiempo.

El tuerto apareció al minuto. Parecía más bajo que la otra vez, y más castigado por la vida, igual que si un peso invisible le doblara la espalda. Le dirigió una mirada lejana y se aproximó despacio, estudiándole. Cuando se sentó en la silla no abrió la boca. Esperó.

—Estuve aquí con Loren.

—No le recuerdo, ¿Loren dices?

—Da igual. Me dijo que si necesitaba algo, tú podías tenerlo.

El hombre movió la cabeza en sentido horizontal.

—Nada.

—¿Cómo?

—Que no hay nada, chico. ¿En qué mundo vives? ¿No te has enterado de lo que hicieron por aquí hace un par de días? Lo limpiaron todo.

—Oye, no fastidies.

—¿Que no fastidie? Dudo mucho que encuentres algo en ninguna parte.

—Sólo quiero hierba, no pido jaco ni farla.

—Ni para un colocón, salvo que te conformes con unas anfetas. Buenas, eso sí.

—¿Anfetas? Eso es para maricas, tío. Dejé de chupar píldoras hace años.

El tuerto ni se movió. Hundió en él su único ojo sano.

—Tú verás —le dijo sin ambages.

Lázaro se dejó caer hacia atrás. Sabía que le decía la verdad, y que así, ya de buenas a primeras, la noche comenzaba a torcerse. La ausencia de posibilidades le enfureció, y le puso más nervioso de lo que ya estaba, aun sin saber la razón. Cuando se enfrentó de nuevo a la frialdad de su interlocutor, algo le dijo quemás valía pájaro en mano que ciento volando.

—¿Qué clase de anfetas son? —quiso saber.

—De las buenas. Nada de pastillas para adelgazar y esas tonterías. Son como pequeños

cartuchos de dinamita roja. Con media docena casi es como si tetomaras un «éxtasis».

—Ya será menos.

El tuerto se puso en pie.

—¿Hace? —dijo por terminada la conversación.

Lázaro acabó asintiendo con la cabeza.

—Hace —afirmó rindiéndose a la evidencia.

26

Serafín levantó una mano al ver entrar a Ismael por la puerta del *Loca's*. El recién llegado tardó en localizarle, por la cantidad de gente, la mayoría joven, que llenaba ya el local. Hizo un gesto de asentimiento e inició el lento avance hasta él, pasando por entre la abigarrada variedad de público, todavía inclasificable a aquella hora. Serafín ocupaba una mesa, pero no en solitario. Dos de las sillas habían sido raptadas por los de la mesa contigua, una tercera tenía como dueña a una pareja, él de cara y ella encima, ajenos a lo que no fuera su rollo. Quedaba una cuarta, vacía, que fue la que cogió, al lado de su amigo. Nada más hacerlo pensó que, de camino, habría podido agenciarse una cerveza.

Serafín captó su gesto, y le ofreció la suya.

—Desatáscate las cañerías —le invitó.

Ismael le dio un generoso trago a la jarra. Al dejarla en la mesa se encontró con la expectación de su compañero.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber éste.

—Dame un respiro, ¿vale? —su tono no fue relajado, sino tenso—. Además, preferiría que no me jorobaras mi penúltimo fin de semana.

—Yo no te voy a jorobar nada. Como no te comas tú el coco...

—¿Qué hacemos? —preguntó Ismael dispuesto a cambiar de conversación.

—No sé. Todavía es temprano. ¿Has cenado?

—Sí, en casa.

—Yo también, pero unas bravas, para hacer boca...

—¿Nos largamos al bar de Tomás?

—¿Dónde si no?

Serafín le guiñó un ojo, y se acabó la cerveza de la jarra de un sorbo. Tras ello emprendieron la retirada en dirección a la puerta.

Nadie se fijó en ellos, de la misma forma que ellos no se habían fijado en nadie de los que estaban alrededor.

27

Mariano cruzó la calle a mayor velocidad de la normal al echársele encima una moto de gran potencia inesperadamente. El dardo metalizado pasó a un metro escaso de él, realizando una maniobra de cara a la galería. Junto al estruendo, se oyó con claridad la voz del motorista, sin casco, dirigiéndole su inesperado desprecio:

—¡Tortuga imbécil!

Mariano le respondió fulminante, sin palabras, elevando su mano derecha hasta la altura de los ojos y movilizándolo su dedo medio hacia arriba mientras los otros cuatro se plegaban en torno a él.

Sabía que por el retrovisor, el motorista le había visto.

Se olvidó de él. Entró en el bar y buscó a Serafín y a Ismael. Por segunda vez en los últimos diez minutos, no les encontró y se extrañó de ello. Por lo general, los primeros puntos de encuentro eran aquellos. En cuanto a la hora...

Quizás fuese un poco más temprano que de costumbre.

Se acercó a la barra. Conocía a Lucky, el camarero. Le hizo una seña y el muchacho se aproximó solícito, despreciando la llamada de otro cliente.

—¿Qué hay, tío?

—¿Has visto por aquí a Ismael o a Serafín?

—Esta noche, no. ¿Tomas algo?

Mariano rechazó la invitación con un gesto. Se apartó de la barra.

—Si aparecen, ¿les dirás que les busco?

—Claro, hombre. Hasta luego.

Hasta luego. Solía ser así. La ruta habitual colocaba el Esquina a mitad de la noche, que era cuando estaba más animado. Salió por la puerta y antes de cruzar la calle miró a derecha e izquierda. En esta ocasión no hubo ningún peligro.

28

El *Tornillito* estaba animado, pero no era más que un local de mala muerte para viejos jugadores de dominó y aficionados al fútbol los domingos por la tarde, a la hora de Canal Plus. Lázaro pasaba por delante cuando vio al padre de José Luis dentro, bebiendo.

Entonces se detuvo.

Exactamente no supo la razón, pero lo hizo. No creía que José Luis estuviese allí, con él, así que su actitud aún le extrañó más. Comprendió finalmente sus ocultos motivos al ver que el señor Dimas estaba ya ebrio.

Y la noche no había hecho más que empezar.

Ni siquiera se dio cuenta de que estaba inmóvil delante de la puerta. Caminaba pensando en su propio padre muerto, y se encontraba con el de su mejor colega borracho.

El señor Dimas levantaba un vaso de vino, oscuro, peleón, y canturreaba algo ininteligible desde el exterior, pese a que la puerta estaba abierta. A su lado, otro tipo secundaba sus movimientos. Los dos tenían los ojos brillantes, la expresión perdida, el rostro colorado por el calor, y se bamboleaban lo mismo que si allí dentro hubiese una corriente de aire meciéndoles.

Reanudó la marcha al lograr deshacerse de su estado hipnótico, y salió del callejón para volver a coger su moto. José Luis sólo podía estar en un lugar, y eso significaba que no se hallaba solo. En su código secreto y no escrito, quedaba claro que si uno de los dos no quería ser localizado, no se le localizaba.

Pero era viernes, y eso también significaba algo.

Lázaro puso en marcha la moto, se colocó el casco tras liberarlo de su sujeción, y arrancó. De todas formas, y a pesar de la fuerte velocidad que cogió desde el primer momento, no pudo apartar de su mente la imagen del señor Dimas borracho, mientras se preguntaba qué haría él caso de hallarse en la piel de su amigo.

Sentirse desnudo ante ese sentimiento le hizo dar más y más gas.

Se saltó un semáforo en rojo.

Debía llevar entre tres y cinco minutos con los ojos cerrados, para saborear más el largo beso con Petra, que era la que dominaba la situación, acorralándole contra la pared. Ni siquiera la abrazaba. Su mano derecha se apoyaba en la mesa que ocupaban, y la izquierda, estirada horizontalmente, seguía la línea del respaldo de madera, como si se sostuviera en él. Por contra, la izquierda de ella sí le rodeaba por la cintura, mientras que la derecha extendida le acariciaba la mejilla.

José Luis tuvo un presentimiento.

Abrió un ojo, uno solo, y se encontró con Lázaro frente a ellos, de pie, observándoles con socarronería. Sus brazos estaban cruzados sobre el pecho.

Volvió a cerrar el ojo, y se concentró en el final del largo y prolongado beso. No fue una separación ni mucho menos rápida, sino densa y cadenciosa, apurando las mieles del contacto. Cuando Petra lo notó, se apartó apenas unos centímetros de él. Los suficientes para mirarle, con expresión de tierno deseo. Al intentar una nueva proximidad, José Luis la esquivó con aparente facilidad.

Petra siguió la dirección de sus ojos, girando la cabeza. El rostro se le cubrió de cenizas al ver a Lázaro.

—Lo siento, tío —dijo José Luis a modo de ex— cusa abriendo ambas manos hacia arriba en un claro gesto de impotencia.

—No problem —respondió Lázaro—, ¿Te vienes?

Petra se interpuso entre los dos, cortando su complicidad. Una máscara de furia atenazó la belleza de sus facciones. Sus pupilas destilaron chispas, inmersas en un fuego tan violento como la erupción de un volcán.

—No vas a irte ahora —protestó.

—Te dije que tenía cosas que hacer.

— ¡Pero si acabamos de llegar!

—Vamos, tía —José Luis reflejó un súbito cansancio.

Ella no se dio por vencida.

—Una hora —propuso, y le guiñó un cómplice ojo tras el cual se escondían todas las promesas.

—Por una hora, después me pierdo la noche.

—Puedo llamar a Elisa, y nos lo montamos los cuatro.

—¿Elisa? —bufó Lázaro—. ¿Han inventado algún moderno sistema de depilación o ha ido a Lourdes?

—Anda, no seas plasta —dijo José Luis—, Deja que me levante.

Por un momento pareció dispuesta a saltarle al cuello. Debió pensárselo mejor, conociéndole, porque era de los que no toleraban nada, y menos en público. La escena se mantuvo así, congelada, por espacio de cinco segundos. Después, lentamente, se apartó de su lado. En el bar nadie les prestaba la menor atención, así que se sintió menos avergonzada.

—Eres un imbécil —le susurró a modo de despedida.

José Luis no se enfadó.

—No lo estropees. Te veo mañana por la tarde, ¿vale?

—Claro, y por la noche los amigos, y el domingo tu novia, esa...

Dejó de hablar al ver como él endurecía su gesto.

Y aquello fue el fin de la pugna, dialéctica y anímica. José Luis se puso en pie, arreglándose el pantalón. Recogió la cazadora y salió del reducido espacio que había ocupado en uno de los ángulos del bar. No dejó de mirarla fijamente, manteniendo el tono de dureza en su expresión, hasta que alcanzó a Lázaro.

—Chao, Petra —dijo éste levantando una mano amistosa, aunque su sonrisa de burla era todo lo contrario.

—Idos a la mierda, los dos —les deseó ella.

—¿Lo ves? —manifestó José Luis—. Te falta ese toque de distinción, esa pequeña gracia que da la clase.

Y es una lástima.

No esperaron la reacción de Petra. Le dieron la espalda y la dejaron atrás.

Por lo menos no se rieron hasta salir del local.

30

Serafín le dio un puntapié a una lata de Cola vacía. La pieza metálica salió disparada calle abajo, rebotando por entre los adoquines, llenando la noche de sonidos amortiguados hasta que se detuvo muerta en su impulso al chocar con una bolsa de basura sobre la que ya merodeaban tres gatos asustados.

—Por lo menos ha sido decente —le dijo a Ismael al recuperar la normalidad de su paso.

—¿A qué llamas tú ser decente?

—Pudo haberte engañado mientras estabas de caqui, o escribirte. Y eso sí hubiera sido una putada mayúscula. Tú allí, depre, y ella soltándote el muerto. Ha tenido el valor de decírtelo a la cara.

—¿Vas a ponerte de su parte?

—Yo sólo digo que es una tía legal.

—¡Ella sabía que me largaba a la mili!

—Y tú sabías como es Loli cuando te liaste.

—Creí... —depuso su actitud iracunda. Se con— tentó con darle un manotazo en la espalda

—. ¡Bah, ya te he dicho que no quería hablar de eso!

—Has sido tú, que conste —manifestó Serafín.

—Será que no querías conocer los detalles.

—A mí me la trae al fresco, aunque pienso que es bueno soltar lo que se lleva dentro.

—Los psiquiatras opinan lo mismo, por eso ganan una pasta gansa con la de bocazas que hay y lo mucho que les gusta que les compadezcan.

Recuperaron el silencio de su entorno, sin dejar de caminar a buen paso. Ismael los ojos fijos en el suelo, debatiéndose en su privada guerra interior. Serafín con ganas de encontrar a alguien más, para que su amigo levantara el vuelo y superara la depresión en la que se debatía.

Todavía faltaban cinco minutos para llegar a su destino.

—Las tías son un mal rollo —dijo Serafín a modo de comentario global—. Pierdes el culo por una y acabas puteado, de una u otra forma. Todas son iguales.

Se encontró con una mirada nada afín por parte de Ismael.

—¿Y tú como lo sabes? —rezongó éste—. Si te mueres de ganas por estar con una.

31

Serafín Eso me dolió.

Algo me estaba diciendo que con Ismael así, y Mariano rebotado por lo de su padre, la noche no iba a ser lo que se dice maravillosa. Pero una cosa es aguantar las neuras de tu colega y otra muy distinta que por tenerlas te mee en la boca, ¿me explico? No pude aguantarme, así que le dije que era un desgraciado. Vio que había metido la pata, pero no le dejé hablar. Le solté los perros. La Loli era una calentabraguetas y él un infeliz. Si por hacérselo con una chica luego hay que acabar hecho polvo... Me sentí mal, y creo que ya no pude librarme de ese lastre en varias horas. Comprendí que en el fondo eso era lo que pensaban de mí todos, que era un reprimido con tantos complejos que era imposible que cambiara. Hasta estuve tentado de decirle que me largaba. Fue una idea que me pasó por la cabeza. No sé si me convencí de que era una estupidez quedarme solo la mejor noche de la semana o si me pasó como casi siempre. Suelo dejar morir las iniciativas, las buenas y las malas, por falta de decisión. Mi maldita inseguridad. Discutimos el resto del camino hasta el bar de Tomás, cediendo uno y otro para no complicar más las cosas. Estar con una chica, en mi caso, ya no era una ansiedad, sino una obsesión. Así que justo al entrar en el bar pensé que ojalá Loli me hubiese dejado a mí, porque eso habría significado lo más importante, que la había tenido antes. Siempre es mejor que te duela por algo que has hecho que no por algo que no has hecho.

32

Mariano Me extrañó no encontrar a Ismael y a Serafín, tanto como no dar con Lázaro y José Luis. Había recorrido los tres bares donde solíamos iniciar la noche, y sólo me quedaba el de Tomás, por lo de las patatas bravas. De camino, y calibrando que algo hubiera sucedido, pensé por primera vez en Sara. Y se me ocurrió que si no les localizaba, podía llamarla. No la dejaban salir de noche, todavía, pero tres semanas antes me demostró no únicamente sus agallas, sino también de lo que era capaz por mí. Y fue un miércoles. Hicimos juntos el camino de regreso a casa a la salida del instituto, y cuando le conté que por la noche iba al cine, me preguntó si podía acompañarme. Le contesté que sí, pero que lo veía difícil dada su situación. Entonces me aseguró que se escaparía de casa. No la creí, pero lo hizo. Incluso fui a buscarla para ver cómo lo hacía. ¡Fue increíble! Vive en un primer piso, pero hay un entresuelo entre él y la calle, con lo cual la distancia es considerable. Salió por el balcón de su habitación, se descolgó por él hasta el alféizar de las ventanas inferiores con la ayuda del canalón de desagüe, y de ahí a mis brazos. Encima, como contaba con ponerse perdida, llevaba ropa de recambio en el bolso. Fue una de las mejores noches de mi vida, una absoluta gozada. Para Lázaro y José Luis, Sara no es más que una cría, por lo de la edad, pero ya quisieran ellos tener a una mujer así a su lado, porque es una mujer de verdad. Siempre he creído que los años no son lo más decisivo en una persona, sino lo que hay en el tarro. Eso es lo que cuenta. Además, saber que alguien te quiere... saber que le importas a una persona... Puede parecer cursi, pero es como lo siento. Aún no sé por qué me importan tanto las opiniones de los amigos. Más que mis sentimientos, si es que los tengo. Vi una cabina en la esquina, a menos de doscientos metros del bar de Tomás. Pensé que si no daba con alguno de ellos allí, llamaría a Sara, ¿por qué no? Sabía que volvería a escaparse, aunque le costara un disgusto. No es lo mismo largarte de casa un día entre

semana, cuando todos duermen porque los padres se levantan temprano, que hacerlo un viernes, porque es mucho más fácil que te descubran, si no sospechan antes de ti por decir que tienes sueño y te vas a dormir.

Claro que a lo mejor Sara no estaba en casa.

Fue sólo una idea. Tampoco sé lo que habría sucedido, si eso habría cambiado las cosas o no. Nada más entrar en el bar vi a Ismael y Serafin. El camarero les estaba tomando el pedido en ese instante.

Patatas bravas.

33

José Luis bebió dos largos sorbos directamente de la botella de cerveza, echando la cabeza hacia atrás y apuntando con ella hacia la luna y las estrellas. Luego se la pasó a Lázaro, mientras se secaba los labios con el dorso de la mano. Su compañero apuró el esto de un solitario y largo trago.

La litrona fue a parar a la alcantarilla, donde se rompió en cien pedazos, algunos de los cuales quedaron en mitad de la calzada al rebotar en la parte superior del bordillo.

—¿Estás seguro de que estas píldoras hacen algo? —preguntó escéptico José Luis.

—Te juro que como no me coloquen mañana voy y le saco el otro ojo al tuerto ese —aseguró Lázaro imitando el secado labial de su amigo—. ¿Cómo es posible que pasen esas cosas? ¡Por Dios, ni que estuviéramos en Soria! ¡Un viernes por la noche!

—La culpa es tuya, por esperar a última hora. Si quieres marcha empieza por buscarte la vida antes.

—No me jodas, tú.

Esperaron unos segundos, sin moverse del callejón, con las espaldas apoyadas en un muro de piedra. Lázaro tenía los ojos cerrados. José Luis miraba al suelo. La noche era agradable, y los dos llevaban puestas sus cazadoras, como una marca de fábrica más, una señal de identidad propia. De nuevo fue Lázaro el primero en hablar.

—No siento nada. Esto es para críos de esos que esnifan cola. Si no hace efecto ni regado con cerveza...

—Larguémonos de aquí. A lo mejor son de efecto retardado.

—Y encima tú, mira que venirte sin moto. Nunca nos ponemos de acuerdo.

—Da igual, luego acabamos con toda la basca.

—No da igual —lamentó Lázaro—, Una noche perdida es una noche perdida. Hoy necesitaba algo más, un buen trip.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Qué va a pasar? Nada. Pero lo necesitaba.

—Deberías trabajar de mensajero, como yo —rezongó José Luis— Seguro que entonces lo necesitabas a diario.

—¿Crees que el taller es mejor?

—Por lo menos no vas todo el santo día tragando el humo de los coches, los autobuses y los camiones. Y si llueve, no te mojas.

—Anda ya. Tú vas de un lado a otro, ves gente, conoces a todas las recepcionistas de la ciudad. ¿O no te lo montas bien?

—A ti te gustan las motos.

—Claro, y a los cajeros de los bancos el dinero, por eso se pasan el día contando el de los demás, ¡no te jode!

—Sí —José Luis bajó los ojos al suelo—, en realidad son dos trabajos de mierda.
—Va, larguémonos —dijo Lázaro poniéndose en marcha—. No quiero hablar de trabajo. Hemos de dar con algo. No puede ser que todo el mundo esté con las manos vacías sólo porque a la pasma le haya dado por hacer una limpieza general.
—Te ha dado fuerte esta noche con lo de colocarte, ¿eh?
—¡Anda ya! —exclamó Lázaro cargando contra su amigo con el hombro—. Esta es una noche para ver las estrellas.

José Luis resistió el ataque, cargando contra él a su vez. Ya no dejaron de empujarse mutuamente, hasta salir del callejón y sumarse al ambiente marcado por las luces de varios locales dispersos en ambas direcciones, entre los cuales se movía un constante flujo. Se perdieron en él, como gotas sin identidad a la búsqueda de su propio espacio vital.

34

José Luis Las anfetanas no nos hicieron apenas nada, al margen de una leve euforia pasajera. No es que me importase demasiado, pero Lázaro es un tío de ideas fijas, y aún no sé por qué, quería salirse esa noche. A mí me daba lo mismo porque a veces lo mejor es marcarse un buen rollo, y el resto viene solo. Sin embargo él...

No volvimos a hablar del trabajo, de si tenía problemas o no. Los viernes y los sábados por la noche, los problemas se aparcan. No va a pasarse uno cinco días pringando para luego comerse el tarro con lo mismo. Lo del callejón fue tan sólo un inciso, comentarios. Pero desde luego estaba nervioso, y se le notaba. A mí en cambio el rato con Petra me había dejado bien el cuerpo. No paraba de pensar que entre ella y Noelia podía hacerse la mujer perfecta.

Nos tomamos otra litrona, mano a mano, pero los ojos de Lázaro iban de un lado a otro, buscando algo. Yo sabía qué era.

Esa noche los camellos parecían haber desaparecido. Y nunca mejor dicho lo de que habían dejado un desierto a su espalda.

Lázaro, pese a todo, continuó preguntando. Solamente uno del barrio llevaba algo encima, y nos dijo que era para él, uso propio, y que no lo vendía por nada. De todas formas no llevábamos mucha pasta, ni entre los dos. Así que el mal humor de Lázaro se fue acentuando.

Incluso llegué a pensar, por un momento, que más me hubiera valido quedarme con Petra.
¿Por qué no?

35

-¿Habéis oído lo último de *Guns 'n Roses* —preguntó Mariano.

Ismael no respondió. Serafín sí.

—¡Basura! —dijo.

—¿Estás loco? —Mariano llegó a detenerse—. ¡Es lo más fuerte que se ha hecho!

—Puro truco y artificio, cuatro tonterías efectistas para cortos, fans y tíos impresionables, como tú.

—Pero, ¿qué dices? Es una descarga.

—Desde luego... —Serafín soltó un bufido de sarcasmo.

—¿Cómo puedes no saltar cuando lo escuchas?

—¿Tú has oído a *Led Zeppelin*, o a *Deep Purple*?

—¡Eso es años sesenta, ya estamos a vueltas con lo mismo!

—Primeros setenta, no confundas —le corrigió Serafín.

—¡Oh, vaya, usted perdona! Para mí siguen siendo leyendas del pasado, dinosaurios. — Mientras esas leyendas sigan sonando mejor que los grupos de ahora, seguirán siendo los maestros. Aquello eran bandas auténticas, no esperpentos montados en el dólar y montándose de cara a la galería como la mayoría de ahora, comenzando por *Guns 'n Roses*.

—¡*Axl Rose* es...! —comenzó a decir Mariano.

—*Axl Rose* es un payaso —le interrumpió Serafín—, y *Slash* un tarado. En cuanto al resto... ¿qué resto? Ni siquiera son un grupo.

Mariano buscó el apoyo del silencioso Ismael.

—¿Tú has oído eso?

Le importaba un pito el tema, pero por lo menos sobre aquel punto en concreto tenía un criterio.

—Serafín tiene razón —concedió—. Hay tíos mucho más legales y válidos. *Axl Rose* es un imbécil.

—¡Bah, sois dos muermos! —dijo Mariano—. No hay nada peor que quedarse atrás — volvió a dirigirse a Serafín al agregar—: Tú ve pensando así y ya verás a donde llegas tocando la guitarra. Si te dieran unos cuantos millones de dólares...

—O sea que estás de acuerdo en que se venden por dinero —apostilló Serafín.

—¡Joder, mira que eres burro!

—Va, dejadlo estar —protestó Ismael—, Siempre que habláis de música acabáis igual.

—Al menos hablamos, porque lo que es tú, esta noche parece que vayas a un funeral — sentenció agresivo Mariano.

—Entremos aquí a tomar una cerveza —dijo Serafín cortando el conato de respuesta de Ismael.

Les empujó hacia el bar, tan lleno como los restantes de la zona. Vieron a media docena de amigos y a una docena de conocidos, pero no se acercaron a ellos. Antes de alcanzar la barra un muchacho de tez oscura y rasgos árabes pasó cerca de donde se encontraban y les sonrió. Luego agitó una mano despidiéndose. Los tres se detuvieron observando su salida del bar.

—Ése sí que se lo monta de puta madre —manifestó convencido Ismael—. Logró marcharse de Marruecos, gana cien veces lo que ganaba allí, y es el rey, sin nadie que le diga qué ha de hacer o cuándo.

—Pero el tío trabaja como un cabrón —aseguró Serafín—, Yo no sabía que hace de todo, de albañil, fontanero, lo que le echen. Hace un par de meses le tuve en casa, ayudando a uno que vino a hacer una chapuza. ¡Y cómo se enrolla! Tiene una labia.

—Qué queréis que os diga —dudó Mariano—, Será el amo y lo que queráis y ganará mucha pasta para lo que es él, pero creo que vive en una chabola, en las afueras, sin agua ni luz. Si pensáis que eso es vida...

—¿Y qué te crees que tiene en su país? Lo mismo, y encima puteado.

—¿Piensas que no lo está aquí? —dijo Mariano.

—¡Qué va! Míralo. Es el amo. ¿Sabes tú lo que liga ese? Anda que no son refinados los moros con el sexo.

—Las tías están locas.

—Estarán, pero él se lo monta como los dioses. ¡Coño, la novedad! Vaya tío el Mohamed. Ahora el que guardó silencio fue Serafín. Conocía la historia, pero oírla le oprimió el pecho. ¿Qué edad tendría Mohamed, dieciocho, diecinueve? No, tantos no, y llevaba más

de un año en España. ¿Realmente estaban locas las tías por salir con él? No era más que un moro que no tenía nada, ni donde caerse muerto.

Jamás había tenido un pensamiento racista, y ahora...

Quizás fuese algo más que la novedad. También contaba su gesta, haber huido de Marruecos, su odisea en una patera, su escapada del cerco de los picoletes. Eso daba cierta aureola. Algunas chicas se sentían impresionadas por esas cosas. Y vivía solo.

Mohamed había tenido agallas, valor. Sin nada que perder. Con todo por ganar.

—¿Eh, que ahora eres tú el que está en las nubes! —le gritó Mariano dándole un golpe en la espalda.

Ismael tenía ya la litrona en la mano.

36

Ismael Si he de ser sincero, no estaba de buen humor para casi nada. No podía apartarme a Loli de la cabeza, ni separar esa sensación de vacío y frustración del hecho de que me enfrentaba a mis últimos días de libertad. Hubiera seguido con Mariano y Serafín, porque con ellos el rollo es más asequible, más dentro de nuestro estilo, pero Mariano estaba buscando a los otros dos, a Lázaro y a José Luis, y teniendo en cuenta que de todas formas íbamos a encontrarnos, no tuvo nada de extrañío que eso sucediera muy poco después, al salir del bar.

Son buenos tíos, buenos colegas, pero...

A veces se pasan, son peligrosos, y esa noche Lázaro estaba en esa onda, suficiente para que José Luis, que es el más dado a las broncas, le apoyase de todas, todas. Serafín tampoco estaba muy animado.

Flotaba algo.

Mariano levantó una mano y les llamó. Lázaro y José Luis caminaban unos metros por delante de nosotros, en la acera de enfrente. Discutían, o al menos hablaban con vehemencia. Yo fui el último en atravesar la calzada para reunirme con ellos.

Sea como fuere, a veces valía la pena estar juntos.

El mundo parece ser muy pequeño, y estar al alcance de tu mano, cuando eso sucede.

37

Lázaro En mi interior, en ese momento, sentía como si la noche estuviese empezando a jorobarse. Odio que las cosas salgan mal. Odio que lo simple se vuelva complicado. Odio la inercia de algunos que se limitan a seguir, sin hacer nada por cambiar el destino.

Por ejemplo, mi caso: yo quería fumar hierba, elevarme por encima de mi malestar, y al no encontrarla y largarme todo bicho viviente el mismo rollo sobre que la cosa estaba seca, me enfurecí. De acuerdo, no hay nada. De acuerdo, la pasma ha hecho una redada. De acuerdo, es una putada. Ahora, venga, soluciones. Por esa razón me cabrean Ismael y Serafín. Son buenos tíos, pero se contentan, se resignan. Les faltan dos pares de buenas pelotas para plantarle cara a la vida. Siguen al resto.

Y está bien que haya líderes y seguidores, pero en una basca de cinco tíos...

Mariano es distinto, es un entusiasta. Un poco crío, un mucho gilipollas, con ese pendiente en la oreja, pero le sobra vitalidad, se apunta a un bombardeo, y encima tiene la suerte de que siempre dispone de pasta para lo que sea, y no la escaquea.

En cuanto nos reunimos, vi el plan: Ismael con una cara así de larga, y aún no sabía lo de la novia. Eso me lo sopló Serafín después, cuando me metí con él y me previno para que no metiera la pata. En cuanto al mismo Serafín... No entiendo a la gente acomplejada, y menos

que un tío joven sea un reprimido.

Así que detecté el amuermamiento, y eso me encabronó aún más. Pensé que si no trincaba un poco de costo la noche acabaría estropeándose, y terminaríamos todos como casi siempre, borrachos en alguna casa o tirados en el parque viendo salir el sol, únicamente por no volver a casa.

Quizás mi ansiedad fuera por causa del yuppie de la 500, la pirula que le coloqué para trincarle una buena propina, o quizás por el resquemor de irme dejando a mi madre y a mi hermana currando como dos benditas. Uno no siempre sabe por qué está cabreado.

Y comenzamos a discutir sobre qué hacer, adonde ir. Lo de siempre.

38

-¿Qué hacemos? —preguntó Mariano.

—Vamos al bar de Monchu —propuso José Luis.

—¿Al bar de Monchu? —dijo con cierto retintín Lázaro—. Aquello está cada vez más amariconado. En cuanto un sitio se pone de moda, todos los bujarras revolotean por él. Claro que si ahora te va eso... —le guiñó un ojo a su amigo.

—Yo lo decía por ti. ¿No necesitas volar?

—Pero no con alas de mariposa, tío —y dirigiéndose al resto, propuso—: ¿Qué tal el Agujón?

—Prefiero el No —dijo Serafín—. Allí al menos la música es decente.

—Si quieres oír música te vas a una disco —protestó Ismael—. Luego no se puede ni hablar.

—Las tías pijas van al Agujón —insistió Lázaro.

—¿Desde cuando te molan las pijas? —se burló José Luis.

—Desde que te veo a ti con Petra, so guiri.

—¿Qué quieres, ligarte un yogur perfumado? —indicó Mariano.

—¡Bah, paso de vosotros! —Lázaro echó a andar calle abajo— Me voy al Agujón.

Los otros cuatro iniciaron la marcha tras él.

—Yo no sé por qué discutimos, si acabamos siempre haciendo la ronda y yendo a los mismos sitios —reflexionó Serafín.

—Pero el orden cuenta, chaval —José Luis le dio un suave cachete en el cuello—. Todo lo que empieza bien, acaba bien.

—¿Crees que en el Agujón encontrarás algo? —preguntó Mariano alcanzando a Lázaro y situándose a su lado.

—Tal vez —se encogió éste de hombros, como si pasara del asunto—. La semana pasada me ofrecieron farlopa.

—No sabía que le dieras a eso —dijo Mariano expectante.

—Y no le doy, pero de todas formas...

—La coca sí es una pijería —manifestó José Luis por detrás—. Hay que volver a las raíces. Un petardo sigue siendo un petardo, y lo demás que se aparte.

—¡Bum! —exclamó Ismael sonriendo por primera vez en mucho rato.

—¿Por qué no tiene ninguno de vosotros un maldito buga para moverse, joder? —gritó Lázaro.

—Estaría aquí si tuviera un coche —suspiró Mariano.

—Tú calla que eres el más pequeño —se burló José Luis.

—Claro que estarías aquí, tontolculo. ¿Con quién te lo montarías mejor, eh? —dijo Lázaro.

—¿Y de qué sirve un transporte si somos cinco? —inquirió Serafín.
—¿Te lo imaginas con cinco titis y nosotros? —se dejó llevar por un atisbo de ensoñación Mariano.
—¡Mogollón! —cantó José Luis.
—Ya está —dijo Lázaro—, ¡Salidos, que sois unos salidos!
—Es verdad, siempre pensando en lo mismo —bromeó José Luis.
—Tú te callas que hoy ya has tenido tu ración —le cortó Lázaro.
—¿Ah, sí? —se interesó Mariano.
—¿Qué pasa? —José Luis alargó la «ese» de forma significativa—. Uno, que es popular, y se deja querer.
Serafín miró a Ismael. Volvía a estar serio. Lo curioso fue que Ismael también le dirigió una fugaz mirada a él. Caminaban el uno al lado del otro, cerrando el grupo, con José Luis por delante y los otros dos abriendo la marcha. Como siempre, Mariano era el más excitado.
—¿Quién era? —quiso saber—, ¿Noelia o la otra? —giró la cabeza para ver a José Luis.
—La próxima vez venderé entradas. No te digo lo que hay.
—Lo que hay es que a ése, con el pendiente, se le ve venir —dijo Lázaro con toda intención.
—¿Ya empezamos? —protestó Mariano.
—Si es que nos das mala imagen, tío —expresó José Luis—, Por eso Lázaro quiere ir al Agujón.
—Anda y no me calientes tú los cascos —masculló el aludido levantando su brazo derecho en un gesto despectivo.
—Pues el que quería ir al bar de Monchu eras tú —le recordó Mariano a José Luis.
—A ver si te hago tragar el pendiente, marica playa.
José Luis hizo ademán de saltar sobre Mariano. Fue suficiente para que éste acelerara el paso, adelantándose al resto. Lázaro se quitó la cazadora y se lacolgó del hombro.
—Jo, mira que sois numereros —dijo Ismael.
No hubo ninguna respuesta, porque en ese momento se escuchó la voz de Serafín, con diáfana claridad, exclamando:
—¡Cagüenlá! ¡He pisado una mierda!

Segunda parte

***VIERNES NOCHE/SÁBADO MADRUGADA*39**

A pesar de que el bar estaba casi lleno, y por encima del bullicio la gente parecía estar pasándolo bien, Lázaro exteriorizó su descontento con una frase que resumía su estado de ánimo.

—¿Pero qué mal rollo flota esta noche? ¿No lo notáis? Hay una especie de muermo general.

—Imaginaciones tuyas —se encogió de hombros Mariano.

—Que no, tío, que no. Fíjate bien. Mira éstos, y aquéllos, y los del fondo. ¡Panda caretos tienen!

Señaló a una pareja que bebía en silencio, ella mirando a ninguna parte y él mirándola a ella pero sin verla, porque de lo contrario su cara de asco habría sido elocuentemente explícita.

Luego a cuatro tíos muy delgados, casi secos, con el cabello largo, atentos a cualquier aparición femenina solitaria. Los del fondo eran un grupo de chicos y chicas, quinceañeros

y quinceañeras, hablando de algo muy serio porque ni uno se reía. Todos y todas estaban fumando, así que sus siluetas aparecían difusas por la neblina, propia y ajena. También ellos cinco estaban fumando.

—Yo lo veo como siempre —dijo Ismael.

—Bueno, un poco más apagado sí está —concedió José Luis—. Siempre se nota cuando es fin de mes.

—Pero qué fin de mes ni que leches con vinagre, si estamos a día veinte —objetó Lázaro.

—Veintidós —rectificó Serafín.

—Los que sean —zanjó el tema de la fecha Lázaro—. Yo sólo digo que hay días en los que es como si flotase un mal fario.

—Huy, un mal fario, mira tú cómo habla ese —se burló Mariano.

—Es que se me pega el rollo del colega que tengo en el taller, que es andaluz —justificó Lázaro antes de reparar en la intención de Mariano—. ¿Y tú por qué leches me sales al paso?

—Debe ser por el mal fario —se echó a reír Mariano sin poderse contener.

—Aquí el único mal fario es el de éste —José Luis señaló a Serafín—. Yo diría que aún huele.

—¡Anda ya! —se defendió Serafín.

—Cantidad —afirmó Lázaro—. Pero como dicen que eso trae suerte.

—Pero si ya ha pasado casi una hora —siguió protestando Serafín.

José Luis le pasó la mano por la cabeza, alborotando su cabello.

—¡Huy, que picajoso y sensible es él, vaya por Dios! —dijo.

—¡No me despeines!

—¿Más cerveza? —quiso saber Ismael.

Había catorce botellas en la mesa, medianas todas. Las miradas de los cinco convergieron en aquella especie de gran cepillo blanco con las cerdas de color oscuro.

—Coño, falta una —dijo José Luis al reparar en el detalle del número.

—Venga, larguémonos de aquí —propuso Lázaro.

—¿Otra vez? Pero si está visto que no vas a encontrar nada, tío. Mira que eres plomo —objetó Serafín.

—Aragonés, por parte de madre —puntualizó Lázaro levantando el dedo índice de su mano derecha—. Y a mucha honra.

—Vayamos a buscar al tuerto ese —bromeó José Luis—, Igual tiene más anfetos de esas tan milagrosas.

La cara de Lázaro se transmutó.

—Como coja a ese tarado... —masculló con los dientes apretados.

—¿Os queda alguna? —preguntó Ismael.

—Ninguna —Lázaro sonrió—. ¿Qué, necesitas un poco de cuelgue, eh?

—No importa —dijo Ismael.

—La noche es joven —expresó Mariano alzando la voz—. Vamos a buscarnos la vida.

—Así se dice —aprobó Lázaro levantándose el primero.

Todos le imitaron, hasta Serafín, que fue el último en ponerse en pie.

—¿Cómo es posible que sólo haya catorce botellas? —insistió José Luis despidiéndose de su mesa al emprender el camino de la puerta.

Ya no tenían rumbo fijo, pero instintivamente se acercaron a la plaza, el lugar más concurrido del barrio, con terrazas, bares y zonas en las que, simplemente, apalancarse en el suelo, para ver y contemplar con libertad el desfile de la noche. Lo único malo allí era la mezcla, la heterodoxa amalgama de gentes y escenas, tribus y perfiles, desde el toque de distinción de las parejas de clase alta en busca de emociones fuertes en la intensidad del asfalto, hasta la posible presencia de grupos de combate, dispuestos a reventar la noche. Todo era posible, hasta el coche de los pitufos aparcado a una prudente distancia en misión de vigilancia.

Los dos patrulleros de la guardia urbana les miraron desapasionadamente al verles pasar.

—Míralos —dijo José Luis— Hay gente con ganas.

—Son los menos malos de todos —comentó Serafín.

—Llevan un uniforme —sentenció Lázaro—, Todo el que lleva uno tiene poder, o se cree que lo tiene, que para el caso es lo mismo. Tarde o temprano se les sube a la cabeza y lo ejercen.

—Pues bueno —aceptó indiferente Serafín.

—¡Jo, pues sí que estás tú bueno dando la razón a la primera de cambio! —se sorprendió Lázaro—. ¿Qué pasa contigo Serafa?

—Nada, que no me gusta discutir. Y no me llames Serafa.

—Pero si enrollarse bien con los colegas es la sal de la vida, Serafa —insistió Lázaro.

—Cada vez que dos discuten, uno trata de imponer su razón al otro, y viceversa. Al final todo sigue igual.

—No digas eso, Serafa. Se aprende. Yo te doy mis razones y tú las tuyas. Es un intercambio legal.

—¿Vas a seguir llamándome Serafa toda la noche?

—Que no, Serafa, que ya sé que te molesta. Venga, dime por qué te caen bien los pitufos.

—Yo no he dicho que me cayeran bien. Sólo he dicho que son los menos malos, comparados con los maderos o los picoletos, ¿vale?

—Eso se anima —Lázaro le dio un codazo a José Luis—. Creía que os estabais quedando dormidos mientras andábamos.

—Coño, Serafa —dijo éste reaccionando ante el codazo de su amigo—. Siempre puedes hacerte pitufo si no te sale bien lo de la música. No le darás a la guitarra pero sí a la gente, en la cabeza y con la porra.

—Hombre, pues si tuviéramos un amigo ahí, se acabaron los problemas —consideró Mariano.

—Qué ganas tengo de que trinques algo —le dijo Serafín a Lázaro—. Estás mejor colocado que sobrio.

—Tío, si es que no hace falta más que veros la cara, a ti y a Isma. Lo vuestro es de alucine con el Songoku. Debería haber una ley que prohibiera salir de casa a los muermos como vosotros.

—¿Ahora me toca a mí? —rezongó Ismael.

—Te queda una semana —justificó Lázaro—. ¡Pues a vivir! No sirve de nada calentarse el tarro. Mira, igual mañana se acaba el mundo.

—Haberlo pensado antes —intervino José Luis—. Pudiste haber objetado, montar lo que fuera. Ya no sirve de nada lamentarse ahora.

—Es muy fácil decir eso, sobre todo cuanto tú no vas a ir —dijo Ismael.

—¿Lo ves? —Lázaro hizo entrechocar sus manos—. Matas a tu padre y te libras. ¿Cómo lo ves?

—De paso mata también a tu nena —dijo José Luis.

Serafín vio como Ismael apretaba las mandíbulas. Los ángulos de su rostro se tensaron. Él mismo se sintió traicionado.

—No estaría mal —convino Lázaro—. Aún no sé que viste en ese bollycao.

—Queréis callaros los dos.

—Si es que estás loco —no le hizo caso José Luis—. Para mí que tienes tantas ganas de liarle...

—No te vas a volver maricón como tu hermano, tranqui, que eso se nace —acabó diciendo Lázaro.

No fue un comentario al azar, ni una casualidad. Lo dijo con intención. Por ello miró fijamente a Ismael al terminar la frase, y mantuvo inalterable su sonrisa de fuerza mientras Mariano rompía la extraña tensión acumulada exclamando:

—¡Joder, como está la noche!

41

Ismael Me dolió tanto, que estuve a punto de echarme sobre él y golpearle. No sé muy bien si me detuvo el hecho de estar con los demás, o si fue la certeza de que, a la postre, el que acabaría peor librado sería yo. Con Lázaro no tenía la menor oportunidad, aunque le atizara primero.

Creo que le dije que era un cerdo, no lo recuerdo con exactitud. Lázaro puso cara de sorpresa. Respondió que no quería cabrearme, aunque de todas formas... tampoco se retractó. Para él, un homosexual es un homosexual, y no hay más que hablar. Los tíos como él o José Luis desprecian todo tipo de debilidad, porque van siempre de duros, alardeando de machos. Durante esos segundos la crispación fue evidente. El único que se mantuvo al margen fue Serafín, que es el más temeroso de la violencia. Mariano bromeó, para enfriar el ambiente, y José Luis fue más contemporizador.

A mí me bastó mirar a Lázaro a los ojos para saber que hablaba en serio, que pensaba realmente de mí lo que había dado a entender, es decir, que yo buscaba una novia como fuera para no ser confundido con mi hermano o identificado con su comportamiento en material sexual.

Y por un momento, para mayor frustración, supe que tal vez en el fondo Lázaro tenía razón. ¿Por qué, si no, había estado siempre soñando con tener novia, con amar y ser amado? Al mes de explotar la bomba de mi hermano ya me había enamorado por primera vez.

Comprendí que, por la razón que fuese, Lázaro estaba muy nervioso. No encontrar costo le había puesto al límite. Nunca le he recordado como esa noche. Mariano también se dio cuenta, y fue él quien dijo que no íbamos a parar hasta dar con algo, lo que fuera. Se mostró optimista al asegurar que la suerte favorece a quien la busca.

Después tiró de Lázaro y cuando nos pusimos de nuevo en movimiento tomó el mando de las «operaciones» durante un rato, diez o quince minutos, lo que tardamos en preguntar por los alrededores de la plaza si alguien estaba en condiciones de vender algo, lo que fuera.

Mariano No encontramos nada. Era bastante frustrante. Después del incidente entre Lázaro e Ismael, me di cuenta de la tensión que había en el ambiente, por eso me esforcé en buscar hierba, aunque sólo fuera para liar un porro. Ismael estaba realmente fastidiado, Serafín fúnebre, José Luis siempre al límite, socarrón, provocador y bromista, y Lázaro muy nervioso, excesivamente hiriente. En cuanto a mí... bueno, siempre procuro sacarle partido a lo que sea. Mi padre me había fallado, de acuerdo, pero la noche era nuestra, así que estoy seguro de que era el más animado de los cinco, el que más ganas tenía de pasarlo bien. Tal vez fuese un inconsciente, sí, pero no me di cuenta. Ya no pensaba en Sara. Estar con los amigos siempre es algo... distinto, mucho más estimulante. Una chica es algo dulce y maravilloso, íntimo, pero llega un momento en el que todo parece estar hecho, o dicho, y entonces ¿qué? Si Sara hubiera tenido ya dieciocho, o aunque sólo fuese diecisiete... Preguntamos a varios, y todos estaban igual. Si alguno tenía, era para él, y la reservaba como oro en paño. Un tal Guirlache, que aún no sé si se llama así de verdad o es un apodo, nos dijo que el Pototo y su grupo tal vez dispusieran de algo para vender. Buscamos a Pototo. Pero entretanto llegamos a la plaza, que estaba ya en el comienzo de la efervescencia nocturna, con un gran ambiente. José Luis dijo que quería otra cerveza y nos metimos en el bar.

Cecilia y Nati estaban allí.

Fue Lázaro el que las vio, antes de llegar a la barra. Hizo que José Luis mirara hacia allí.

—Eh, tío, fijate.

José Luis se percató de la intención de la seña de su amigo. Las dos chicas estaban solas, hablando animadamente, y dado que la mayor concentración de gente se daba en la puerta, por el lado exterior, y en la misma calle, frente a la plaza, había varias mesas y sillas vacías en torno a ellas.

—¿Dónde vas? —preguntó José Luis al ver que Lázaro se ponía en marcha hacia allí.

—Vamos, ven.

—Oye, si hubiera querido rollo me habría quedado con Petra, ¿vale?

Lázaro no le hizo caso. Mariano fue el primero en seguirle, Serafín e Ismael a continuación. José Luis lanzó un resoplido de cansancio, vaciló y acabó dándoles la espalda para mantener su primera inclinación: beber otra cerveza.

—Hola, par de dos —dijo Lázaro deteniéndose frente a las chicas.

Ambas dejaron de hablar para mirarle. El rostro de Cecilia se mostró indiferente, el de Nati, por el contrario, cambió al esbozar una sonrisa, llena de coquetería.

—Mira quien está aquí —dijo esta última—, ¿Te has perdido?

—Hasta ahora no, pero podría hacerlo desde este momento —manifestó él sentándose al lado de Cecilia.

La sonrisa de Nati se hizo menos intensa.

—No te estábamos esperando a ti, ¿sabes? —aclaró Cecilia.

—Eso es lo bueno de la vida, las sorpresas que da —consideró Lázaro. Luego miró a Serafín, Ismael y Mariano y agregó—: ¿Qué, pensáis quedaros aquí de pie?

—Y encima todo el equipo —protestó Cecilia, aunque sin excesiva convicción—, ¿Os habéis estado entrenando para un campeonato de baloncesto?

—Eso mismo, y estamos buscando masajistas.
—¿Te conformas con animadoras? —dijo Nati.
Mariano se sentó junto a ella. Serafín e Ismael delante. José Luis llegaba ya con una cerveza en la mano. Los ojos de las dos chicas se posaron en él.
—Bonita chupa —ponderó Cecilia.
—Eh, tío, podías haberme traído una cerveza a mí —se quejó Lázaro.
—Haberlo dicho, que para algo tienes boca.
—Sí, ¿verdad? —miró a Cecilia y frunció los labios, formando un punto.
—Mira que eres burro —dijo ella.
—Pero te gusto.
—Y encima creído.
—Odia a *Metallica* —aclaró Nati apuntando con el dedo índice de su mano izquierda la camiseta de Lázaro.
—Me la quito y en paz. Si es por eso...
—¿Tomáis algo? —se ofreció Mariano.
Nati reparó en él, girando la cabeza. Se fijó en el pendiente, y en la ropa, cara, distinta del resto, al menos de la de Lázaro, José Luis y Serafín. Después centró sus ojos en Ismael.
—¿Tú eres el novio de Loli, verdad?
—Eh, eh, prohibido hablar de rollos serios —aconsejó Lázaro.
—¿Conoces a Loli? —quiso saber Ismael.
—Mi hermana.
—Bueno, ¿queréis tomar algo o no? —insistió Mariano.
—Vamos, que invita Mario Conde —dijo José Luis.
—Gracias, estamos servidas —negó Cecilia.
—No somos esponjas como vosotros —opinó Nati.
Serafín sacó su paquete de tabaco, Lucky. Se llevó uno a los labios y entonces se encontró con los ojos de Cecilia. Eran de un verde muy intenso, grandes, a modo de lagos coralinos en un atolón de los Mares del Sur. Se sintió atravesado por aquella mirada, y también desnudo.
—Vaya —suspiró ella—, un mortal que fuma mi marca.
No reaccionó inmediatamente. Vaciló uno o dos segundos. Por fin le tendió el paquete de tabaco. Al cogerlo, Cecilia rozó su mano. Extrajo un cigarrillo y le devolvió el paquete. Lázaro fue más rápido que él a la hora de encenderse.

44

Serafín No las conocía bien, sólo de vista, así que era la primera vez que las tenía cerca, delante, y fue como una conmoción. Puede que influyese la hora, o lo raro que me sentía, o el hecho de ser tan enamorado. Lo cierto es que me parecieron inmensas, sobre todo Cecilia.

Creo que no encajaba en aquel ambiente, y menos con Lázaro o José Luis. Era la clásica chica de bandera, que puede ir a cualquier parte y marcar las diferencias, un cruce de Judit Mascó e Inés Sastre, en rubio intenso. Otra cosa era su manera de expresarse o su pose. Su físico era perfecto, no muy alta, proporcionada, con el pecho exacto y unas manos tan suaves como plumas. Pero lo mejor era su cara, aquellos ojos increíbles, sus labios, los dientes perfectos y blancos que asomaban cada vez que sonreía, el cabello no muy largo, para aparentar un par de años más. Hubiera dado lo que fuera por alguien así. O simplemente por una noche.

Nati en cambio era morena, guapa pero de formas más toscas, nariz roma, labios delgados, ojos castaños y abundante pecho. Me fijé en la forma en que miraba a Lázaro, antes y después de que él despreciara el asiento contiguo a ella para sentarse al lado de Cecilia. A falta de algo mejor, Nati tampoco hubiera estado mal.

Ninguna estaba mal.

Estuvimos con las dos unos diez minutos, no más, y la conversación giró en torno a lo mismo, invariable, un toma y daca lleno de intenciones, puro juego, fuegos artificiales. Naturalmente por parte de Lázaro, que llevaba la voz cantante. José Luis habló poco, y Mariano metió baza cuanto pudo, como si acabase de perder el culo por Nati.

Ismael ya no volvió a abrir la boca.

Lázaro se insinuó descaradamente a Cecilia. Le preguntó si no vivía cerca de allí, y ella respondió que sí, a un par de calles. Entonces él le pasó un brazo por los hombros. La chica se quedó mirándole de reojo, como esperando. Lázaro dijo:

—Podríamos ir un rato.

Y Cecilia contestó:

—¿Qué hago con mis padres?

Lázaro no se creyó lo de los padres. Dijo que se iban cada fin de semana a la casa de campo, como todo burgués de pro, y Cecilia se echó a reír. Le aclaró que se quedaban porque no se fiaban de ella.

Y sin más, así porque así, Lázaro la besó.

Sentí cómo se me encogía el estómago, porque ella pudo rechazarle, y por el contrario... bueno, no es que colaborara, pero tampoco hizo nada en ningún sentido. Simplemente se dejó besar, con los labios entreabiertos, los ojos cerrados, en plan estatua. Fueron tres o cuatro segundos. Para mí, una eternidad.

Le odié.

Deseé saltar sobre él, golpearle, aplastarle la cara, arrancarle la lengua. SI ella se hubiera enfurecido, si hubiera protestado o le hubiese apartado, no ya con brusquedad, sólo para quitárselo de encima.

Pero no hizo nada, nada.

Fría e indiferente.

Cuando Lázaro se apartó, con los labios brillantes, sonriendo seguro de sí mismo, lo único que dijo Cecilia, sin moverse, fue un aburrido:

—No te pases.

Y ya no hubo más. Allí acabó todo. Lázaro le guiñó el ojo, le dijo que ya se verían, y se levantó. Nati estaba seria, José Luis aburrido y Mariano divertido. Ismael miraba en dirección a la puerta. El único imbécil sacudido por las emociones de aquel beso era yo. Nos abrimos y las dejamos tal cual.

45

Encontraron a Pototo y a su grupo en el Marcha, no demasiado lejos de la plaza. El local se llamaba así porque en él había música en vivo, siempre grupos desconocidos, locales. Serafín era el que más lo frecuentaba, esperando poder tocar algún día en el diminuto espacio destinado a tal fin, una tarima de unos tres metros de largo por otros tantos o menos de ancho. Cuando entraron no había nadie ocupándola, aunque sí los instrumentos. Serafín se quedó perplejo al ver una Stratocaster en primera fila. El bajo, la batería y los teclados, eran más vulgares, pero esa guitarra...

Era auténtica.

Deseó acercarse para verla y, a poder ser, hablar con su dueño, para que se la dejase tocar unos segundos, experimentar la sensación de tenerla en las manos. Quizás se sintiese como Dios Clapton. Sin embargo ninguno de los otros cuatro se acercó. Pototo estaba en la barra. Era mayor que ellos, dos años por lo menos. El nombre, desde luego, era un chiste de mal gusto, una estupidez. Pototo no daba la impresión de ser un chiste, sino un tipo avezado, de vuelta de casi todo. Tenía una chica al lado y a varios de los suyos cerca, una pandilla compacta y homogénea, casi un clan o una tribu, bebiendo y charlando con otras compañías femeninas. Lázaro y José Luis levantaron sus manos y le saludaron al estilo americano, haciéndolas entrecrozar con fuerza en lo alto. Mariano se quedó a medio gesto. Ismael y Serafín optaron por mantenerse detrás, el primero mirando a la chica de Pototo, el segundo a la guitarra.

—Troncos, ¿qué se os ha perdido por aquí?

—Está la noche un poco chungu —dijo Lázaro.

—Sí, sé de que va —manifestó Pototo asintiendo pesadamente con la cabeza.

—Pensamos que por aquí sería distinto —tanteó José Luis.

—¡Anda ése! —Pototo torció el gesto—. ¿Qué te crees, que esta zona tiene privilegios! Todo el barrio está igual. ¿Qué digo todo el barrio? ¡La puta ciudad anda más seca que los de Etiopía con el agua! Esta noche hay que dedicarse a otras cosas —y atrajo a su chica hacia sí para darle un explícito beso en la cabeza.

Ella le sonrió a Ismael.

—¿Y a qué ha venido esto? —preguntó frustrado Lázaro.

—Hombre, tío, una vez al año o así han de justificar el sueldo, y montárselo para salir en los papeles, para que la gente vea que mueven el trasero. ¿Qué quieres? Eso sí, les ha dado fuerte, porque no hay quien saque la cabeza. Todos los camellos están en sus agujeros, en parte porque no tienen nada, en parte porque están cagaditos de miedo. Creo que trincaron un cargamento en el que había de todo, y tiraron del hilo hasta dar con un par de capos. Una buena movida.

—Yo sólo quería algo para petardear.

—¡Toma, y nosotros! —rugió Pototo.

—De todas formas vamos a seguir buscando —insistió Lázaro.

—¡Allá tú! Es tiempo perdido, te lo aseguro. ¡Ah, y encima andad con cuidado!

—¿Por qué? No me digas que encima está la pasma de redada gratuita.

—¿La pasma? No, no es eso —Pototo hizo un gesto de indiferencia—. Son los calvorotas. Han visto un grupo bastante numeroso cerca de la avenida. Probablemente también andarán nerviosos. Malditos mierdas nazis.

Serafín dejó de mirar la guitarra al oír hablar de los cabezas rapadas. Por la noche, especialmente a la hora de regresar a casa, solo, era lo que más temía. Sus dos encuentros con skins no se habían saldado excesivamente bien para él. En el primero fueron dos, y se contentaron con empujarle, asustarle y robarle lo poco que llevaba encima. En el segundo la cosa fue peor. Eran tres y le dieron algunos buenos golpes con los puños y los pies antes de que pudiera escapar aprovechando que andaban bastante borrachos. El resultado, no obstante, resultó lamentable: un ojo amoratado, una costilla luxada y adiós a su mejor chupa, porque la llevaba en la mano y no logró recuperarla en la huida.

Se encontró con los ojos de Ismael, tan preocupados ahora como los suyos.

—¿Skins? —rezongó José Luis—, Hacía dos o tres semanas que no se dejaban ver, y aún más que no incordiaban.

—Lo que te digo, tío —insistió Pototo—. Andarán quemados. ¿Por qué no os quedáis un rato aquí?

—¿Hace un billar? — propuso José Luis.

Pototo dejó inmediatamente a su chica.

—¿La ronda y quinientas al mejor de diez?

Mariano se adelantó a José Luis en la respuesta.

—Vale —dijo. Y tras darle un codazo a él le guiñó un ojo.

46

El grupo no era muy bueno, y la Fender Stratocaster, no por ser una maravilla, sonaba mejor en manos de su dueño, un chaval de cabello corto, ropas pijas y aspecto saludable. Eso sí, todos tenían ya sus fans. Las mesas más próximas al escenario estaban ocupadas por ellas. La novia o lo que fuera del guitarrista, que además era el cantante y la estrella, se lo comía con los ojos, y suspiraba cada vez que él hacía un riff o cantaba al límite de su paroxismo gratuito. Serafín acabó dejando de mirarle para concentrarse en la niña, una auténtica monada.

Ismael contemplaba la partida de billar americano con cara de aburrido, a pesar de que Mariano y José Luis iban ganando ya por cuatro a dos. Mariano engañaba. Era muy bueno dándole al taco. Cada vez que metía las bolas en sus respectivas troneras, Pototo y el de su grupo que hacía pareja con él, le echaban una mirada cargada de suspicacias. Al ganar la quinta partida, a un paso de la victoria final puesto que con seis ésta ya era un hecho, no ocultó su satisfacción y dio un salto y un grito entusiastas.

—¡Bien!

Pototo y su compañero endurecieron sus gestos.

—No te pases —le susurró José Luis al oído al pasar por su lado.

—Bueno, vaya potra —intentó rectificar Mariano.

Lázaro salía en ese momento del lavabo. Miró a la mesa de billar, y después en dirección al escenario. Localizó a Serafín cerca de él, equidistante a mitad de camino y a un lado del mismo. El grupo le pareció horrible, pero Serafín no estaba pendiente de la música, sino de las chicas de delante. Sonrió con sarcasmo.

Y fue hacia él.

El guitarrista se empeñaba en ese mismo instante en hacer lo imposible, emular al mejor Clapton de *Wonderful tonight*. Era tan desastroso que Serafín volvió a mirarle con el rostro congestionado por el espanto. Lázaro se detuvo a su lado.

—Menuda mierda —dijo.

—Es más que eso —suspiró Serafín—. Es un asesinato. Deberían meter a la gente en la cárcel por ello.

—Pero ya ves, él aquí, marcándose el rollo y dando el callo, y tú aquí abajo.

—¿Y qué quieres que le haga?

—Mover el culo, Serafino, mover el culo —le cantó Lázaro al oído—. Viéndolas venir no se hace nada. Fíjate en ésas.

—¿Qué les pasa a ésas?

—¿A ti que te parece? Coges una guitarra, subes a un escenario, y ya tienes a media docena dispuestas a beber los vientos por ti. Si yo supiera darle a ese trasto como tú... ¡Eres un marica, Serafino!

—Oye, pasa de mí, ¿quieres? —se quejó Serafín.

El grupo acabó *Wonderful tonight*, con un alarde espectacular del guitarrista que encendió los ánimos del reducido grupo de fans. La niña que más apasionadamente le había estado siguiendo dio un brinco entusiasta, chillando, de pie. Su breve cuerpo se estremeció bajo el efecto de la catarsis. Apenas si tenía pecho, pero lo hizo notar con sus saltos.

—Mira, Serafino —señaló Lázaro paciente—. ¿Lo ves? A mí lo que me jode es que ese pirado que no tiene ni puta idea se lo monte de primera, y tú aquí sin comerte una rosca. Te lo montas mal.

Serafin giró el cuerpo y se quedó de cara a él. Su primera reacción de furia murió casi en el momento de nacer, reprimida como tantas otras por su cobardía natural. No obstante, se enfrentó a su compañero con cierto genio sazonado de rabia.

—¿Quieres ser mi manager? Puede que contigo lo consiguiera. ¿Es eso a lo que te refieres?

—Oye, tío, que yo sólo pretendo ayudar —se justificó Lázaro mostrando cansancio e indiferencia—. Si es que hablas poco y te enrollas peor. Por mí, como si lo haces con la reina del sida. Tú verás.

—Entonces déjame en paz, y haz el favor de no cambiarme el nombre a cada momento. Lázaro le puso una mano en el pecho.

—¿Por qué no vas y le dices a ese niñato de mierda que es un imbécil? Yo soy tu colega, ¿vale? Subes, le coges la guitarra, y le demuestras como se hace. Eso es lo que cuenta, no que te llame Serafa, Serafino o Fino.

El guitarrista bajaba del escenario. Su niña se le echó al cuello. Empezaron a besarse como si el mundo fuera a terminarse en cinco segundos.

Serafin no sostuvo más el peso de la escena, ni la mirada de Lázaro. Le apartó y caminó en dirección a la mesa de billar del fondo, en la cual, en ese momento, Marino y José Luis acababan de ganar su sexta partida, y con ella la competición y la apuesta.

Lázaro emitió un gruñido de asco.

—¡Joder! —exclamó en voz alta.

47

Lázaro No es que me cayese mal, al contrario. Serafin es un buen tío, de verdad, legal y todo eso. Pero... maldita sea, ¿hace falta decirlo? Había momentos en que me apetecía darle de bofetadas, gritarle, para que se abriera de una vez. Se puede tener complejos si eres cojo, o meterte en neuras a los cuarenta, digo yo. Pero un tío con menos de veinte... Lo que más odio es esa clase de gente que, primero, tiene la sangre de horchata, y segundo, se lamentan interiormente hasta caer en la resignación. Los viejos no tienen más bemoles que resignarse, nosotros no. Además, el rollo mental de Serafin es... bah, ni siquiera sé como decirlo, cómo demonios explicarlo. Y para mí es transparente, que conste. Le ves venir de lejos. Es un tío que no se aprecia a sí mismo, que se siente feo, y que encima es tímido. Total: una calamidad.

Y claro que me gusta meterme con él. Cuando vas de marcha y la noche se pone gris, la adrenalina está baja y hay que sacar rollos de donde sea. Yo estaba muy cabreado, por eso cuando le vi allí, oyendo al tontolaba aquel de la guitarra, y cayéndosele la baba por las nenas light con las bragas húmedas por ellos... Serafin es bueno con la guitarra, vaya si lo es. Toca de narices. Bueno, quiero decir que no es un profesional, pero lo introvertido que resulta y lo cerrado que parece, desaparece cuando se mete en su onda. Me gusta oírle tocar. Siempre he dicho que el día menos pensado se meterá en un grupo, o formará el suyo propio, para interpretar su material, y entonces... ¡zum!, para arriba, toda una estrella del

rock.

Por eso hay que darle las hostias ahora. Luego no se va a poder. El muy...

Después de nuestro «intercambio» de motivaciones nos largamos de allí. Mariano y José Luis habían apabullado al Pototo y no convenía dejarse ver más de la cuenta. Pototo tiene mal perder, y Mariano se pasó en su alegría. También hay que saber ganar. Para postre Ismael continuaba con aquella cara de funeral, y eso que el tío tiene un gancho callado pero... La chica de Pototo no le quitó ojo de encima.

Otro motivo más para abrirse.

Entonces... Ah, sí, trincamos unas cervezas y nos las metimos en el cuerpo como si fueran las primeras de la noche. Todos menos Serafín, que ya quería controlar.

Y en la primera esquina, Mariano echó la primera papilla.

Algunos tienen poco aguante. Hay que mear a conciencia, para limpiar.

48

Mariano No recuerdo que hora era. No recuerdo ninguna hora. No llevo reloj nunca para pasar de mirarlo. Odio a los que están pendientes de si son y cuarto o y veinte, en punto o menos diez. ¿Qué importa eso? La noche se acaba cuando clarea el día, y el día termina cuando empieza a oscurecer. ¿Qué más se necesita?

Vomitó a los cinco minutos de salir del Marcha. La excitación de la partida, ganarle a Pototo, el calor del bar, la cerveza helada... Se desató una guerra civil en mi estómago y mi mente. Los dos se liaron a tiros, y las bombas me salieron por la boca. Por lo menos eso me limpió, y me recuperé casi inmediatamente. Serafín llevaba ya un buen rato sin probar nada, controlando. Es de los que prefiere quedarse siempre a un paso del fin. No sé de qué tiene miedo, aunque allá cada cual con su rollo. En cambio Ismael, Lázaro y José Luis... No paraban, y a un ritmo de narices. Nunca había visto tragar tanto a Ismael.

Deduje que necesitaba olvidar sus problemas, la mili y la Loli,

Para darme tiempo a que me recuperara nos sentamos en el bordillo de la calle. Bueno, entre él y un coche, porque José Luis se subió encima del capó. Fue entonces cuando tuvimos aquella estúpida conversación «trascendental», o como se la quiera llamar. Eso sí lo recuerdo bien, porque fui el único que se puso del otro lado.

Todo empezó cuando vimos pasar a un tío en un Porsche, con una tía de bandera...

49

-P

edazo de cabrón —dijo Lázaro.

El Porsche, el clásico, un 911 Carrera de color blanco con los adornos en negro, se alejó solemne por su izquierda, frenó en el cruce, y después giró a la derecha. Al contraluz, la espectacularidad de la cabellera de la mujer fue como una fuente de finas hebras. Su imagen quedó flotando en sus cabezas durante los siguientes segundos, la oscuridad de los ojos, el rojo de los labios, la piel desnuda hasta el escote, la insultante provocación del resto.

—¿Y por qué ha de ser un cabrón? —dijo Mariano.

—Porque lo es.

—Te mueres de envidia, eso es todo.

Lázaro le dirigió una sonrisa irónica.

—Cuando lo tenga yo, seré un tío cojonudo, pero en este momento él —señaló el lugar por

el cual había desaparecido el coche—, es un cabrón.
—Tú nunca tendrás un Porsche —manifestó José Luis.
—Todo depende de cuándo empiece a joder a los demás.
—No seas bruto —inquirió Ismael.
—Pero bueno, ¿os creéis que éste se ha ligado el buga a plazos? ¡Anda ya, compraros una bañera y ahogaros! Tendrá pasta, o la tendrá su padre, que para el caso es lo mismo. Por eso le defiendes tú, ¿verdad, Marianín?
—¿Qué tiene que ver eso conmigo?
—Tú padre tiene pasta, está montado en el dólar. Y como eres hijo único, y encima te lo da todo por lo de la separación...
—A mí me da igual que sea un Porsche —dijo José Luis—. Mientras te compre un *tutut* y nos lleves de paseo.
—Mira que sois bestias —se lamentó Mariano.
—Oye, pajarito —dijo Lázaro—, la gente normal no va en Porsche. La gente normal tiene coches normales. El que tiene un porchata es porque quiere dos cosas: o que le vean o ligarse a una como la que le acompañaba. Y probablemente también sean las dos cosas a la vez.
—No has pensado que, a lo mejor, pura y simplemente, le guste el coche.
—Ya, un caprichito de nada.
—No tienes ni idea —bufó Mariano.
—Anda ese —exclamó Lázaro—, ¿Vosotros le oís? Me parece que además de vomitar se te ha derretido el tarro.
—No seas burro. Yo sólo he dicho que para tener un buen coche hay muchos argumentos. Esa regla de tres del tío con pasta cerdo seguro ya no vale —se defendió Mariano.
—Serás un buen ejecutivo, tú —indicó Lázaro, y por su tono sus palabras más semejaron un insulto.
—Como te tenga de empleado, te lo recordaré.
—¿A mí? Te metía yo todos los ordenadores de donde estés por el agujero de atrás.
—Todo Dios va a lo mismo —dijo Serafín—, a ganar pasta, y cuanta más mejor.
—Los músicos lo que quieren es ligar —apuntó José Luis—, La mayoría la verdad es que pasan de la música. Tías primero, y pasta para mantenerlas después. Claro que supongo que me dirás que tú eres una excepción.
—El Serafino es un rockero en potencia —apostilló Lázaro—. Cien por cien natural. Aunque eso que acaba de decir que todo el mundo va a trincar toda la pasta que puede y cuanto antes, se acerca a la verdad.
—¿Cuál es la verdad absoluta? —preguntó Ismael por primera vez entrando en la conversación.
—Qué además de la pasta el éxito completo se logra fastidiando al vecino. ¡*Take no prisoners!*
—Eres un terrorista —sentenció Mariano.
—¿Ah, sí? Veamos. Una pregunta sencillita; ¿qué es mejor, dar el callo y tratar de ganar dinero desde ya mismo pero poco a poco, o pasarlo bien ahora que es cuando vale la pena? Se admiten apuestas.
—Pasarlo bien ahora —dijo sin dudar José Luis.
—Ahora, pero sin perder de vista lo que quieres —reflexionó Mariano.
—¿Y si no sabes lo que quieres?
— Siempre se sabe lo que uno quiere, o quisiera hacer o tener.

—Y una leche, pero da igual. No es ése el punto. ¿Qué decís vosotros? —se dirigió a Ismael y Serafín.

—Hay que pasarlo bien ahora, supongo —manifestó sin mucha seguridad Serafín—. Al final es lo que cuenta, porque luego te enrollas, te lías y seguro que todo se te pasa así —hizo chasquear los dedos—, como en un sueño. Mi padre suele decirlo. Es de los que mira mucho hacia atrás.

Todos miraron a Ismael. El muchacho se enfrentó a ellos con una súbita ira.

Una imparable explosión de amargura.

—¡Y yo que coño sé! ¡Joder, qué noche me estáis dando! ¿Es que no sabéis hacer otra cosa que hablar de tonterías? ¿No tenemos nada mejor que estar aquí filosofando?

José Luis enarcó ligeramente las cejas. Serafín y Mariano miraron a su amigo heridos por su vehemencia.

Pero fue Lázaro el que habló, transcurridos unos pocos segundos.

—La pasta —dijo suavemente, entrecerrando los ojos y alzando la comisura de los labios con ironía—. No hace falta ni que grites. Dilo: la pasta. Si tuvieras pasta habrías sobornado a alguien para que te librara de la mili, te habrías buscado la vida, y encima tendrías a tu nena en la palma de la mano. La pasta es lo que cuenta, ahora y siempre. Esa es la diferencia. Tú estás cogido por las pelotas y te vas a mamar una mili de lo más jodida y el del porchata se quedará aquí, arramblando con todo. ¿Me sigues, nene? ¿Vas pillando la onda?

50

Ismael Pensé en irme, darles puerta a todos y largarme. Sin embargo me quedé allí, atrapado por la verdad de Lázaro y por mis propios temores. Si me marchaba, acabaría en mi casa, solo, abrumado, ahogado por la angustia, o algo peor: en la puerta de la casa de Loli, como un imbécil.

No quería suplicar, por orgullo, por... y sin embargo habría suplicado.

Hoy, por primera vez, me pregunto si en realidad lo habría hecho por amor o por necesidad. El amor no se suplica.

Fue Mariano el que salvó la situación. Se levantó, ya repuesto de su vomitona, o pasando de ella, y le dijo a Lázaro:

—Ismael tiene razón plasta. ¿Piensas pasarte aquí la noche filosofando sobre el bien y el mal? ¿Ya te has rajado? Creía que querías un trip a toda costa.

Nos vino bien. Hasta yo me relajé. Claro que las palabras de Lázaro estaban ya en mí, masacrándome las entrañas. Pero de momento les di la espalda. Otra cosa es que, a la menor oportunidad, volvieran y me acabaran de hacer polvo. José Luis bajó del capó del coche y me pasó un brazo por los hombros. Algo inusual en él. Lázaro habla mucho, pero José Luis es el más agresivo, el auténtico... no sé como decirlo, ¿inductor? Sí, supongo que sí. En todo grupo hay un cerebro, un líder, uno al que sigue el resto, y por supuesto un inductor.

Todo parecía emanar de Lázaro, su ansiedad por conseguir algo que le hiciera volar, su desparpajo, su forma de presionar, ahora a Serafín, ahora a Mariano, ahora a mí. Pero José Luis era el que miraba y esperaba, se movía lo justo, actuaba lo mínimo.

José Luis me dijo que a una tía no había que suplicarle nunca.

Me aconsejó que le diera dos hostias a Loli.

—No dejes que crea que te ha jodido —me dijo.

51

José Luis Lázaro y yo habíamos bebido bastante, lo reconozco, más que otras veces, pero lo llevábamos bien. Mariano había vomitado y Serafín se había rajado. Hasta aquí, todo normal. Lo de Ismael era otra cosa. El tío estaba verdaderamente mal por su rollo. Yo no podía creérmelo. Podía entender lo de la mili, cómo no. Lo bien que me iba a mí librarme de ella por lo mío. Pero que un tío sano, fuerte, normal, se enchochara tanto por una niña y acabara hecho una mierda...

Sabía que no me haría caso, pero le canté un par de cosas claras. Le dije que al día siguiente fuese a buscar a su chica y, en plan serio, sin gilipolleces, le pusiera las peras a cuarto. Si ella se empeñaba en darle puerta, por lo menos que mantuviera su dignidad a flote. Un par de buenas tortas no matan a nadie. Y una de dos, o la Loli le odiaba por eso o volvía con él más sumisita que una gata maula.

Lo malo es que, en el fondo, Ismael aún pensaba que cuando volviera de jugar a la guerra, ella regresaría también a su lado.

Se aferraba a esta ilusión.

Sí, la palabra clave es ésa precisamente: iluso.

Sólo un corto es capaz de vivir de sueños, creer que el mundo es de color de rosa. Aún en el caso de cumplirse, liarse la manta a la cabeza y olvidar el pasado, ¿qué hay de la dignidad? Porque, a ver, ¿qué haría Loli mientras él estaba fuera? ¡Por supuesto que pasárselo lo mejor posible!

¡Todo Dios va a lo mismo!

No, no hay nada de malo en ello. Las cosas se tuercen a veces, pero...

Quiero decir que la vida se supone que es un conjunto de buenos y malos rollos, ¿no?, y que lo práctico es mantener los primeros y hacer rápidos los segundos.

Nosotros mismos, cinco tíos bien diferentes, cinco montajes distintos.

En el fondo todos envidiábamos al tío del porchata.

En el fondo...

Nos metimos en el primer bar que encontramos, uno que no conocíamos, o al menos no era de los nuestros. Se trataba de un tugurio raro, oscuro, maloliente. Ahí vimos a Mohamed.

No iba solo, desde luego.

52

Mariano y Lázaro se acodaron en la barra, a la entrada del bar. Fue José Luis el que paseó una mirada distraída por el local. Mohamed estaba en la parte opuesta, con una muchacha de cabello tirando a rubio, regordita pero exuberante. La escasa iluminación permitía vislumbrar sus formas a través de una blusa muy ceñida y una minifalda ajustada al máximo. El árabe la tenía cogida por el hombro con el brazo izquierdo y le pasaba el derecho por la cintura. Parecían jugar a besarse, porque sus labios apenas si se rozaban una y otra vez. Los dos tenían los ojos abiertos, llenándose el uno del otro. Sonreían y volvían a besarse.

Acabaron todos siguiendo la dirección de la mirada de José Luis.

—¿La conocéis? —preguntó Lázaro.

—No —dijo Mariano.

—Está buena —ponderó Serafín.

—Muy buena —corroboró Ismael.

—Me pregunto que verán las tías en los negros y los moracos —rezongó con fastidio José

Luis—, Porque yo no me creo eso de que la tengan más larga. Es un rollo que se han montado y les funciona.

—Pero le sirve, ya lo ves —inquirió Mariano.

—Y encima, como tanto les da por delante que por detrás... —aventuró Serafín.

—Ésa es otra —dijo Lázaro sin precisar si hablaba de ello en un sentido figurado o apoyándolo.

Los besos de Mohamed y su chica dejaron de ser un juego. Sus labios se encontraron definitivamente y se quedaron quietos un largo rato.

—Será hijoputa —manifestó Lázaro.

—Es el último en llegar y el primero en mojar, ¿ves? —Ismael miró a Serafín al decirlo.

—Lo que se exhibe y lo que farda el maricón —dijo Mariano.

—Lo hace para fastidiar —afirmó rotundo José Luis.

Lázaro abandonó la barra del bar. Se situó junto a José Luis.

—Ése debe de saber donde hay costo —dijo.

—¿Por qué ha de saberlo? —se extrañó su amigo.

—Porque es un moro mierda de las narices. Todos son traficantes, y si no lo son, conocen al que se lo monta.

—¿Mohamed? —intervino Serafín—, No seas burro, tío.

—¿Qué pasa contigo? ¿Te da por la amistad hispano—árabe?

—Yo sólo digo que Mohamed es un currante. Si tuviera rollos de droga, aunque sólo fuera hachís, no viviría como vive.

—¡Anda ése! —se rió Lázaro—, Igual te crees que es gilipollas. Ésa es su coartada.

Además, las pelás seguro que las manda a Marruecos, a la familia, porque tendrá veinte hermanos, que allá no se ponen chubasquero para hacerlo. O las tendrá aquí, hasta que se dé el piro.

—Pero si trabaja todo el día de sol a sol, y va más puteado que las gallinas —insistió Serafín.

—Mira, Serafa, tú eres un lila —le despreció Lázaro.

—Oye, en lugar de hablar tanto, ¿por qué no vas y le preguntas? —propuso José Luis.

Mohamed y su chica se separaron, pero sin dejar de mirarse a los ojos. Ella se pasó la lengua por los labios, como si los refrescara, o tal vez provocándole para continuar. La mano que rodeaba su cintura subió hasta situarse por debajo del seno.

—¿Qué te crees, que me da corte molestar a Romeo y Julieta? —concluyó Lázaro poniéndose en marcha hacia ellos.

53

Lázaro Caminé despacio hasta la mesa del Mojama y su nena, sabiendo que todos me estaban mirando. Cuando llegué hasta los dos, ni se dieron cuenta de que estaba allí. De cerca, la tía me pareció menos explosiva, pero, qué caray, estaba buena. Tenía de todo, bien puesto y apretado. Para ponerse a tono. Para ponerse las botas una noche sobra. Tuve que apoyarme en la mesa para hacerme notar. Primero fue la chica la que reparó en mi presencia. El moraco tuvo que girar la cabeza un poco para verme. Nos conocíamos de vista, como todos, así que me dirigió una sonrisa estúpida. Una de esas sonrisas imprecisas que pone la gente cuando no sabe que cara poner, medio interesada medio expectante. Sin embargo, algo en ella también fue de descaró. Cualquier tío que se lo está montando con una nena suele mirar con superioridad al compadre que ve solo.

Reconozco que eso me molestó, aunque en ese momento no le di excesiva importancia. Ella me estaba mirando con otra clase de desafío.

Hay tías discretas, que saben estar y esperar, y hay tías que provocan, estén donde estén y con quién estén. Ésa era una de ellas. Una vez repuesta de la sorpresa motivada por mi interrupción, clavó sus ojos en mí, y luego los fue bajando, hasta detenerse en mi entrepierna. Volvió a subirlos y sonrió. No fue tan lento como para que durase mucho, pero tampoco fue tan rápido como para que me pasara inadvertido. El Mojama ni se dio cuenta. Seguía esperando.

Así que pasé de la nena, aunque tuve muchas ganas de decirle algo grueso. Pensé que a lo mejor me la encontraba un día de estos, aunque después de pasar por las manos del moraco...

No soy racista, pero...

Total, que le pregunté a él si tenía hierba, y el tío abrió unos ojos como platos, haciéndose el sorprendido. Pura inocencia. Me dijo que él no estaba en eso, y que yo debía saberlo. Le contesté que no se me enrollara mal y no me soltara pijadas. Le dije que sólo necesitaba para colocarme un poco. Me repitió que él no estaba en España para eso. Hice un último intento, si sabía de alguien, y me endilgó otra de evasivas, que no sabía, que no esto y que no lo otro. La tía seguía mirándome, de arriba abajo. Me sentí fastidiado y creo que tras decir un taco les di la espalda y volví con los otros.

De pronto la escena me pareció estúpida. El Mojama, la calentabraguetas y yo. Un triángulo de lo más absurdo. Y seguía igual, aunque ahora con la sensación de que aquel capullo me había tomado el pelo.

Eso fue lo peor, aquella maldita sensación.

Les dije a los demás que nos largáramos y nos largamos.

54

Caminaron sin rumbo, aunque no por mucho tiempo. Fue José Luis el que, de pronto, exclamó:

—¡Pero si es Roque!

Los otros cuatro no le conocían, pero siguieron a José Luis cuando éste levantó la mano y cruzó la calzada para reunirse con él.

—Pregúntale si tiene algo —sugirió Lázaro.

—¿Roque? Éste es un okupa que nunca tiene un clavo, tío. ¿No te he hablado nunca de ese pájaro? Es genial.

Roque le esperaba sonriente en la acera. Vestía unos vaqueros rotos y gastados y una cazadora negra sin mangas, llevaba el cabello largo, barba descuidada y calzaba botas camperas. Daba la impresión de ser una extraña mezcla. Se fundió en un abrazo con José Luis, y al separarse, tras haberse golpeado las respectivas espaldas con calor, éste le presentó a los otros cuatro. El intercambio de saluciones fue ritual.

—¡Coño, tío! ¿Dónde te habías metido? Hacía un año o más que no te veía.

—Dos.

—¿Dos ya? ¿Estabas en el trullo o qué?

—¡Anda ya! —Roque disparó los dedos índice y meñique de su mano derecha y fingió tocar madera dando una serie de pequeños golpecitos en la pared de su espalda—. He estado en Londres, tío.

—No me jodas —exclamó José Luis.

—Aquello sí es la leche. Te juro que llegué hace una semana y esto... no sé, tío, me parece el tercer mundo.

—Ya será menos.

—Que no, que allí lo hacen como ha de ser. Dinamita pura. La gente va a lo que hay que ir, pero a la hora de montar el cirio, saben montarlo, se organizan, nadie va por su lado.

Incluso hay una revista, *Class War*, que aconseja como liar los disturbios, de qué manera atacar, protegerse. Es una gozada, si te va la marcha, claro. ¿Sabes lo que es un *ram—riding*?

—No.

—Utilizar un coche robado para «abrir» una tienda o un supermercado o lo que te venga en gana. Lo empotran contra el lugar y listo. Compras gratis.

—Qué fuerte.

—Estuve en unas protestas antigubernamentales, por impuestos y ese rollo. Nada que ver con los disturbios de Los Ángeles. ¡Los americanos están locos! ¿A quién se le ocurre quemar las casas donde viven, teniendo cerca Beverly Hills? En Londres esto es como ir de excursión, y lo mismo en Newcastle, Leeds, Manchester... Todos sonreíamos y cantábamos. Revolución pura, y orden. Mientras unos atacaban a los tontolabas de los *bobbies*, que por cierto, ya no se les llama así, sino *filth*, que quiere decir chusma, los otros compraban hot—dogs y coca—colas. Luego, el relevo. ¡Les dimos una paliza a los polis! Se los llevaban en bandadas. Mi grupo se cargó la cristalera de un banco. ¡Creían que íbamos a robarles, Santo Cielo! Lo único que queríamos era un recuerdo de guerra. ¡Yo me llevé una planta! —se echó a reír—. Aquí si que deberíamos publicar las Instrucciones para montar un disturbio. Estáis muertos.

—Bueno, ya sabes que esto es diferente, más light. Aquí, si no hay un motivo...

—¡Es lo malo! —protestó Roque—. ¿Motivos, para qué? En Inglaterra la misma izquierda progre se empeña en buscar motivos, una justificación de la violencia. Pero, ¿de qué van? ¡Hay que ser gilipollas! ¿Qué justificación moral hace falta para agredir a un poli? Ellos están ahí, y nosotros aquí, eso es todo.

—Estás tú muy belicoso.

—Ya sabes que no, pero cuando te metes, te metes.

—¿Y dónde paras ahora? —quiso saber José Luis.

—Hemos ocupado una casa, en las afueras. Somos unos treinta, la mayoría de aquí, aunque tenemos un par de holandeses, un griego, un danés... Tíos y tías, claro.

—Oye, ¿no tendrás algo para fumar? —preguntó Lázaro.

—No, que va —lamentó Roque—, y encima tengo algo de prisa. Me esperan —le guiñó un ojo a José Luis—, Por si os interesa, he oído decir que hay una movida en casa de un tal Lucas. ¿Le conocéis?

—Sí, creo que sí —asintió Lázaro.

—Tened cuidado si pilláis éxtasis —aconsejó Ro— que—, Hay mucho rollo con eso de que no produce efectos, y en Londres los primeros que se aficionaron ya la están palmando. A mí me dio fatiga, sueño, trastornos y una depre que creí que me quedaba. Lo mejor sigue siendo un buen porro.

—A eso vamos —dijo José Luis.

—Vale, tíos —Roque levantó una mano despidiéndose de los cinco en general—. Nos vemos, ¿eh?

—Tenemos que hablar, ¿vale? —manifestó José Luis.

—Pues claro, hasta pronto.

Los cinco le vieron marchar, y no se movieron hasta que el okupa desapareció de su vista.

55

-Es un tío muy fuerte —dijo José Luis.

—¿Siempre ha sido okupa? —se interesó Mariano.

—Que yo recuerde, sí. A los doce o trece años su padre ya le echó de casa, o él se abrió, no lo recuerdo muy bien. No tenía donde caerse muerto y se metió en un piso vacío con otros cuatro o cinco. Ahí empezó su experiencia. Les echaron y se metieron en otro piso, y luego en una casa preciosa, abandonada. Y así. Ha hecho cosas preciosas.

—Yo pensaba que los okupas eran pacíficos —apuntó Serafín.

—Habrá de todo —dijo Lázaro—, Pero es lo que yo digo: viajando se aprende.

—Imagínate. Dos años en Londres. Como ir a la universidad —convino José Luis.

—Eh, ¿probamos lo de Lucas? —se animó Mariano.

—Pues claro —dijo Lázaro—. Si hay una oportunidad, hay que aprovecharla, aunque a esta hora, suponiendo que hubiese algo, ya no va a quedar, seguro.

—Yo paso de fiestas —rezongó Ismael.

—Nadie ha dicho que vayamos a una fiesta—manifestó José Luis.

—Vamos, vemos lo que hay, preguntamos y listos —insistió Mariano. Y mirando a Lázaro añadió—: ¿Verdad?

—¿Alguien sabe dónde vive ése? —se interesó Serafín.

—Yo tengo una vaga idea. Por lo menos sé la zona —dijo Lázaro—. Supongo que una vez orientado sabré encontrarlo.

—¿Es lejos?

Lázaro miró a Ismael con cansancio.

—¡Jo, tío! —protestó— Estás tú fino esta noche, ¿vale? Lejos, lejos, ¡yo que coño sé lo que para ti es lejos! Mira, más me duele a mí, que he salido de casa con la moto y aquí me tienes, pateando la calle por vuestra culpa.

—Llamas moto a esa bici con pedales —se burló José Luis.

—¡Anda tú, quién fue a hablar! ¿Lo dices por la mierda que tienes para el curro?

—Por lo menos yo no la llamo moto.

—¿Quieres bulla o qué? —Lázaro se acercó desafiante a José Luis—. Mira que cuando se meten con mi Margarita me enfado.

—¿La llamas Margarita? —se echó a reír Mariano.

—Tú calla, chaval —Lázaro le dio un capón en la cabeza y siguió avanzando sobre José Luis, que empezó a cubrirse sin dejar de reír—. Una moto es como una tía, se lleva entre las piernas. Por eso hay que ponerle un nombre.

—¿Dónde lleva el agujero del depósito de la gasolina? —estalló en una carcajada José Luis.

Lázaro se le echó encima. Los dos intercambiaron una serie de golpes, no precisamente flojos. Mariano les animó. Serafín se dejó arrastrar por el súbito cambio en la monotonía de la noche. Finalmente, hasta Ismael siguió con cierta atención la inusitada pelea.

No duró demasiado.

Lázaro y José Luis acabaron riendo con todas sus fuerzas, abrazados, jadeantes, apoyados el uno en el otro hasta que se dejaron caer al suelo y allí recuperaron su estabilidad gradualmente.

Tras ello, Lázaro volvió a su idea fija:

—Vamos a ver si pillamos algo en esa fiesta —dijo.

56

Se alejaron de su zona habitual y del corazón del barrio, para enfilarse hacia la parte alta y orientarse mejor desde ella. Lázaro miró varias veces a uno y otro lado, reconociendo calles, buscando referencias. A los diez minutos su primer entusiasmo decreció hasta límites mínimos.

—Si supieras al menos el nombre de la calle —dijo José Luis.

—Si supiera el nombre no estaríamos aquí, ¿vale, tío? —se molestó Lázaro—. ¿Crees que llevo una agenda con la dirección de todos los colegas que conozco? Ni que fuera tu agencia.

—Has sido tú el que ha dicho que sabía donde vivía Lucas.

—Pero todos le conocemos, ¿no? Vamos, haced memoria.

Serafín movió la cabeza horizontalmente. Ismael se encogió de hombros. Mariano frunció el ceño. El silencio general fue la evidencia de que andaban perdidos.

—¡Joder! —protestó Lázaro.

—Caminemos hacia allá —optó por indicar José Luis—. Desde luego en estos callejones no nos orientaremos.

Fue el primero en caminar. Lázaro no se movió. Mariano e Ismael le siguieron por simple inercia. En ese momento Serafín se estaba bajando la cremallera del pantalón.

—Voy a mear —dijo.

Lázaro echó a andar tras los pasos de los otros tres.

—Esperadme, ¿no? —pidió Serafín.

—Venga ya —barbotó este último—. ¿Quieres que te la veamos, so marica?

No podía más, así que les dejó ir. Se apoyó en la pared y cerró los ojos. De pronto se había sentido a punto de estallar, como si toda la cerveza estuviera rebosando por su cuerpo y dispuesta a reventarle la vejiga. Dejó de oír incluso los pasos de los otros cuatro. Pensó que ahora estarían corriendo, para darle esquinazo y fingir que le habían perdido. Luego saltarían encima de él como locos.

—¡Venga ya, tíos! —gritó.

El chorro continuó manando imparable, cálido. Pocas veces recordaba haber durado tanto, un minuto, dos.

Después tendría que echar a correr.

—¡Sois unos guarros! —insistió.

Escuchó un ruido a su espalda.

Bueno, por lo menos no se habían escondido, estaban ahí. Tuvo la sensación de que iban a saltar encima de él. Eso provocó que acelerara el fin de su acción, o que ésta se le cortara ante el riesgo de que su final fuese agitado. Tuvo tiempo de esconder su miembro antes de girar la cabeza.

—Vale, ¿qué...? —empezó a decir mientras se subía la cremallera.

Su gesto murió sin completarse. Fue como si, repentinamente, la energía desapareciese de su cuerpo, barrida por el viento del miedo y la sorpresa. El impacto le taladró el cerebro. Se quedó sin voz, sin aliento, sin fuerzas.

—Hola, cerdo —le dijo uno de los cuatro skins.

57

Serafin Fue... brutal.

Creo que nunca me he sentido peor, más aterrorizado en la vida. Las otras dos veces resultaron amargas, y la segunda, además, dolorosa. Pero algo me dijo que esta vez sería mucho más violento, mucho más cruel. Para empezar, eran cuatro. Para continuar, yo estaba solo y fuera de mi círculo. Para terminar, iban de caza.

Y habían encontrado una presa.

Llevaban sus uniformes, sus señas de identidad, las cazadoras Bomber y Harrington, las botas Doc Martens con las punteras reforzadas para hacer más daño al dar puntapiés, y por supuesto las cabezas rapadas. No les conocía, ni falta que hacía, pero desde luego eran de los peores, de los más radicales. Bastaba con ver sus símbolos nazis, la expresión de fiereza de sus rostros, y en este caso, también la de alegría. Encontrar a un «guarro», como nos llaman ellos, completamente solo, es el equivalente del oasis para el sediento del desierto.

Ni siquiera sé como pude hablarles:

—Eh, tíos —les dije—. No quiero broncas, ¿vale?

Se miraron entre sí, porque les hice gracia. No sabía por donde me llegaría el primer golpe, así que estaba envuelto en una especie de tensión tan fuerte que encima me sentía paralizado. Si alguien cree que ha pasado miedo por alguna razón en la vida, que se enfrente a un grupo de cabezas rapadas de noche y en solitario. Ése es el auténtico miedo. Hijos de puta...

Todo se me hizo insoportable, el aire que respiraba, la noche, el callejón, mi angustia. Tuve una arcada. Pensé vomitarles encima. Las ideas iban y venían por mi cabeza muy rápidas. No, nada de vomitarles. Me darían una paliza igualmente, pero si encima les provocaba, podían hacerme algo más.

Recuerdo que... sí, recuerdo que una vez leí un libro, y al protagonista, músico, le machacaban las manos. No quería que me hicieran lo mismo. No quería que me cortaran los huevos.

Era una pesadilla.

El resto fue algo más, una alucinación.

58

El más alto llevaba una cadena colgando de su mano derecha. El más gordo un puño metálico en la izquierda. De los otros dos, uno daba la impresión de ser el jefe y el otro un iniciado, porque era el más jovencito, apenas trece o catorce años. Tal vez por esa razón era el que parecía más animado, más ansioso por entrar en combate.

—Deberíamos cortarle las greñas —dijo precisamente él.

—¿Quieres dejarle al cero, como nosotros? —preguntó el jefe.

El jovencito meditó la cuestión. No había pensado en ello.

—Vas a limpiar esa meada con la lengua —amenazó el de la cadena.

—¿No sabes que es feo ensuciar las calles? —dijo el del puño metálico.

—¿Y desde cuando las nenas como tú mean de pie? —continuó el jefe— ¿O eres un travestí?

Serafin ya no pudo más. Llegó al punto crítico de su debilidad y sus últimas fuerzas le traicionaron. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, patéticamente.

Empezó a llorar.

—Por... favor... —gimió.

Los cuatro skins se echaron a reír, tan divertidos como complacidos.

—Huy, mirad que devoto.

—Y está llorando, fijaos.

—Se me parte el corazón.

—No lo resisto, no lo resisto...

—Por favor... —volvió a gemir Serafín—, os prometo que...

No pudo terminar la frase. El del puño metálico le cogió por el cabello y tiró de él, obligándole a levantar la cabeza. Desde aquella posición les vio más tenebrosamente, altos, convertidos en gigantes oscuros, con la luz de la farola más cercana, en el cruce, iluminándoles las cuatro cabezas rapadas.

—¡Eres un mierda cobarde! —le insultó— Vamos, ¡abre la boca!

Serafín esperaba el primer golpe, el puño de hierro en su cara. Disfrutaban prolongando el fin. Obedeció la orden del skin. Abrió la boca.

Desde arriba, el muchacho formó un escupitajo en su boca. Lo colgó de sus labios, dispuesto a dejarlo caer.

—A que no aciertas —dijo uno de los otros tres.

El escupitajo inició su camino. Serafín lo vio llegar despacio, como si viajara a cámara lenta. Su mente había asimilado ya la idea del dolor, de la inminente paliza. Pero no aquello.

Ni siquiera supo qué le obligó a reaccionar.

Era la primera vez en la vida que se rebelaba ante algo.

—¡¡¡Nooooo!!! —gritó dando un alarido.

Y saltó sobre el skin, eludiendo el salvazo e incrustándole la cabeza en su desguarnecido estómago.

59

Mariano Nos habíamos detenido a esperar a Serafín. Nada de echar a correr, escondernos o cosas de críos. Estábamos en la siguiente esquina, calle arriba, a unos veinte o treinta metros de donde él se había quedado a orinar, aunque no le veíamos. Lázaro protestó un par de veces, José Luis se apoyó en la pared, Ismael estaba sentado en el bordillo y yo... sí, yo era el que estaba más cerca.

También debí de ser el primero en oír el grito, aunque no estoy muy seguro de lo que pasó desde ese momento.

Desde luego, el que reaccionó antes, fue Lázaro.

Echó a correr, pasó por mi lado como un huracán, y luego lo hizo José Luis. Acabé siendo el último, a un par de metros de Ismael.

Serafín no volvió a gritar.

60

Lázaro Fui el primero en llegar. No sé que diablos había pasado antes, pero me bastó ver la escena para hacerme una idea. Lo extraordinario es que Serafín continuara de una pieza. Estaba encima de uno de los calvorotas, mientras los otros tres se disponían a machacarle los huesos. Parecían sorprendidos. Ésa fue mi ventaja, porque evidentemente no me esperaban, ni a mí ni a los otros. Pude haber saltado sobre los tres que estaban de pie, pero a esos cerdos no se les puede dar ninguna ventaja, así que tuve tiempo de agacharme, coger una piedra, un adoquín con todas las de la ley, y se lo aplasté al más alto, uno que llevaba una cadena, en toda su cabeza pelada. El crujido de los huesos fue pura música.

Después oí la voz de José Luis, gritando algo así como:

—¡¡¡Yu—h!!!

Y la pelea se hizo generalizada, pero con todas las ventajas de nuestro lado.

Cinco contra cuatro y la iniciativa.

61

Ismael Lázaro se había deshecho ya de uno. Le vi caer al suelo, igual que un pelele, con la cabeza abierta y manando sangre. José Luis saltó sobre el segundo, y el tercero, recuperado de la sorpresa, atacó a Lázaro. En el suelo estaban Serafín y otro de los skins, uno bastante gordo. Me confié. Creí que Serafín le tenía controlado. El muy cerdo no sé aún como le empujó, se puso en pie y arremetió como un toro herido contra mí, que era el que tenía más cerca.

Intenté detenerle, parar su ataque, y no conseguí otra cosa que dejarle la iniciativa a él. De pronto lo vi todo rojo y supe que me había dado en la cara con algo muy duro.

El dolor llegó casi inmediatamente.

Caí al suelo sin ver nada, ciego por completo.

62

José Luis No fueron los skins quienes huyeron. Fuimos nosotros. Cuatro skin heads solos son tan sospechosos como un tanque perdido en mitad de una plaza. Esos nazis no salen de patrulla, van siempre juntos, todos. Su única seguridad la obtienen de la fuerza y del número con que se mueven. Imaginé que el resto andaría por allí, lo suficientemente cerca como para darnos un disgusto. El que le había arreado a Ismael con un puño de hierro se sacó un silbato de no sé dónde y lo sopló con todas sus fuerzas.

Al menos se lo hice tragar de una patada.

Eso nos alertó. Lázaro había despachado a uno y ya le machacaba la cara a otro, un crío de mierda que no tenía ni media torta. Yo había liquidado al tercero y el cuarto bastante trabajo tenía con no ahogarse a causa del pito. Respiraba asustado y el cacharro seguía sonando en su garganta. De todas formas le rematé con una patada entre las piernas.

Ya no perdimos el tiempo.

Mientras Lázaro y yo recogíamos a Ismael, Serafín echó a correr. Mariano estaba quieto en la esquina, paralizado. Sólo se movió cuando pasamos por su lado y le pegué un grito.

No paramos de correr hasta diez calles más abajo, orientándonos para regresar a nuestro territorio, a la plaza, el único lugar en el que, dado el cariz que había tomado la noche, podíamos considerarnos casi seguros.

63

Se detuvieron al faltarles el resuello, y a consecuencia de la segunda caída de Ismael, que corría todavía sujeto por Lázaro y José Luis, doblado sobre sí mismo, con las manos en la cara y gimiendo. Estaban relativamente cerca de su destino, pero todavía en tierra de nadie, porque por allí no se veía ningún bar y las callejuelas presentaban sus desiertas extensiones frente a sus ojos. Para no quedarse en la calle y a plena vista de cualquier curioso o lo que fuera, se metieron en lo que parecía ser una casa en ruinas, o abandonada, a punto de derribo. Lázaro venció la última resistencia, una herrumbrosa puerta, de una violenta patada. Una vez dentro, se echaron al suelo entre cascotes. Una rata salió zumbando al ver amenazada su paz. El silencio sólo fue roto, una vez más, por los gemidos de Ismael.

—Mierda... me duele... No puedo ver nada.

—¡Quita las manos, coño! —ordenó José Luis.

Le obedeció. La única luz provenía de la calle, y no era buena, una solitaria bombilla colgada a unos metros de donde se encontraban ellos. Tuvo que ayudarse del encendedor para comprobar los daños en la cara de Ismael. Los demás se interesaron también por su estado.

—No es nada —dijo Lázaro—, Te ha alcanzado en pleno ojo y ya está.

—¿Cómo que no es nada? —protestó Ismael— ¡Estoy ciego!

—¡Pues abre el otro ojo, joder! —gritó Lázaro—. Tienes un corte en el derecho, y por supuesto se te va a poner morado, pero el izquierdo está bien.

—¿Y si tengo algo por dentro? —vaciló Ismael.

—No seas lila, tío —dijo José Luis— No me digas que es la primera vez que te cierran un ojo de un mamporro.

—Le ha dado con un puño metálico —manifestó Serafín.

—Eso, tú ánimale —bufó Lázaro.

—¿Un puño metálico? —repitió Ismael.

—¡Que no tiene nada, hombre! —insistió José Luis—, Te duele porque te han atizado y ya está —miró al resto y preguntó—: ¿Y los demás que tal? ¿Alguna baja?

Se miraron los unos a los otros. Serafín tenía una raspadura en el brazo izquierdo de la cual salía un poco de sangre. El mismo José Luis examinó su mano derecha, magullada después de descargarla en la cara de un skin. Lázaro se palpó el estómago, dolorido de un golpe.

—Desde luego, tienen la calva dura esos hijos de puta —exclamó José Luis abriendo y cerrando su mano para comprobar que no tenía nada roto. Luego sonrió y agregó—: Pero ha sido una buena pelea, ¿no?

—Al que le he dado la pedrada no le va a volver a crecer el pelo en la vida —aseguró Lázaro.

Ismael gimió por enésima vez, sin dejar de palparse la zona herida, que se hinchaba rápidamente. Apenas si le había salido sangre. Al darse cuenta de ello, volvió a asustarse.

—No sangra —dijo—. Eso quiere decir que es algo interior.

—¿Quieres que te llevemos a un hospital? —rezongó Lázaro—. Y cuando te pregunten como te lo has hecho les dices que tú solo, en el baño de tu casa, mientras buscabas la toalla.

Ismael no se dio por vencido. Exteriorizó su amargura dirigiendo su ojo sano hacia Serafín.

—Menudo lío has organizado, tío —dijo.

—¿Yo? —el asombro de Serafín no tuvo límites—, ¡Si me hubierais esperado esos mamones no se habrían atrevido a salir! ¡Si me han atacado ha sido porque me han pillado solo!

—Es inútil lamentarse, hombre —inquirió José Luis— Ha pasado y ya está.

—Has estado muy bien, tío —Lázaro le dio un golpe en la espalda a Serafín—. Rebotarte contra cuatro skins... tiene su miga. Muy bien, sí señor.

Serafín ni siquiera abrió la boca, pero sonrió sin poder evitar un sentimiento de orgullo. Era la primera vez que le llamaban valiente. El fantasma de sus lágrimas, cuando cayó de rodillas ante los cabezas rapadas, no amortiguó este hecho. En cualquier caso era su secreto.

Y desde luego se había rebotado contra ellos.

Aún no podía entender cómo lo hizo, qué le obligó a saltar, por qué...

—¿Tú en cambio que coño hacías ahí, mirando sin hacer nada, eh? —le dijo de pronto Lázaro a Mariano.

Mariano se puso rojo. Su intento de defensa fue débil.

—Pero si ya estabais... bueno, quiero decir que les teníais... controlados, ¿no?

Buscó apoyo en los otros. Sólo lo encontró en Serafín. Precisamente él.

—Todo ha sido muy rápido —dijo su amigo—. Lo importante es que les hemos dado una buena.

—¡Ha sido genial! —cantó Lázaro.

—Aunque nos ha costado un ojo de la cara —bromeó Serafín, feliz, pasando un brazo por encima de los hombros de Ismael.

El herido le apartó bruscamente.

—Idos a la mierda —dijo.

José Luis se puso en pie. Ayudó a levantarse a Lázaro y a Serafín. Mariano continuó con su expresión perdida, incómodo. Ismael doblado sobre sí mismo.

—Venga, vamos a curarte ese ojo —le tranquilizó el primero que se había levantado—. Soy el que vive más cerca, y en casa no habrá nadie, aunque nos tenemos que largar antes de las cuatro, que es cuando aparece mi madre. No quiero que vea el cuadro.

Volvieron a ponerse en marcha.

64

Se movieron con precaución, por si los cabezas rapadas se habían movilizad para dar con ellos, organizando una batida con el grupo al completo. No se aventuraron lo más mínimo. Actuaron como un comando. José Luis iba delante, abriendo camino y guiándoles en dirección a su casa. Le seguía Mariano, Serafín junto a Ismael, y cerraba la comitiva Lázaro cubriendo la retaguardia. Se tranquilizaron al encontrar más gente, pasar cerca de los primeros bares y al sentirse protegidos por el calor del barrio, aunque un grupo de skins numeroso y enloquecido por lo que acababa de suceder, muy bien podía entrar allí a sangre y fuego. No sería la primera vez.

—¿Cómo estás? —le preguntó Serafín a Ismael al sentirse realmente a salvo.

—Si al menos me ahorrara la mili —intentó bromear el herido.

—Puedo sacártelo —se ofreció Serafín.

—Vaya, te noto contento.

—Después de mis dos anteriores encuentros con los rapados... Esto al menos es gloria.

Tendrías que haberles visto a los cuatro en el suelo, retorciéndose y sangrando como cerdos.

—Tendríamos que haberles roto las pelotas antes de irnos —oyeron la voz de Lázaro ya a su lado, dejando la retaguardia el grupo—. Esos cabrones de mierda no se merecen otra cosa. Están locos. Habría sido por todos los que ellos han cogido a solas.

—Yo habría sido uno, si no llegáis a regresar.

—Para eso son los colegas, Serafa —dijo Lázaro, y al ver que Serafín le miraba rápidamente, le guiñó un ojo.

Esta vez, Serafín se rió con él.

—¿Falta mucho? —preguntó Ismael—. Os digo que voy ciego.

Ya llegamos, tranqui le tranquilizó José Luis.

Lázaro cambió la dirección de su mirada. La centró en Mariano. Se sintió nuevamente incómodo al recordar su pasividad en la pelea. Por ello no se mordió la lengua.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¡Mar y Ano! —lo pronunció deliberadamente separado—, ¿Te pesa demasiado el pedruscop ese de la oreja y por eso vas con la cabeza baja o qué pasa?

—Vete a la mierda, ¿quieres? Déjame en paz.

—Oye, desgraciado, ¿a quién llamas tú...?

Pudo haber sido el comienzo de una pelea, pero dejó de serlo por dos razones inmediatas y fulminantes.

La primera que José Luis anunció:

—Ya hemos llegado.

Y la segunda que en el portal del edificio, hecho un guiñapo maloliente, encontraron a su padre.

65

José Luis Estaba borracho, sólo eso, pero...

Lamenté encontrármelo, no ya por el hecho en sí, sino también por los demás, Uno se sabe sus cosas, y aunque el resto las conozca... bueno, siguen siendo tuyas. Así que me sentí fatal, como una mierda. Encima, el cuadro no era agradable de ver. El tío había vomitado y se había meado encima. El pestazo era de primera entre el alcohol, la papilla y el orín. Aquello daba asco. Todo lo animado que me quedé con la pelea se me vino abajo ante aquel número.

Traté de hacerme el duro.

—Pasad de él. Vamos a dejarle aquí. Que se joda.

Sí, quise dejarle tirado. Entonces Lázaro, precisa— mente él, me dijo que no fuese bestia, que íbamos a recogerle, y de pronto comprendí que, pese a todo, siempre sería mi padre, al fin y al cabo. También pensé que si lo dejábamos tal vez la que se lo encontrase luego sería mi madre, al regresar reventada y agotada del restaurante, y ella sí que no podría subirlo arriba, aunque otras veces probablemente ya lo habría hecho. Mi madre era fuerte, o sacaba las fuerzas de donde ya apenas si le quedaban.

Me pregunté cuantas noches se habría encontrado mamá a mi padre así.

El ascensor no funcionaba, eso ya lo he dicho, ¿verdad? Cogimos a mi padre entre Lázaro y yo, uno por los brazos y el otro por las piernas, y subimos arriba, despacio, por la angostura de la escalera. Al moverle la peste se hizo más intensa, dominándolo todo. Yo le llevaba por las piernas, así que le veía de cara, inconsciente, desvalido, débil y perdido. Sin embargo esa imagen no borraba otras, las peores. Siempre le recuerdo con el cinturón en la mano, aquella cara de exasperación, la rabia inundándole los ojos, la boca deformada por una mueca que trataba de ser una sonrisa. Y siempre le oí insultándome, llamándome de todo. Y mi madre llorando...

Me arrepentí de haberles llevado a todos a mi casa. Lamenté que hubieran visto eso. Y me enfurecí aún más conmigo mismo por sentirme culpable. ¿Culpable de qué? Si en ese momento me encuentro a un skin cara a cara, creo que no descanso hasta machacarle, convertirle en pulpa. Me puse rabioso, aunque ya era tarde para lamentarlo.

Llegamos arriba, abrí la puerta, me aseguré de que mi madre no estuviese por algún raro azar, y metimos a mi padre en el cuarto de baño. No quise que nadie me ayudara después. Me tocaba a mí.

Le desnudé, venciendo el asco que sentía, y finalmente le tomé en brazos y le llevé a la cama. Apenas pesaba. Es curioso, de niño mi padre me había parecido siempre enorme. Sólo una piel reseca cubría los huesos. Su sexo era un conjunto de tres bolsas pequeñas y oscuras. Ya no era un hombre, sino un despojo, y eso me produjo un malestar superior al anterior. Lo único que no hice fue lavarle. Le dejé en la cama y regresé al cuarto de baño para asearme yo. Metí su ropa en el cesto de la ropa sucia y fui a mi habitación para

cambiarme. No oculté nada. No hacía falta. Mamá sabía perfectamente de qué iba la película.

Y cuanto antes se enfrentara a ella, antes tomaría alguna decisión, si se atrevía.

¿Por qué las tías aguantan tanto y tanto y tanto?

Volví con los demás, llevando una camiseta limpia para Lázaro, que se había pringado, y les encontré curándole el ojo al pupas de Ismael.

66

Lázaro No soy un romántico, nunca lo he sido. Es más: odio las cursiladas.

Pero cuando encontramos al padre de José Luis borracho en la misma entrada de la escalera, sentí algo muy extraño, una emoción imposible de explicar, y tan fuerte que hasta me pareció ridícula. No voy de duro, de verdad. Me hago respetar y punto, y para eso tienes que sacar el genio en ocasiones, y repartir alguna que otra hostia, eso es todo.

Aquel hombre, sin embargo... me golpeó la conciencia. Estaba ahí, tirado, desvalido, convertido en un pelele, un maniquí roto. A veces veo por televisión reportajes de guerras y conflictos armados, y siempre aparece algún cadáver en mitad de la calle, un rostro anónimo. La gente deambula alrededor de él, y el cámara que toma la escena, por fuerza ha de pasar de otro rollo que no sea el de cumplir con su trabajo. Es sólo un cadáver. La cámara suele ofrecer su expresión, ojos medio cerrados, sangre en la comisura de los labios, la postura casi siempre ridícula con la que le sorprendió la muerte. No sé si me explico. Le ves y ya está, adiós. El padre de José Luis me dio la misma impresión, sólo que ni estaba muerto ni es tan fácil cerrar los ojos. No se le puede decir adiós a tu propia realidad.

Por eso le recogí. José Luis le hubiera dejado ahí. Yo sólo pensé que, bueno o malo, era un hombre acorralado. El día que alguien me encuentre borracho, quiero que también me recoja, que no me deje tirado al alcance de un perro o de las ratas.

Y además, era su padre.

Recoger a tu propio padre borracho siempre es mejor que no tenerlo.

Volví a sentirme furioso inmediatamente después. Una rabia sorda y tan espesa como un buen chocolate me invadió el cerebro. Por ello desee, más que nunca, pegarme un buen chute, evadirme, sumergir mi mente en humo y volar, para escapar de esa mierda.

67

Serafín El padre de José Luis me hizo pensar.

Nunca había visto a alguien próximo tan borracho y tan mal como lo estaba ese hombre. Daba pena. Me fijé en la cara de todos. La de José Luis era un mar de contradicciones, desde la furia hasta el odio, desde el cansancio repentino hasta la frustración. La de Lázaro no puedo siquiera definirla, porque se puso pálido, muy serio. Fue el primero en agacharse para ver si respiraba, y el primero en cogerle. Me pregunto si tendrá algo que ver con que él no tenga padre. Por contra, la cara de Mariano era de asco, sólo eso. Ismael bastante tenía con su maldito ojo.

Yo pensé en mi propio padre.

Por primera vez, la vergüenza que sentía de mi padre y por mi padre, se vio convertida en respeto. Me quedé tan sorprendido que ni siquiera reaccioné debidamente. Lázaro y José Luis recogieron al hombre, Mariano les siguió y yo me quedé a ayudar a Ismael, pero subimos la escalera sin hablar, en silencio, y tampoco abrí la boca hasta que empezamos a curar el ojo de Ismael.

Estaba atrapado en un mar de confusiones, como si de pronto me hubieran vuelto del revés.

Mi padre era un ser apocado, nada hablador, gris, discreto, sin relevancia alguna. No era un héroe, aunque... ¿para qué hace falta un héroe? Ni tan sólo estoy seguro de si es así por la muerte de mi hermano, de la misma forma que mi madre es una mujer sufridora y angustiada por ello. ¿Cómo era papá de joven? No tengo ni idea. Sí, en casa hay fotos, y se le ve sonriendo, delgado, como todos los que nacieron en los años 40 y 50, pero nada más. ¿Qué hacía? ¿Fue feliz? ¿Le robó alguien la vitalidad si es que la tuvo alguna vez? ¿Fue por lo de mi hermano? ¿Y nosotros? Seguíamos estando Pepa, Cari y yo.

Mi padre se sienta y mira, nada más. Cuando dice algo es porque no tiene más remedio. Y sin embargo sé que nos quiere.

Aunque saber no sea lo mismo que entender.

Por ello en ese momento entendí a mi padre, y pensé en nosotros, en todos nosotros, y en la diferencia que había entre José Luis y yo, o entre Lázaro y yo. Incluso entre Mariano y yo, que vivía a caballo de dos mundos, el de su padre y el de su madre.

Los héroes anónimos son tan discretos...

Me olvidé de todo eso cuando Ismael se puso a dar gritos al lavarle la herida con alcohol.

68

Lázaro se levantó del sofá, estiró los brazos y las piernas, y tras echarle una ojeada a Ismael, que seguía con el ojo cerrado mientras miraba la tele con el otro, caminó sin rumbo por el comedor hasta que salió al pasillo y se metió en el cuarto de baño. No cerró la puerta, así que los demás escucharon la intensidad de su chorro al chocar contra el agua del retrete. Cuando regresó, colocándose bien el paquete con ostentosos movimientos, se detuvo junto a una mesita en la que, además de un cenicero, una estatuilla barata y un recuerdo de Dios sabía dónde porque el nombre ya era ilegible, había dos portarretratos. Cogió el más pequeño, un marco de plata nada reluciente.

—¿Tu hermana aún es tan estirada? —le preguntó a José Luis.

—Podría llamársele así.

—Coño, está buena —ponderó Lázaro.

—Eso opina la mayoría.

—Me gustaría enrollármela. Podríamos ser cuñados.

José Luis mostró su sarcasmo.

—Es lo que más deseo.

Lázaro no continuó. Dejó el portarretratos en la mesita y deambuló de nuevo por el comedor. Mariano, que era el que sostenía el mando a distancia, hizo un rápido zapping por el resto de canales. Volvió al que estaban mirando. Una película mal llamada erótica, pésima y aburrida.

—Deja de dar el coñazo, ¿quieres? —le recriminó José Luis.

—Si es que esto es un muermo, tíos —lamentó Mariano.

Lázaro se colocó delante de Ismael.

—¡Eh, tú, soldado desconocido!, ¿cómo lo llevas?

El herido levantó su ojo sano, sin decir nada.

—¿Aún te duele? —se interesó Serafín.

—Sí.

—Pues mira, tío, te va a doler aquí igual que en otra parte, así que abrámonos de una vez, ¿vale? —protestó Lázaro—. Llevamos aquí una eternidad.

—Algo más de media hora —dijo Serafín.

—Como si son cinco minutos, ¡joder! —se enfadó Lázaro—. Es una eternidad. La noche del viernes no se ha hecho para pasarla en una casa.
—Pues nos íbamos a una —le recordó Ismael.
—Eso era distinto. Aquí estamos amuermados, ¡y ni siquiera hay cerveza en la nevera!
—Haber comprado antes —indicó José Luis poniéndose en pie—, Pero desde luego es mejor irnos. Mi madre no tardará demasiado y no quiero dar explicaciones.
—Bueno, ya era hora —suspiró Lázaro—, ¡Marchando!
—¿Dónde vamos? —preguntó Mariano.
—De momento a pillar birras —dijo Lázaro, y rápidamente subió de tono, molesto por la pregunta—. ¿Dónde vamos, dónde vamos? ¡Y yo qué coño sé! Bueno, sí lo sé: a coger una mierda como un piano. Es lo menos si no puedo trincar un petardo en esta maldita noche, ¡hay que ver! Venga, ¡moveos! Menuda panda maricas estáis hechos.
Se movieron, incluso Ismael.

69

El bar de Blas estaba cerrando, pese a lo cual no se les impidió la entrada. Dentro, apenas si quedaban media docena de clientes. Los cinco mostraron su sorpresa por la doble circunstancia, la ausencia de clientes y el cierre, a una hora en la que, por lo general, la noche se movía en su punto más álgido.

—¡Eh, Blas! ¿Qué pasa aquí? —se interesó José Luis.

—¿Qué quieres que pase? —el hombre, un cincuentón de rostro picado por la viruela con una enorme nariz de boxeador, aplastada sobre ambos lados de la cara, le mostró su disgusto—. Problemas.

—Ya. Han descubierto que le echas agua al vino y que sirves la peor cerveza del barrio.

—Mira, no vengas tú ahora a tocarme las pelotas, ¿vale, chaval? ¿De dónde salís vosotros?

—De por ahí, ¿por qué?

—Pues ha habido movida, y de la buena —dijo Blas—, Los skins de las narices se han liado a bofetadas con un grupo, y al correr la voz, otros han ido a por ellos. Ha sido bastante rápido, la verdad. Visto y no visto, pero se han arreado lo suyo. Luego ha venido la pasma...

—Jo, pues sí que ha sido fuerte —dijo Lázaro.

—Lo bastante para que la gente se marchara en cuanto ha podido. Y por si acaso, para lo que hay, cierro y adiós. ¿Queréis algo?

—Un par de birras —pidió José Luis.

—¿Pequeñas?

—¡Anda ya! ¡Grandes!

—Pon tres, para acabar de entonarnos —dijo Lázaro.

—Nos hemos perdido una buena —lamentó José Luis—. Por lo menos esas movidas valen la pena.

—Los skins debían estar muy cabreados —opinó Serafín.

—Creía que vosotros los hippys erais pacifistas —manifestó Blas poniendo tres litronas sobre el mostrador.

—¿A quién llamas tú hippy? —rezongó Lázaro.

—¡Ah, no sé! Creía que todos los que lleváis esos pelos...

—Estás tú al día, ¿vale, tío? —se burló José Luis.

—Por mí, como si os la machacáis —exclamó indiferente el dueño del bar— Venga, soltadme un verde.

Lázaro pasó la mano por delante del resto. Todos depositaron en ella cuarenta duros. Entregó las monedas a Blas.

—Lo siento, no tenemos un verde, pero esto es lo mismo, y así tienes cambio.

—Cómo te pasas —se quejó José Luis cogiendo una de las botellas.

—¿Pasarme? ¡Encima! —Blas fue a retirar las otras dos, pero Lázaro fue más rápido—. ¡A estas horas ya sabéis que nadie os vende litronas, monadas, porque no salen a cuenta! Y si fuera un pedazo de cabrón como otros, os las cobraría a cuatrocientas, ¿estamos?

—Vale, hombre, no te enfades, que te va a dar un infarto.

—Si es que...

—Tu mujer contenta porque cierras antes. Míralo por este lado.

—Largaos ya, y que os folle un pez —se despidió el hombre con una sonrisa— ¿Queréis que despierte ahora a la foca, con lo tranquila que está cuando duerme?

Salieron a la calle, aunque desde la puerta, todavía, José Luis le dirigió una última andanada.

—No me extraña que tengas vacío el local, ¿sabes, tío? Eres un mal hablado.

—¡La madre que os...!

Echaron a correr, por si Blas cumplía su amenazante gesto de salir de detrás del mostrador.

70

Serafín le pasó la botella a Ismael, para que éste diera el último trago.

—Acábatela —dijo.

Ismael contempló el cristal, con su único ojo abierto en estado igualmente vidrioso.

Después lo paseó por el resto, como si esperara alguna objeción que no llegó.

—Vamos, estás herido —insistió Serafín— Se me cansa el brazo.

Le obedeció, se llevó el gollete a los labios y vació el interior de un solo trago. Al recuperar la vertical, hipó y eructó, casi al mismo tiempo. Luego dejó la botella a un lado, en el bordillo, y se apoyó en el coche que tenía a su espalda.

Nadie habló por espacio de un largo minuto.

—Como aparezcan los calvorotas ahora —exhaló Serafín arrastrando las palabras.

—No estamos tan borrachos —dijo José Luis.

—Tú no sé, pero yo...

—Si es que no tenéis aguante.

—Os lo digo siempre, hay que mear más —justificó Lázaro.

—No se lo digas al Serafa —dejó caer Mariano fingiendo que hablaba a sus espaldas—

Cada vez que mea se mete en un lío.

—Tú cállate que no has dado ni una hostia —protestó Serafín.

Su amigo acusó el golpe. Le dirigió una mirada acerada y no respondió. Imitó el ejemplo de Ismael, apoyando la espalda en el otro coche aparcado junto a ellos.

Esta vez el silencio fue menos denso.

—El próximo fin de semana habrá rollo en casa de Néstor —anunció José Luis inesperadamente.

—¿Quién?

—Néstor, el de la ferretería. Noelia me dijo que era su cumpleaños o algo así.

—¿Vamos a ir a un «guateque»? —se burló Lázaro.

—No seas burro. Tiene una casa enorme, con jardín, y habrá marcha, seguro. Yo estuve en la del año pasado y fue total —les informó Mariano.

—¿Y eso cuando será, el viernes, el sábado o el domingo? —quiso saber Serafín.
—El domingo, creo.
—Ah, bueno —Serafín hizo una mueca indiferente—. El viernes y el sábado hay que montarle algo grande a éste —puso su mano derecha en el hombro de Ismael.
—Como no sea un entierro —masculló José Luis.
—Muy gracioso —exclamó el aludido.
—Tú diles que te peleaste con dos malos patriotas, insumisos, y que por eso tienes el ojo así. Igual te hacen caso de buenas a primeras y de dan una medalla.
Lázaro le dio un golpe a Mariano, con las puntas de los dedos, a modo de llamada de atención o tal vez para obligarle a despertarse y mirarle.
—Oye, tú pídele algo más de pasta a tu padre —le dijo—. Yo aún no habré cobrado y nos hará falta.
—Serás... —inició un conato de protesta Mariano—, Además, el próximo fin de semana no estaré aquí. Si no me he ido éste con mi padre, querrá que lo haga el que viene.
—Va, tío, ni que fueras un bebé —profirió Lázaro—. Es increíble.
—¿Qué quieres? Todavía no puedo escaquearme cuando me place, y más tal como están las cosas.
—Pues seguro que a tu padre, en el fondo, le jodes un huevo. ¿No tiene un conejo joven? Lo que quiere es estar solo. Te buscas una excusa y traga, pero antes le trincas la pasta.
Mariano miró a Serafín y a Ismael. Ahora los dos volvían a formar parte del mundo de los vivos, y estaban pendientes de él.
Se sintió algo más que herido. Se sintió violento.
—Eres un animal —dijo con todo el peso de su desprecio apoyado en cada palabra.
—¿A quién llamas tú animal, eh?
—Déjame en paz.
Lázaro se acercó a él. Cerró su puño frente a la cara de Mariano.
—¿Qué pasa contigo, tío? ¿Vas de traumatado, de hijo de divorciados o qué? ¿Has ido al psiquiatra? Porque eso es grave, ¿lo sabes? Se empieza a dar vueltas al tarro y se fastidian los fusibles.
—¡Para ya! —gritó Mariano apartándole el puño de un manotazo.
—¿Quieres marcha, eh? —Lázaro se arrodilló delante de él y empezó a darle golpecitos con las manos abiertas en las dos mejillas—. Venga, venga, muévete, ¿por qué no demuestras que tienes pelotitas? —llamó la atención de los otros, aunque no era necesario—.
— Fijaos, Marianín va a darme un puñetazo. ¿O te pesa demasiado el pendiente?
José Luis contemplaba la escena indiferente. Serafín e Ismael no.
Mariano se lanzó sobre Lázaro.
Pero ni siquiera fue una pelea. Rodaron por el suelo un par de veces, Lázaro riendo y Mariano pugnando por dominarle. Eso fue todo. Bastó con que Serafín, puesto súbitamente en pie, gritara:
—¡La pasma!

71

Serafín Se levantaron más rápido que si hubiera aparecido Michelle Pfeiffer entre nosotros. Ni siquiera preguntaron. Ismael también reaccionó de inmediato. Desde luego estábamos bebidos, pero no borrachos, porque si no ninguno habría corrido tanto como corrió. Era un coche de los pitufos, no de la poli de verdad, pero para el caso es lo mismo. Tampoco sé si nos vieron o no. En primer lugar nos vino bien para que Lázaro y Mariano

dejaran de pelear, porque no sé yo como habría acabado la cosa. Cuando dos tíos a las tantas de la madrugada y bebidos se dan unas tortas, por amistosas que sean, siempre cabe la posibilidad de que a uno se le escape la mano. Y desde luego Mariano estaba muy quemado por lo de los skins. En segundo lugar, eso nos puso en movimiento, porque si no habríamos acabado por dormirnos allí mismo.

Si en una noche de viernes, hay bronca, como la de los skins, es mejor no estar en medio cuando aparecen los maderos, los picoletas o los pitufos. Esos no diferencian a nadie. Te sueltan el palo y tarará que te vi. Encima, estaba lo del ojo de Ismael. Cualquiera le dice a uno que te pare que es un orzuelo.

Cuando nos detuvimos, una burrada de calles más arriba, exhaustos pero aún riendo, yo vomité por segunda vez.

72

-¡Q

ué asco! —exclamó Lázaro apartándose de Serafin—. ¿Por qué no meáis más a menudo? Mira que os lo tengo dicho: hay que mear.

—Cállate de una vez, ¿quieres? —le dijo Ismael— No haces más que hablar y hablar.

Lázaro se acercó a él, amenazador.

—¿A quién le dices tú que se calle?

—¡A ti, plasta!

—¿Qué te crees, que porque sólo tienes un ojo no voy a zumbarte?

Las arcadas de Serafin llegaban hasta ellos desde la breve distancia que les separaba. Lo que sacaba de dentro no era más que bilis mezclada con la sobredosis de cerveza final. De pronto fue Mariano el que se dobló sobre sí mismo y sacó las tripas.

— ¡Hala, el otro! —gruñó Lázaro olvidándose de Ismael.

—Tenía que haberme quedado con Petra —dijo una vez más José Luis.

—No seas burro, tío —le increpó Lázaro—. En una noche de viernes eso es como tomarse un helado: dura media hora. En cuanto estos acaben de echar la primera papilla buscamos algo abierto.

José Luis miró a su alrededor.

—¿Por qué? Ni siquiera sé donde estamos.

—Pues lo buscamos. Yo hasta que no encuentre costo no paro.

—Que palizas estás con eso —volvió a recriminarle Ismael.

Esta vez Lázaro le sujetó por un brazo.

—¿Qué te juegas a que lo consigo?

—¡Pero si son más de las cinco de la mañana!

—¿Tú que te juegas, va? —insistió Lázaro.

Serafin dejó de vomitar, se apartó un poco del lugar y cayó al suelo de rodillas, mareado por el esfuerzo. Todavía tuvo otra arcada al ver la vomitona de Mariano, pero ya no tenía nada dentro.

—Allí hay una fuente —indicó José Luis señalando un extremo de la calle—. Vamos a remojarnos un poco.

La calle era ascendente, reptaba con pereza hacia la breve altura de su elevación urbana. A medida que se acercaron a la fuente, volvieron a ubicarse, reconociendo el terreno que pisaban. Esta vez, sin embargo, ninguno habló hasta llegar a su destino. Parecían los restos de un destacamento regresando a sus puestos tras una larga marcha por el desierto. Serafin

fue el primero en meter la cabeza bajo el chorro de agua, sin importarle que se le mojara la ropa. Mariano lo hizo en segundo lugar, pero quitándose la cazadora.

—¿Qué le pasa a tu chupa, encoge? —se burló Lázaro.

Nadie le respondió. Mariano acabó de echarse agua en la nuca, inmóvil, dejando que le corriera por la cabeza y la cara, y se apartó para dejar paso al siguiente, que fue Ismael.

Este sólo se refrescó la cara. Lo mismo hicieron José Luis y Lázaro.

—¡Menudo marrón! —suspiró Mariano.

Se quedaron los cinco de pie, alrededor de la fuente, en silencio una vez más, mirándose sin saber qué hacer, hasta que Lázaro desvió sus ojos, los paseó por la calle, que seguía subiendo de nivel lentamente, y entonces dibujó una sonrisa en sus labios.

—Eh —dijo—, yo conozco esto. Por aquí vive el Mojama.

73

José Luis Fue Lázaro, sí.

Yo creo que nos habríamos ido ya, de vuelta a casa, porque... bueno, la noche no había sido lo que se dice espectacular. A veces funciona, hay un buen rollo, conversación, pasamos horas en un mismo bar charlando de muchos temas, pero otras... simplemente hay un break. Supongo que Ismael con sus problemas, Mariano con su frustración, Lázaro con su enoñamiento en buscar hierba, o incluso yo mismo, que no estaba fino... no sé... La bronca con los skins...

Pero Lázaro cambió la suerte final, tan simple como eso.

74

-Ese tendrá algo, seguro —dijo.

—¿Estás loco? —protestó Ismael.

—Te digo que ese tiene costo en su chabola —insistió Lázaro—, ¿Crees que me chupo el dedo? Que no me venga con chorradas el muy cabrón.

—Ya es muy tarde —objetó Serafín.

—Nunca es tarde, ¿entiendes Serafín? Eso es lo malo de la gente. Unos dicen que es tarde y no hacen nada, y otros dicen que es pronto y ni empiezan. El mundo está lleno de cagados que se quedan atrás. Ahora dime, ¿quieres quedarte atrás? Un tío que se rebota con cuatro skins es que los tiene bien puestos, ¿o no?

—Sí, pero...

—Entonces vamos —ordenó Lázaro.

José Luis fue el primero en seguirle.

—¿Y si está con aquella prima? —preguntó Mariano.

—¡Y a mí que más me da con quién esté! —gritó Lázaro—. ¡Sólo quiero fliparme! ¿Crees que la tocaría después de haber estado con ese moromierda? Ni aunque me lo pidiera de rodillas.

—Bueno, ¿venís o qué? —preguntó José Luis girando el cuerpo pero sin dejar de caminar. Mariano se puso en movimiento.

—De todas formas me iría bien un buen cuelgue —dijo.

—Y a mí —reconoció Ismael secundándole—. Así me olvidaría del maldito ojo. Me duele. Serafín fue el último.

—¡La noche se mueve! —volvió a gritar Lázaro.

—¡Amén! —hizo lo propio José Luis riendo.

—Por cierto... —Lázaro aminoró la marcha hasta que Mariano llegó a su lado—. Llevarás pasta de reserva, ¿no?
—¿Encima tengo que pagar yo? —profirió éste.
—Eres el banquero, tío. Dime, ¿llevas o no?
—¿Y si no llevara nada?
—Anda ya, no te enrolles mal. Siempre te metes un billete aquí —apuntó directamente al bolsillito del pantalón—. Eres un tío listo.
—Y tú un jeta —le recriminó Mariano.
—¡Hey, colega! —quiso bromear Lázaro.
—Toda la noche has estado buscando mierda sin llevar pasta encima.
—No seas cutre, tío.
—Tienes un morro que te lo pisas —se negó a callar Mariano.
De pronto, fue José Luis el que se detuvo, y le cogió por la solapa de la cazadora. Ismael y Serafín se encontraron de cara con la escena. El rostro de José Luis estaba atravesado por una sombra de ira recién despertada, como si llevara ahí, en su interior, dormida, mucho tiempo. Mariano ya había quedado absorbido por ella.
—Oye —el tono de José Luis fue seco—, ¿llevas dinero o no?
—Sí —afirmó Mariano.
—Entonces ya vale, ¿de acuerdo?
Esta vez asintió con la cabeza.
La mano que le sujetaba la solapa aflojó su presión. Una sonrisa cargada de seguridad y algo más, superioridad, afloró en el rostro de José Luis. A un metro de ambos, Lázaro también sonreía, sólo que más abiertamente.
—¡Eh, Mojama! —gritó de nuevo este último, levantando la cabeza al aire—, ¡Ahí venimos!

75

Ismael Me dolía el ojo otra vez.
Y quería pegar a José Luis, o a Lázaro, o a los dos.
Es todo lo que recuerdo.

76

Mariano Fue un momento especial, porque me sentí como un estúpido, un completo gilipollas. De pronto me pregunté a mí mismo qué estaba haciendo allí, con ellos.
Y sin embargo, les seguí.

77

Serafín Había una especie de inercia. No puedo explicarlo de otra forma.
Lázaro y José Luis.
No entiendo por qué les seguíamos, pero ninguno de nosotros abrió la boca. Creo que en el fondo dependíamos los uno de los otros, es decir... ¿Me explico? Algo nos unía de una manera especial. Habríamos estado a tiempo de cambiar las cosas.
Y no lo hicimos.
Dios mío...

78

Lázaro La casa de Mohamed apareció un minuto después, al dejar atrás los últimos

edificios.

79

José Luis No somos violentos.

80

La chabola de Mohamed era una simple construcción de tablas y cartones, placas de uralita y plásticos, aunque la base era de obra, como si el árabe la hubiese levantado sobre los restos de una vieja edificación derruida. Se alzaba sobre el comienzo de la ladera de la pequeña elevación que por aquel lado rompía el paisaje urbano, enfrentándolo al desierto vacío de una nada, rota sólo por los tendidos eléctricos salpicando los descampados llenos de basuras que aún no habían sido devorados por la progresión de la ciudad. El paisaje, bajo la noche, era desangelado, y eminentemente frío. La luna y las escasas luces diseminadas en algunos puntos no bastaban para hacerlo agradable.

Daba la impresión de ser el trasero del mundo. Sucio y olvidado.

—¿Cómo puede vivir alguien aquí? —exclamó José Luis.

—Porque no son personas, son animales —dijo Lázaro.

—Aquí no hay nadie —rezongó Ismael.

—¡Eh, moraco! —gritó José Luis.

—¡Joder! —suspiró Serafín—, Tú ve gritando así y tendremos a los pitufos en menos que canta un gallo.

—Esos sólo vigilan lo que les interesa —aseguró Lázaro.

—Larguémonos ya —pidió Mariano.

—¿Qué pasa, quieres ahorrarte la pasta? —la— mentó José Luis—. No seas mierda, tío —y volviendo a dirigirse a la chabola gritó aún más fuerte—: ¡Mojama, venga, mueve el culo!

Lázaro se agachó para coger una piedra del suelo. No llegó a cerrar la mano sobre ella. La puerta de la barraca se abrió y por el hueco apareció Mohamed, en calzoncillos. El blanco de su única prenda de vestir contrastaba con el tono oscuro de su piel. La bombilla más cercana estaba a unos veinte metros de donde se encontraban, así que la escena acabó teniendo un aire fantasmal.

—Menos mal, hombre —formuló Mariano.

—¿Veis como sí estaba? justificó José Luis.

El árabe, arrancado bruscamente del sueño, les miró de uno en uno, sin dar muestras de comprender nada.

—¿Qué queréis? —quiso saber.

—Venga ya, lo sabes de sobra —manifestó Lázaro—, ¿Qué pasa, no somos amigos?

—Nos conformamos con un porro, tío —José Luis dio un par de pasos más hacia él—.

¿Qué más quieres? Un porro para cinco. Tenemos tela.

—Yo no tengo nada de eso, os lo dije antes —insistió Mohamed con un rasgo de pesar en sus facciones.

—Corta el rollo, va —pidió Lázaro.

—Idos.

—¿Tienes ahí dentro a la nena? —José Luis llegó hasta la misma entrada de la chabola—.

¿Es eso lo que te preocupa?

—Venga, Mojama, no te enrolles mal —dijo Lázaro avanzando igualmente sobre él.

—¡No tengo drogas, amigos, os lo juro!

José Luis le puso una mano en el cuello.

—No somos tus amigos. Somos clientes.

—Hablas bien el cristiano —desgranó despacio Lázaro deteniéndose junto a ambos—.

Lástima que tu mollera siga siendo dura. ¿Qué tienes en la cabeza, arena del desierto?

Mohamed empezó a ponerse lívido. Sus ojos iban de los dos que tenía encima a los otros tres, que también se aproximaban a la puerta.

—Por favor... —suplicó.

—¡Por favor, señores, no hagáis daño al pobre Mojama! —se burló José Luis.

—Vamos a ver dónde la guarda —dijo Lázaro.

Fue el primero en entrar. Se encontró con la oscuridad interior. La voz de Mohamed le llegó ahogada por la presión de la mano de José Luis.

—No...

—¿No tienes luz aquí, so animal? —gruñó Lázaro.

—¿Cómo va a tener luz? Esto es una chabola —dijo Mariano por detrás.

Lázaro tropezó con algo. Ni siquiera pudo ver bien de qué se trataba. No fue un golpe excesivo, pero sí suficiente para que le diera una patada a lo que fuera. Resultó ser una especie de mesa formada por dos latas apiladas una encima de la otra y con una madera encima. Las latas salieron despedidas poblando de acentos metálicos el lugar.

Mohamed lo aprovechó para desasirse de la presión de José Luis. Intentó detener a Lázaro echándose sobre él.

—¡Es mi casa! ¡Marchaos de aquí!

Fue un intento vano, y especialmente inútil. Lázaro se revolvió frenando su desarbolado ímpetu, y le empujó de nuevo hacia atrás. José Luis, ya dentro de la chabola, recibió el cuerpo, flexionó ambas manos y lo empujó a su vez hacia un lado. Ismael, desprevenido, se encontró con el árabe encima. Pero eso no fue lo peor.

La mano de Mohamed, en su esfuerzo por agarrarse a algo, chocó con el ojo herido de éste. Se escuchó un grito.

—¡Hijoputa...!

Después un golpe, furioso, duro.

Lázaro sacó su mechero. La primera lumbre les permitió ver una escena fantasmal, por el simple foco luminoso tanto como por las sombras que ellos mismos proyectaban. Mohamed estaba a los pies de Ismael, tratando de ponerse en pie. Serafín y Mariano también estaban dentro de la chabola.

—Vamos a buscarlo —ordenó José Luis.

Se puso a registrar la única estancia, con el mínimo cuidado para los escasos objetos que contenía. Levantó el colchón del suelo, un viejo y sucio colchón recogido en algún vertedero. Lo echó a un lado con cara de asco. Su siguiente objetivo fue un mueble de madera sin puertas, con algunos estantes llenos de objetos inútiles. Rompió un par de vasos y una jarra.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gimió Mohamed.

—No me extraña que no traigas aquí a tu nena —masculló José Luis—. ¡Esto es una pocilga! ¡Creía que a los moros no os gusta el cerdo!

La llama del encendedor de Lázaro se apagó unos segundos. Volvió a reaparecer sin que nadie, salvo José Luis, se hubiese movido. Mohamed logró ponerse en pie.

—Ahí hay una caja —señaló Mariano.

Lázaro acercó la débil luz. José Luis se agachó para recogerla. Era de madera, bastante gruesa, de unos cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho y unos quince de alto.

Mohamed saltó hacia ella. Se encontró con la amenazadora figura de Lázaro interponiéndose. La llamita confirió a su rostro un cruzado de sombras amenazadoras.

—¿Qué hay aquí? —preguntó José Luis al ver que estaba cerrada con llave.

—¡Nada!

—Tienes aquí la mierda, ¿no?

—¡Eso es para mi familia! ¡Tú no puedes...!

—¿Vas a decirme que ahorras, pedazo de cabrón? ¡Dame la llave!

—¡La lleva en el cuello!, ¿no lo ves? —manifestó Mariano.

—Me vuelve a sangrar el ojo, maldita sea —gimió Ismael.

José Luis hizo un intento de arrancar la llave del cuello de Mohamed. Era una pequeña pieza de latón o algo parecido, de apenas dos centímetros. La llevaba sujeta de una cadenita, tan corta que casi se le clavaba en el cuello. El árabe logró echarse hacia atrás.

—¡Ladrones! —gritó—, ¡Es todo lo que tengo! ¡Ladrones!

—La llave —pidió José Luis.

—¡No!

Mohamed dio otro paso hacia atrás. Se encontró con Ismael y Mariano. Giró la cabeza primero, el cuerpo después. No se detuvo en esa posición más allá de un segundo. Volvió a la primitiva, frente a Lázaro y José Luis. Serafín, en la entrada, era el único que no participaba directamente en la escena.

—¡Sujetadle! —ordenó José Luis.

No lo consiguieron. Mohamed fue mucho más ágil y rápido. Su salto incluso sorprendió a Lázaro. La luz de su encendedor se apagó por segunda vez. Sobrevino un pequeño revuelo, una agitación salpicada de jadeos e imprecaciones.

—¡Que no escape!

—¡Acabemos con esto de una vez, maldita sea!

—¡Enciende, tío!

La llamita reapareció.

Pero la escena había cambiado ya sustancialmente.

Mohamed sostenía en su mano derecha un cuchillo de grandes proporciones, con una hoja de veinte centímetros.

81

Ismael Nos quedamos como hipnotizados mirando esa hoja centelleante. Parecía brillar más que la propia llama del mechero de Lázaro.

Algo imposible de describir.

Mohamed nos gritó que nos fuéramos, que le dejáramos en paz, que no tenía droga. Creyó que nos había dominado, así que nos insultó. Yo... bueno, mis manos estaban llenas de sangre, del manotazo que me había dado en el ojo, y eso me mareó. La mili, Loli, los skins...

Mierda, y ahora ese pobre diablo con el cuchillo.

Algo hizo «¡Fffff!» en mi cabeza.

82

José Luis Ya no era un infeliz, sino un tipo armado con un cuchillo. Lo vi claro. A pesar de todo diría que mantuve la calma. Creo que fue Lázaro el que le dijo:

—Con que ésas tenemos, ¿eh?

Y Mohamed nos gritó que estábamos locos.

Movió su cuchillo. Estaba pendiente de Lázaro y de mí, pero sin perder de vista a Ismael y a Mariano. No sé si no vio a Serafín o si creyó que se había ido. Tal vez, simplemente, se despistó, por los nervios. En realidad todo sucedió tan rápido...
Tan increíblemente rápido.

83

Lázaro Un par de segundos, tres, no más, aunque se nos hizo eterno. Bueno, quién sabe si incluso llegaron a ser cinco, ¿qué importa eso? Cuando un tío saca un arma, del tipo que sea, cualquiera sabe lo que va a pasar. Es ley de vida o muerte. Se llega a un límite y ya es imposible echarse atrás. Mohamed no se iba a contentar con que nos fuéramos. Sabía que volveríamos. Estaba dispuesto a usarla. Lo vi en sus ojos. También vi a Serafín, detrás de él, blanco como la cera, o tal vez fuese un efecto de la luz de mi encendedor.

84

Mariano Alguien gritó:
—¡Hazlo, hazlo!
Y luego:
—¡Ahora!
Me parece que fue Lázaro. Todos mirábamos a Serafín. Mohamed empezó a girar la cabeza y entonces él saltó.

85

Serafín No puedo recordar todo, me es imposible. Hay una nebulosa en mi cabeza. Más bien diría que se trata de una película que he visto en alguna parte, en el cine. Una película en la que yo mismo soy el protagonista. Tenía miedo. Pero estaban pendientes de mí, Lázaro, José Luis, Mariano, Ismael. Y todavía era el héroe de la noche, el tío que se había rebotado contra cuatro skins heads.. Por primera vez había visto respeto en las miradas de mis amigos. Creo que de no haber sido por eso, no lo hubiera hecho. Saltar. Mohamed se dio cuenta de que algo sucedía detrás de él, por las miradas de los demás. Reaccionó rápido, pero para cuando lo hizo yo ya estaba sobre él, atenazándole por la espalda. ¡Dios mío, estábamos temblando, los dos!
Y de pronto nos quedamos a oscuras.

86

Lázaro Me estaba quemando los dedos. El dichoso encendedor se había apagado dos veces, pero esta vez se puso al rojo, no sé qué le pasó. Tuve que soltarlo. No vi dónde cayó.

87

José Luis La oscuridad sólo duró un momento. Al contraluz débil de la puerta de la chabola vimos a Serafín y a Mohamed luchando, pero antes de que se produjera una reacción por parte de alguno de nosotros, una llama roja brotó del suelo, casi a mis pies. También oí algo

parecido a un suspiro, o un golpe de aliento voraz. Entonces no comprendí que era la voz del fuego dando su primer zarpazo.

Era el colchón de Mohamed.

88

Ismael Sé que no tiene sentido, pero fue como si ese colchón estuviese relleno de gasolina. Se prendió tan rápido que...

Y a pesar de ello, de lo dantesca que pasó a ser la escena, todos seguimos pendientes de Serafín y de Mohamed. Los dos cayeron al suelo muy juntos. Ya no vimos el cuchillo.

89

Mariano No tengo ni idea de lo que pasaría por la cabeza de los demás. Yo quise escapar, huir de aquella repentina pesadilla. Me aparté de las llamaradas que empezaron a devorar el colchón pero no pude alcanzar la puerta. Serafín y Mohamed rodaron sobre sí mismos hasta ella, obstruyéndola.

Tampoco pude gritar.

Por favor... estoy mareado, ¿he de continuar?

90

Serafín Los músculos de Mohamed se aflojaron.

Fue un efecto... increíble, como cuando estás en el agua con neumático y de pronto se te pincha, perdiendo consistencia.

Pensé que ya no podía más, que se rendía, que le había vencido. Sentí una oleada de alivio, pero aún así, impulsado más por mi miedo que por otra cosa, le di un golpe. Mi intención era apartarme de él cuanto antes, levantarme. Sí, le di un golpe en el pecho.

Yo no sabía que tenía el cuchillo en mi mano, ¡no lo sabía! Habíamos forcejeado, nada más. Ignoraba el momento en que pude arrebatárselo. O tal vez él lo perdió y yo lo cogí.

¡No lo recuerdo, lo juro!

Pude verle la cara, iluminada por un lado por el fuego y por el otro por el resplandor que provenía del exterior. Me miró con ojos de sorpresa, pero mi expresión debía ser de más sorpresa todavía.

¿Cómo podré olvidar esa mirada?

91

La mano de Serafín se levantó forzada por la crispación final. El cuchillo ya no brilló en el aire, ni diseminó reflejos plateados alrededor. Ahora estaba húmedo, cubierto por una pátina parda y oscura. Roja. Tanto como las llamas que crepitaban voraces dando al conjunto un aire apocalíptico.

Mohamed hizo un último intento de levantarse, la mirada perdida, el rostro extraviado, las fuerzas menguadas.

—¡Va a levantarse! —gritó Lázaro.

Y José Luis:

—¡Dale, dale ya!

Y Mariano:

—¡Duro con él!

E Ismael:

—¡Vamos, tío!

La mano de Serafín no tembló. Sus ojos no se cerraron. Al abatirla, fue como si todos iniciaran un largo, muy largo viaje por un más allá acotado y próximo. Pudieron sentir el viento cortando sus alientos, la fuerza impulsando sus músculos, el vértigo sacudiendo sus conciencias.

Todos estaban ahí.

Todos empujaron al mismo tiempo.

—¡Acaba con ese hijo de puta!

Lázaro:

—¡Ahora!

Ismael:

—¡Es tuyo!

Mariano:

—¡Ya!

La mano llegó a su destino. Apenas si encontró resistencia. La hoja penetró en la piel, se hundió en la carne, buscó el último latido del corazón agonizante bajo ella, lo atravesó.

Mohamed sólo se estremeció una vez.

Miró a Serafín, primero con alucinada intensidad, después ya sin fuerza, finalmente sin vida.

Todo se quedó muy quieto, excepto las llamas, que ya buscaban nuevos objetivos en torno al colchón.

Los dedos de la mano perdieron presión, se separaron despacio de la empuñadura del cuchillo, se apartaron de él, dejándolo allí, enterrado en el cuerpo aún caliente. La piel oscura empezaba ya a poblarse de ríos sangrantes. El fuego los convirtió en lava volcánica. Emanando de un volcán muerto.

Los ojos de los cinco protagonistas se encontraron en el centro de sí mismos.

92

*Ismael*Entonces... despertamos.

93

*Lázaro*Fue una catarsis colectiva, algo inexplicable. No creo que ninguno fuera consciente de nada.

Salvo de que Mohamed estaba allí, tendido sin vida.

94

*Mariano*El fuego nos hizo reaccionar.

De pronto fue como si todo estallase. El lugar era pequeño, las llamas devoradoras, y el humo sofocante. Alguien gritó y en ese instante se produjo una explosión. No sé lo que tendría Mohamed allí, pero lo cierto es que todo se convirtió en un infierno. Podíamos haber muerto abrasados.

Y sin embargo era muy difícil moverse.

Había que pasar por encima del cuerpo de Mohamed para salir de esa pesadilla.

95

*José Luis*Dios... lo había hecho, ¡lo había hecho!

¡Y precisamente... él!

No sé lo que sentí. Ni siquiera sé lo que siento ahora. La película ya no estaba en la pantalla, sino delante de nuestros ojos. El cine se había convertido en realidad.

Todo era real.

96

Serafín Fue un accidente.

Fue un...

97

-¡Mierda!

—¡Está muerto, tío! ¡Está muerto!

—¡Te lo has cargado!

—¡Dios...!

Serafín movió la mano derecha. La levantó muy despacio, llevándola hacia arriba, crispada, con los dedos apuntando al techo. Sus ojos dejaron de mirarles a ellos, de abarcarles con su desesperación. Los centró en esa extremidad. También estaba roja.

—Yo... —balbuceó.

Su aliento se perdió, barrido por el fuego devastador, que se extendió por dos de las cuatro paredes, subió por su superficie, y lamió el techo arremolinándose en pequeños bucles dorados. Mil o más pequeñas lenguas que devoraron cuanto encontraban a su paso.

—¡Vámonos! —gritó Lázaro.

—¡Hay que largarse de aquí! —gritó José Luis.

Serafín continuó inmóvil.

—¡No! —chilló.

Ismael empujó a Mariano. Lázaro ya se encontraba frente a los caídos. José Luis se protegía la cabeza con las manos. Sus siluetas se dibujaron entrecortadas, agitadas por la presión candente de su entorno. El humo se hizo espeso, cerrado.

—¡Esto está a punto de caerse! —exclamó José Luis.

Fue Lázaro el que empujó a Serafín. Ni siquiera le ayudó a levantarse. Le empujó hacia fuera, con todas sus fuerzas. El muchacho cayó de lado. Ismael y Mariano saltaron por encima de él. Lázaro incluso chocó con José Luis, que cargó contra su cuerpo por detrás, ciego. Tuvieron que tirar de Serafín, apartándole de la entrada de la chabola.

En un segundo las llamas alcanzaron la fachada.

Y la puerta se convirtió en la boca del horror.

—¡Hay que sacarle de ahí! —gritó Serafín.

Pugnó por volver sobre sus pasos, por lanzarse de cabeza hacia las llamas víctima de su repentina locura. Lázaro lo evitó.

—¡Está muerto, déjale ahí!

Serafín se enfrentó a lo que veían sus ojos. Pareció dispuesto a todo, a llorar, a pelear, a chillar. Fue José Luis el que acabó de cerrarle el paso, y el que le dio dos bofetadas, secas, contundentes, para cortar el camino de la histeria.

—¡El fuego destruirá las huellas! ¿Es que no lo entiendes? —manifestó.

—¡No era más que un emigrante, probablemente ilegal! —le apoyó Lázaro—. ¡Hay que desaparecer cuanto antes!

—¡Es nuestra única oportunidad! —insistió José Luis.

Buscaron a Ismael y a Mariano, a un metro escaso de ellos. El primero estaba colapsado. El

segundo se puso a mover la cabeza de arriba abajo espasmódicamente.

—¡Nadie nos ha visto! ¿De acuerdo? —preguntó Lázaro.

—De acuerdo, de acuerdo, sí, de acuerdo —repitió Mariano.

La chabola se hundió por la izquierda. El estruendo no fue excesivo. Más ruido producían las llamas en su pugna por acabar cuanto antes con su trabajo. A continuación se desplomó el techo.

El cadáver de Mohamed, aún visible desde su posición, desapareció engullido por el fuego y el hundimiento del entorno. Un olor de carne quemada impactó en sus pituitarias.

José Luis miró hacia los edificios más próximos.

Todavía no se veía a nadie.

—¡Corred! —gritó Lázaro—, ¡Corred y no paréis hasta vuestras casas!

—¡Vamos, vamos! ¡Mañana nos veremos! —ordenó José Luis.

Mariano fue el primero en obedecer. José Luis empujó a Ismael, una vez, dos, hasta conseguir que dejara de mirar a la chabola, la bola ardiente que se consumía tan cerca de ellos que era como si formasen parte de ella. Lázaro obligó a Serafín a dar también el primer paso.

—No pienses en ello, no pienses. Mañana lo verás de otra forma. ¡Venga, chico!

Y echaron a correr.

Incluso Serafín, que fue el último en darle la espalda a todo.

Tercera parte

SÁBADO98

Ismael No sé cuándo ni cómo llegué a casa, pero sí sé que lo hice exhausto, porque no paré de correr en todo el trayecto. Y es curioso, no pensaba en Mohamed, sino en Loli.

Quería llamarla, verla, que me abrazara muy fuerte, sentirla.

Intenté dormir, pero no pude. Me metí en la cama, temblando, y entonces sí, cada vez que cerraba los ojos, veía la bola de fuego en que se había convertido la chabola de Mohamed.

Y le veía a él ardiendo aún vivo, con los ojos abiertos, mientras me tendía una mano.

Amaneció muy poco después, y la luz del día reemplazó a la de mi habitación. Me quedé en la cama, boca arriba, con una suerte de huidizos pensamientos acosándome, hasta que me enfrenté a la familia. No tenía otra solución, por mi ojo. Me bastó mirarme en un espejo para comprender que su aspecto era tumefacto.

Tener una madre que trabaja de ATS a veces es útil.

Resistí la bronca, di explicaciones, hablé de un borracho en un bar, y no les convencí. Pero lo capeé. A mediodía me telefoneó Mariano, y no quise ponerme. Mi madre le dijo que aún dormía. Se extrañó.

Por primera vez deseé estar en la mili.

Lejos de esta pesadilla.

99

Mariano Fui allí otra vez.

No sé la razón, ignoro que clase de fuerza me impulsó, sólo sé que de pronto me vi a mí mismo junto a dos docenas de personas frente a los restos de la chabola de Mohamed.

La policía todavía estaba removiendo los escombros.

A él ya se lo habían llevado.

Eso debió de ser a media mañana, cuando me levanté de la cama sin poder pegar ojo,

nervioso. Mi madre quiso hablarme de Joaquín pero la eludí. No era el momento adecuado para hablar de algo así. Le dije que me iba, se extrañó, y una vez en la calle mis pasos se perdieron, o no, hasta llegar al lugar de los hechos.

Comprendí que había sido una estupidez, y bastó que un par de mujeres me miraran sospechosamente para que volviera a irme. Temía que alguien me señalara con el dedo. Acabé regresando a casa y llamé por teléfono a Ismael. Me dijeron que dormía y le envidié. ¿Cómo podía dormir después de...?

Luego telefoneé a Serafín.

Fue una conversación forjada a base de silencios. No estábamos solos en nuestras respectivas casas, así que no era cosa de hablar de nada. Nos dijimos que estábamos bien y los dos supimos que mentíamos. Eso es todo.

Al colgar pensé que jamás volvería a ver a José Luis y a Lázaro.

Creí que con eso sería suficiente.

Pero no pude masticar mi miedo, y mucho menos tragarlo.

100

Lázaro Me dormí.

¿No es increíble? Ni yo mismo entiendo cómo pude echarme sobre mi cama y quedarme frito, vestido, aunque no fue un sueño plácido, lo reconozco. Vi a Mohamed, el cuchillo, el fuego, a los demás, en una especie de danza fantástica. Una auténtica pesadilla.

Y me desperté sudoroso y agitado, ya muy tarde, casi la hora de comer. Me metí en el cuarto de baño y pasé quince minutos bajo la ducha, repitiéndome: que había sido una pesadilla, que nada de lo sucedido la noche anterior pasó en realidad. Me dolía la cabeza, pero más me dolía el vacío de mi estómago. Al salir, la normalidad de mi casa me arropó un poco. Mi madre yendo de aquí para allá, mi hermana Lucía jugando incansable.

Lo peor fue enfrentarme a la fotografía de mi padre.

No lo entiendo.

Me miraba desde la distancia, al otro lado de la Eternidad. Era la misma foto de cada día, la que llevaba allí, encima del aparador, desde su muerte años atrás. Y sin embargo esta vez sus ojos parecían distintos, y su expresión otra.

Creo que por esta razón me fui, con la excusa de recoger la moto, y cuando la hube recuperado no regresé a casa. Fui a la de José Luis, para hablar con él. En realidad estaba empezando a tener miedo, por los demás, por Serafín, Mariano e Ismael.

Anoche las cosas habían ocurrido muy rápido.

Reconozco que intenté que todo me pareciera habitual, pero no lo conseguí.

101

José Luis Cuando llegó Lázaro, yo salía de casa.

Sabía que las osas no iban a quedarse así, que la policía removería cielo y tierra para descubrir la verdad. Y estaba seguro de que no sería por Mohamed, sino por la opinión pública, por el dichoso tema del racismo y esas cosas. La gente es así. Un montón de organizaciones se pondrían en pie de guerra.

Quería ver a Noelia, y pedirle que me respaldara en caso de... bueno, en caso de necesitar una coartada. Ella lo haría, por mí, estaba seguro.

Lo malo era que no se trataba de mí solo.

Lázaro también lo veía así. Había demasiados nervios, y los otros tres podían derrumbarse. Aunque tan malo era ir a verles, reunimos y que nos vieran juntos, como mantener la

distancia y el silencio.

Todo había sido un mal sueño, maldita sea. A veces las cosas pasan y... bueno, nadie tiene la culpa, aunque...

Fue una jodida noche de perros.

102

Serafin Nunca he tenido tanto miedo en la vida.

Estuve llorando. ¿Qué puedo decir? Lloré, asustado, perdido, y sintiéndome peor de lo que nunca me había sentido antes. Me pregunté por qué un centenar de veces y no obtuve ninguna respuesta. Ni siquiera recordaba nada. ¿Cómo llegó el cuchillo a mis manos? ¿Por qué di aquel golpe en el pecho de Mohamed? ¿Qué clase de sensaciones...?

En cambio sí recuerdo los gritos de los demás, y el fuego. Los ojos de Mohamed.

Se hizo de día y continué en mi habitación, hasta que el mismo miedo me empujó a salir de ella, para reconocer que el mundo continuaba moviéndose, y que en casa me rodeaban los rostros de siempre, mi padre, mi madre, mis dos hermanas. Fue un alivio verles, tenerles tan cerca. ¿Cuánto hacía que no les daba un beso a Pepa y a Cari? Mi madre se quejó, como siempre, porque había pasado casi toda la noche fuera, y también quise darle un beso, abrazarla, pero no pude.

Cuando me telefoneó Mariano, la pesadilla se hizo de nuevo presente. Estaba seguro de que cada vez que les viera, sería así, y eso me dolió, me dejó desnudo. Las sensaciones iban y venían, se arremolinaban, entraban y salían de mi cabeza. Hubo momentos en que quise gritar, y otros en que pensé en irme, lejos, escapar de casa. Marcharme allá donde nadie me reconociera y nadie me recordara lo sucedido.

El... accidente.

No comí nada. Mi madre empezó de nuevo con lo suyo. Al terminar me fui a mi habitación y me puse a tocar la guitarra. Eso me serenó, es curioso. Me calmó lo suficiente como para llegar a escribir una canción. Mi interior era un caos pero mis manos se aliaron con una extraña sensación de calma, tal vez la misma música. Lo cierto es que me convertí en un iceberg de paz flotando dentro de una gran guerra.

Llegué a completar la canción antes de que aparecieran ustedes.

Verá, inspector, lo más probable es que me hubiese entregado, por la presión, ¿entiende?

No creo que alguien pueda vivir con algo así en la conciencia. Tiene que creerme.

Lo lamento todo tanto por mi madre, ella...

Dios mío... lo siento, lo siento... se lo juro... lo siento...

103

Serafin hundió su rostro entre las manos, y lloró de una forma densa, ahogada, como si soltara toda la presión interior de una vez. El inspector de policía llenó sus pulmones de aire y le observó fijamente por espacio de unos segundos, luego apartó los ojos de él para centrarlos en uno de los dos agentes que aguardaban en la puerta. Le hizo una seña.

—Llévenselo — dijo.

El agente dio dos pasos y se colocó al lado de Serafin. Fue a levantarlo pero el propio inspector le hizo una segunda seña, de calma. Movi6 la mano hacia abajo y llev6 a cabo un significativo gesto con los labios. El policia cambi6 de actitud. Deposit6 su mano derecha en el hombro del detenido. El muchacho se estremeci6, levant6 la cabeza y les mir6 a todos, con expresi6n perdida.

Su imagen era la del desaliento.

—Vamos —pidió el agente.

Le ayudó a ponerse en pie. Tuvo que sujetarle para que no cayera al suelo al fallarle las rodillas. El segundo agente salió de su inmovilidad para echarle una mano. Serafin parecía muy pequeño entre los dos. El pelo largo apenas si le dejaba una franja de rostro a la vista, y su expresión era muy triste.

Después, los tres dieron media vuelta y echaron a andar.

Salieron del despacho en silencio.

EPÍLOGO

A

Al cerrarse la puerta, el inspector de policía dirigió una mirada a su ayudante. Este, un hombre relativamente joven, de unos treinta años, rostro despejado y aspecto sano, vestido con exquisita corrección en contraste con el ajamiento de su superior, cerró el quinto y el último de los pliegos de papel y, una vez alineados todos, se los pasó a él.

Los cinco expedientes quedaron ubicados en el centro de la abarrotada mesa, formando una pequeña montaña de dos o tres centímetros de alto.

—Caso cerrado —dijo el ayudante.

El inspector volvió a mirarle, apartando sus ojos de los cinco legajos que por un momento habían captado su atención.

—¿Está seguro, González? —subrayó.

Fue una reflexión, no un interrogante, pero el aludido se lo tomó así.

—Uno le mató. Los demás le empujaron —manifestó concluyente.

—Le mataron todos —dijo el inspector—, aunque probablemente el juez lo vea de otra forma. Y no me refiero solamente a esos cinco chicos.

—No le entiendo.

—¿Cree que son unos asesinos?

—No, claro, pero...

—Sí lo son, puesto que ha habido un muerto —observó el inspector—. Sin embargo, y aunque sea algo manido, lo cierto es que esos muchachos no son mejores ni peores que otros. Se trata de una mutación general.

—La sociedad, como siempre —puntualizó el ayudante.

—Son un resultado de ella, es evidente. Creamos productos sociales, y éste es uno de ellos.

—¿Y el factor racismo? —quiso saber González.

—Lo incluyo, por supuesto, pero sin magnificarlo en este caso. Esos chicos no son racistas, porque no se sienten racistas. Todavía hemos de mirarnos bastante en el espejo de nuestras conciencias para admitir algo así. Los racistas aún son los estadounidenses, porque ése es el ejemplo que nos tranquiliza y bajo el que nos salvaguardamos. Y se lo repito: éste no es un caso de racismo, aunque los periódicos puedan desbordarlo por ahí. Que el muerto sea árabe ha sido una circunstancia más. Lo esencial es lo que está aquí —puso un dedo sobre los informes con las declaraciones de Serafin, Ismael, Mariano, José Luis y Lázaro— Cuando en Inglaterra cientos de jóvenes se emborrachan los fines de semana, y luego causan disturbios, quemando casas o enfrentándose a la policía, o cuando aquí, en España, la violencia soterrada sale de las catacumbas en las que fingimos ignorarlas, es que algo está sucediendo, y lo que es peor: es que algo sucederá.

—¿Un aviso? ¿Otra revolución más?

—Tal vez.

—Esos chicos están locos, no hay otra razón ni hay que darle más vueltas al tema —afirmó González—. De acuerdo que exista una presión social, de acuerdo que sea más fuerte sobre ellos, porque son más vulnerables. Problemas, paro, velocidad, desencanto, falta de valores... Pero nadie les obliga a nada, ni les empuja ni les roba ninguna ilusión. Nadie les hace pasar las noches dando vueltas, ni les hace beber o sentirse víctimas. ¿De qué? La mayoría no da golpe, sólo piensan en divertirse. ¿Qué diablos quieren?

El inspector se puso en pie. Cogió los cinco expedientes con las dos manos. La última pregunta de su ayudante quedó flotando en el ambiente hasta deshacerse igual que una lluvia suave y silenciosa.

—¿Tiene usted hijos, González? —preguntó de pronto.

—No, no señor.

—Entonces cálese.

González parpadeó, cogido completamente a contrapié. Ni siquiera pudo reaccionar, en voz o en gesto. Siguió con la mirada perpleja el paso de su superior, le vio abrir la puerta del despacho y después abandonarlo.

La puerta se cerró tras él.

Y fue como si ambos quedaran a ambos lados de un mundo con dos caras opuestas.

Pero con una sola realidad.

Jordi Sierra i Fabra



Jordi Sierra i Fabra nació en Barcelona en 1947. Apasionado por la literatura, practica todos los géneros, desde la ciencia ficción a la novela negra, pasando por la poesía, la biografía, la narrativa infantil y juvenil y la historia de la música rock, materia en la que es un experto. Tiene en su haber varios premios literarios, entre los que destaca el Villa de Bilbao 1975, el Ateneo de Sevilla 1979, el Gran Angular 1980, 1982 y 1990 y el Premio de la CCEI 1992. Además, su obra *Las chicas de alambre* ha sido incluida en la Lista de Honor del Premio CCEI 2000.